

# El Vicecónsul

## Marguerite Duras

Ella camina, escribe Peter Morgan.

¿Qué hay que hacer para no regresar? Hay que perderse. No sé nacerlo. Aprenderás. Quisiera alguna indicación para perderme. Hay que abandonar toda reserva mental, estar dispuesto a no saber nada de lo que antes se sabía, dirigir los pasos hacia el punto más hostil del horizonte, una especie de vasta extensión de ciénagas cruzada en todos los sentidos por mil taludes, no se sabe por qué.

Ella lo hace. Camina durante días, sigue los taludes, los deja atrás, atraviesa el agua, camina en línea recta, tuerce más adelante hacia otras ciénagas, las atraviesa y las deja atrás para adentrarse en otras.

Todavía es la llanura del Tonlé-Sap, ella la reconoce todavía.

Hay que saber que el punto del horizonte que te saldrá al encuentro ya no es, probablemente, el punto más hostil, aunque así lo parezca, sino un punto que ni siquiera se puede imaginar que lo es.

Con la cabeza baja, llega al punto más hostil del horizonte, con la cabeza baja reconoce las conchas en el fango, son las del Tonlé-Sap.

Hay que insistir para que, al fin, esto que te rechaza te atraiga mañana, eso es lo que ella ha creído entender que le dijo su madre al expulsarla. Ella insiste, lo cree, camina, pierde la esperanza: soy demasiado joven, volveré. Si vuelves, dijo su madre, pondré veneno en tu arroz para matarte.

Con la cabeza baja, ella camina, camina. Su fuerza es grande. Su hambre es tan grande como su fuerza. Da vueltas en la tierra llana del Tonlé-Sap, el cielo y la tierra se unen en



una línea recta, ella camina sin esperar nada. Se detiene, parte de nuevo, parte de nuevo bajo las bocanadas del aire.

Hambre y caminos se incrustan en la tierra del Tonlé-Sap, proliferan más lejos en hambres y caminos. El camino sembrado ha prendido. De allí en adelante ya no quisiera decir nada. En el sueño, la madre, con un garrote en la mano, la contempla: Mañana al salir el sol, vete, niña vieja embarazada que envejecerá sin marido, mi deber es pensar en los supervivientes que algún día también nos dejarán... Vete lejos... De ningún modo puedes volver... De ninguno... Vete muy lejos, tan lejos que me sea imposible imaginar el lugar en donde estás... Arrodíllate delante de tu madre y vete.

Su padre le había dicho: Si no recuerdo mal, teníamos un primo en la llanura de las Aves, no tiene demasiados hijos, puede tomarte como criada. Ella ni siquiera preguntó la dirección. Llueve todos los días. El cielo se mueve incesantemente, corre hacia el norte. El gran lago crece. Los juncos navegan en el lago del Tonlé-Sap. Desde una orilla sólo se ve la otra en las escampadas luminosas que vienen después de las tormentas: entre el cielo y la tierra hay una fila de palmeras azules.

Cuando ella partió, veía esa otra orilla todo el tiempo. Ella nunca ha estado allí. Si la alcanza, ¿comenzará a perderse? No, porque desde esa otra orilla podrá divisar esta orilla en la que ha nacido. Las aguas del Tonlé-Sap están quietas, su corriente es invisible, son fangosas, dan miedo.

Ella ya no ve el lago. Ella está de nuevo en una vasta extensión de extrañas ciénagas vacías cerradas por taludes en todos los sentidos. No hay nadie, por ahora. Nada se mueve. Ella llega al otro lado de la vasta extensión de ciénagas: detrás de ella queda una deslumbrante plataforma metálica que desaparece con la lluvia. Ella ve que la vida la atraviesa.

Una mañana, ve que tiene ante ella un río. Hay en el curso del agua una disposición estimulante y fácil, un camino que duerme. Su padre dijo un día que si seguía el Tonlé-Sap no se perdería nunca, que tarde o temprano encontraría lo que el río baña en sus márgenes, que el lago es un océano de agua dulce, que si los niños están vivos en ese país se lo deben a las aguas abundantes en peces del Tonlé-Sap. Ella camina. Ella remonta durante tres días



el río que ha aparecido ante ella, ella calcula que al final del río deberá encontrar de nuevo el norte, el norte del lago. Ella se detendrá frente al lago, se quedará allí. En los descansos, ella mira sus anchos pies en el interior insensible del caucho, los acaricia. Hay allí arroz verde, mangos, bananos en bosquecillos. Ella camina durante seis días.

Ella se detiene. ¿No ha caminado más antes de encontrar el río que lo que ha caminado siguiéndolo para encontrar el norte? Ella continúa siguiendo el río, mira desde muy cerca sus meandros, nada algunas veces, por la tarde. Ella parte de nuevo, observa: los búfalos de la otra orilla, ¿no son más rechonchos que los de otras partes? Ella se detiene. El niño le bulle en el vientre cada vez más: batalla de peces en su vientre, juego sordo y como alegre del intolerable niño.

Ella pregunta: ¿La dirección de la llanura de las Aves? Ella se dice que, en cuanto la conozca, seguirá la dirección contraria. Ella busca la otra manera de perderse: remontar el río hacia el norte, dejar atrás su pueblo, después está Siam, quedarse antes de Siam. En el Norte ya no hay río y me libraré de esta costumbre que tengo de seguir el agua, elegiré un lugar antes de Siam y me quedaré allí. Ella ve el Sur diluirse en la mar, ella ve el Norte fijo, inmóvil.

Nadie conoce la dirección de la llanura de las Aves. Ella camina. El Tonlé-Sap desciende del norte, lo mismo que todos los ríos que se vierten en él. Se ve a esos ríos agrupados todos ellos en una cabellera y la cabeza que los lleva está vuelta hacia el sur. Hay que ascender hasta el extremo de la cabellera, hasta su final, y allí tendrá ante sí toda su extensión, hacia el sur, con su pueblo natal incluido en su conjunto. Los búfalos rechonchos, las piedras sonrosadas, a veces hay bloques de ellas entre los arrozales, son unas diferencias que no significan que la dirección sea mala. Ella cree concluida su danza en torno a su pueblo, ella se dice que su punto de partida era falso, que su primer camino era hipócrita: Ahora he partido de verdad, y he elegido el norte.

Ella se ha engañado. Ella ha remontado el Stung Pursat, que tiene sus fuentes en las Cardamonas, en el sur. Ella mira las montañas en el horizonte, se pregunta si aquello será Siam. Se dice que es todo lo contrario, que aquello es Camboya. Ella se duerme en pleno día, en un bananal.



El hambre se ha hecho demasiado grande, la extrañeza de la montaña no tiene mucha importancia, ella duerme. Cuando el hambre le asalta en la montaña, ella comienza a dormir. Ella duerme. Ella se levanta. Ella camina a veces hacia las montañas, como si caminase hacia el norte. Ella duerme.

Ella busca algo que comer. Ella duerme. Ella no camina ya como en el Tonlé-Sap, ahora no hace ningún progreso, ella da vueltas. Ella rodea una ciudad, le dicen que es Pursat. Ella va un poco más allá de Pursat, continúa zigzagueando, casi directa, en resumidas cuentas, hacia las montañas. Ella se pregunta ya dónde se halla el Tonlé-Sap, en qué dirección. En esta dirección, en aquella dirección, cree ella, las gentes mentirían.

Ella llega ante una cantera abandonada, entra allí y se duerme. Está en los alrededores de Pursat. Desde la boca de la cantera ve los tejados. Debe de hacer dos meses que ella partió, ahora ya no lo sabe. En la región de Pursat son miles las mujeres expulsadas de casa, los ancianos, los alegres viejos chochos, que se cruzan, que buscan comida, que no hablan entre ellos. Naturaleza, aliméntame. Hay por aquí frutos, barro, piedras coloreadas. Ella no ha encontrado todavía un sistema para capturar los peces adormilados cerca de la orilla. Su madre le había dicho: Come, no eches de menos a tu madre, come, come. Ella busca largo tiempo a la hora de la siesta. Llanura, dame algo de comer. Cuando los hay, recoge frutos, bananas silvestres, arroz verde, mangos, mastica el arroz verde, la papilla tibia y azucarada, la traga. Ella duerme. El arroz verde, los mangos, lo que sea. Ella duerme. Ella se despierta, mira ante sí. Aparte de la elevación de Pursat a la derecha de la cantera, allí está la línea recta entre el cielo y la tierra de su juventud. No se ve nada más. Antes de llegar aquí, ella no sabía hasta qué punto no hay nada cuando todo hormiguea, que no hay nada en el Tonlé-Sap. A la izquierda de la cantera están las Cardamonas: unos árboles contra el cielo, unos agujeros rosas o blancos abiertos en la tierra de la montaña. Desde allí llegan unos ruidos, unos ruidos de máquinas con cadenas, de caídas pesadas, de gritos de hombres al lado de los agujeros. ¿Durante cuánto tiempo?



¿Durante cuánto tiempo estas Cardamonas, delante, detrás de ella? ¿Durante cuánto tiempo este río lleno de un agua que es puré de arcilla después de la lluvia? Este río, todavía un río, que la ha traído hasta aquí.

El vientre se redondea. Estira la tela del vestido, que cada día se levanta más. Ella camina con los pies descalzos. El vientre, en medio de la extrañeza del país, sigue teniendo un grano fino, es tibio y suave entre las piedras, hace pensar en un alimento donde hincar los dientes. Llueve a menudo. Después de la lluvia el hambre aumenta. El niño lo come todo, arroz verde y mangos. Lo realmente extraño es la ausencia de alimento, que se va prolongando.

Ella se despierta, sale, comienza a dar vueltas alrededor de las canteras como lo ha hecho en el norte del Tonlé-Sap. Encuentra a alguien en un camino y pregunta la dirección de la llanura de las Aves. No la conoce, no quiere responder. Ella continúa preguntando por esa dirección. Esa dirección, después de cada negativa a indicársela, se obtura un poco más, se inmoviliza. Pero en una ocasión un viejo le responde. ¿La llanura de las Aves? Hay que seguir el Mekong, ésa debe de ser. ¿Pero dónde está el Mekong? Hay que descender por el Stung Pursat hasta el lago del Tonlé-Sap, y una vez se llega al Tonlé-Sap, hay que descender también; el agua va hacia el mar siempre y en todas partes, y la llanura de las Aves Acuáticas está cerca del mar. Bien, ¿pero y si se remonta el Stung Pursat? Entonces se llegaría a unas montañas infranqueables. ¿Pero y detrás de esas montañas? Dicen que está el golfo de Siam. Yo, en tu lugar, niña, iría hacia el sur, donde Dios parece ser mejor.

Ella ya sabe ahora la dirección del Tonlé-Sap y su posición con respecto a ella.

Ella continúa en la cantera de los alrededores de Pursat.

Ella sale. Ella es ahuyentada cuando se detiene delante de una choza de paja aislada, pero no delante de las chozas de paja de una aldea. Cuando se detiene a cierta distancia de una choza aislada, también es expulsada al cabo de cierto tiempo, y lo mismo le ocurre en las aldeas. Ella se detiene, a lo largo del río, en los bosquecillos de bambúes, atraviesa aldeas sin ser advertida, como tampoco lo son las demás mendigas. Ellas se escurren en los mercadillos, se cruzan con vendedores de sopa, ven trozos de cerdo brillando sobre los

tenderetes; nubes de moscas los miran como ellas, pero desde más cerca. Ella pide cada vez un cuenco de arroz a las mujeres viejas y a los vendedores de sopa. Ella pide cosas diferentes, arroz, huesos de cerdo, pescado, pescado seco, claro. ¿Podría usted darme un poco de pescado seco? Como es tan joven, algunas veces se lo dan. Pero lo normal es la negativa. No, porque volverás mañana, y pasado mañana y... La miran: no.

En el suelo, dentro de la cantera, están sus cabellos. Tira, salen en espesos mechones, es indoloro, son unos cabellos, ella está delante, con el vientre y el hambre. Es el hambre la que está delante de ella, y ella ya no vuelve la cabeza, ¿qué podría perder en el camino? El rebrote de los cabellos es plumón de pato, ella es una bonzo sucia, los verdaderos cabellos no rebrotan ya, sus raíces han muerto en Pursat.

Ella comienza de nuevo a encontrar refugios, reconoce los mojones de piedra escritos, los agujeros abiertos en la ladera de la montaña, rosados, verdes. Ella regresa a la cantera cada tarde, está cerrada y el suelo está seco, hay menos mosquitos que en los taludes, menos sol, más sombra en donde quedarse con los ojos abiertos de par en par a la luz exterior. Ella duerme.

Desde dentro de la cantera, mira caer la lluvia. A intervalos imprevisibles, se producen unas explosiones en la montaña de mármol, nubes de cuervos son proyectadas hacia el cielo, el agua del Stung Pursat está cada día más alta en los bosquecillos de bambú, pasan unos perros sin gruñir, sin detenerse, ella los llama pero ellos pasan —ella se dice: soy una muchacha sin olor de alimento.

Ella vomita, se esfuerza en vomitar al niño, en extirpárselo, pero lo que sale es agua de mango ácido. Ella duerme mucho, se ha convertido en una dormilona, pero esto no es bastante: noche y día, el niño continúa comiéndola, ella escucha y oye el roer incesante en el vientre que se está descarnando, le ha comido los muslos, los brazos, las mejillas —ella los busca y sólo encuentra agujeros donde antes, en el Tonlé-Sap, estaban—, la raíz de los cabellos, todo, ocupa poco a poco el lugar que ella ocupaba, pero no le ha comido su propia hambre. El fuego ácido del estómago aparece como un sol rojo durante el sueño.



Ella descubre que, invisiblemente, ha ocurrido algo, que ve mejor que antes todo lo demás, que ella crece de una manera como interior. La oscuridad que la envuelve se rasga, se ilumina. Ella descubre: Soy una muchacha escuálida, la piel de este vientre se tensa, comienza a resquebrajarse, el vientre cae sobre mis muslos escuálidos, soy una muchacha muy escuálida expulsada de casa que va a tener un hijo.

Ella duerme: Yo soy alguien que duerme.

El fuego la despierta, su estómago llamea, es sangre lo que vomita, ya no volverá a comer mangos ácidos, solamente arroz verde. Ella busca. Naturaleza, dame un cuchillo para matar esta rata. No hay nada en el suelo, sólo cantos rodados de leche de río. Ella se da la vuelta, posa el vientre sobre los cantos, el roer cesa, cesa, cesa por completo, ella se ahoga, se levanta, el roer se reanuda.

Al otro lado de la brecha de piedra de la entrada de la cantera, el Stung Pursat continúa llenándose.

Está lleno hasta los bordes.

Desborda un agua amarillenta, los bambúes han quedado dentro, han sido sorprendidos tranquilamente por la muerte. Ella mira las aguas amarillas. Sus ojos se han quedado inmóviles, ella los siente clavados en su rostro. La mirada puesta en los bambúes ahogados que ya no sienten nada, el hambre es vencida a su vez por una fuerza que la ahoga. Abandonar, cómo hallará la forma de abandonar. La mirada todavía puesta en las aguas amarillas y en los bambúes ahogados; se diría que el hambre encuentra allí su alimento. Pero está soñando; el hambre, en un breve espacio de tiempo, vuelve rápidamente y la aplasta. La muchacha está debajo de un hambre demasiado grande para ella, cree que la ola va a ser demasiado fuerte, grita. Trata de no mirar el Stung Pursat. No, no, no me olvido, estoy aquí donde están mis manos.

Unos pescadores pasan muy cerca de la cantera. Algunos la ven. La mayor parte de ellos no se vuelven. El vecino de la familia con el que me fui al bosque era un pescador del Tonlé-Sap, yo soy demasiado joven para comprender. Ella come las cosas jóvenes, los más tiernos



brotes de banano, ella ve pasar a los pescadores, pasan y repasan, y ella les sonríe. Lo que sucede fuera de la cantera comienza a ser diferente de lo que sucede dentro, el movimiento de allá del movimiento de aquí. Salvo en algún tropiezo, como cuando se hiere el pie con un fragmento de mármol, ella tiene tendencia a olvidar el origen, que ha sido expulsada de su casa porque cayó encinta, de un árbol, muy alto, sin hacerse daño, cayó encinta.

La madre dijo: No vengas a explicarnos que tienes catorce, diecisiete años, también nosotros tuvimos esa edad, mejor que tú; cállate, lo sabemos todo. Si ella afirma conocer esa edad todavía y saber, miente. Bajo el cielo de Pursat, ¿sabes tú qué hay en el barro que se pueda comer? ¿Qué sabes tú de las tierras inundadas por el Stung Pursat, cuyo espectáculo se apodera de ti misma extrañamente? Tal vez te explique algún día las explosiones de las canteras y las de los cuervos, porque te volveré a ver, tengo la edad de volverte a ver, y por qué vivimos tú y yo. ¿A quién explicárselo sino a ti, quién me escucharía y a quién le interesaría saber que ahora prefiero el alimento ausente a ti? Durante días y semanas, hora tras hora, minuto tras minuto, ella contempla y adora al alimento ausente. Ella regresará para decirle a esa ignorante que la ha expulsado: Te he olvidado ya.

Un día el hambre de la niña sale de la cantera, es la puesta del sol y ella se dirige hacia las luces temblorosas de Pursat. Hace tiempo que veía esas luces y no se atrevía a ir hacia ellas. Sin embargo, si ha preferido quedarse en la cantera es porque, desde allí, puede ver esas luces. Esas luces: alimento. Esta tarde el hambre de la niña se va a arrojar sobre esas luces.

Ella está ya en las calles de la pequeña ciudad, pasa por delante de un puesto del mercado, la vendedora se ha alejado un poco, ella acaba de robar un pescado salado, lo oculta entre la ropa y sus senos, regresa hacia la cantera. A la salida de Pursat, un hombre se detiene, la mira y le pregunta de dónde viene; ella le dice: De Battambang... Ella corre, el hombre ríe. ¿Expulsada de casa? Sí. Ella se ríe con él de su vientre. Se tranquiliza, él no le ha hablado por lo del pescado, no sabe nada.

—Battambang.

Las tres sílabas suenan con la misma intensidad, sin acento tónico, como un pequeño tambor demasiado tenso. Baattamambbanangg. El hombre dice que ha oído hablar de ese lugar. Ella huye.

Battambang. No añade nada. Caminando hacia la cantera, ella hinca los dientes en el pescado, la sal y el polvo crujen. Cuando llega la noche, ella sale de la cantera, lava largo tiempo, come lentamente. La saliva asciende, brota en la boca, está salada, ella llora, babea, hace mucho tiempo que no probaba la sal, es demasiado, es más que demasiado, y ella cae y, caída, continúa comiendo el alimento.

Ella duerme. Cuando se despierta ya ha llegado la noche negra. Ella ve algo: ve que el pescado ha sido comido por el niño, él también lo ha tomado. Ella no se mueve: ¿será el hambre más intensa esta noche, cómo será el hambre? ¿Y qué hará ella? Quiero volver a Battambang en busca de un cuenco de arroz, y enseguida me iré para siempre. Ella quiere arroz caliente, lo quiere, pronuncia las dos palabras: arroz caliente. No sucede nada. Ella toma un puñado de polvo y se lo mete en la boca. Ella se despierta por segunda vez, no recuerda haber puesto aquello en su boca, mira las tinieblas de la noche, no comprende, el polvo casi ha sido arroz caliente.

Ella mira las tinieblas de la noche y no comprende.

Este doble despertar iba a ser el primero antes del nacimiento del hijo. Habría otros. Una vez, mucho después de haber encontrado el Mekong, ella lo abandonará sin advertirlo y despertará en una selva. En Calcuta no, en Calcuta no se confunde, en ningún momento, el alimento con el polvo, las cosas son elegidas con precisión, pero la mente ya no está aquí para hacerlo, es otra cosa la que elige por ella lo que se presenta.

Un pescador ha entrado en la cantera, después entra otro. Tropiezan con la niña, esta rata, habrá que hacerla salir. Con el dinero de los pescadores, ella va a Pursat en varias ocasiones, compra arroz y lo cuece en una lata de conservas, los pescadores le dan cerillas, y ella come arroz caliente. El niño está a punto de ser acabado. El hambre de los primeros días no volverá nunca.



La luz de Pursat suprime las Cardamonas, borra la línea del horizonte, el Stung Pursat, el ruido de los tornos, trae el sueño a quien no desconfíe, le alimenta con una pesadilla angustiosa, escribe Peter Morgan.

Ella se despierta, mira, reconoce, sabe que tendrá seis meses de esa luz, ya no ve las montañas, ni tampoco la línea del horizonte. Esta mañana, el vientre le pesa más abajo. Ella se levanta, sale de la cantera y se aleja en la luz crepuscular.

Los pescadores están desencantados estos últimos días porque ella se ha quedado casi totalmente calva y porque su vientre se ha hecho demasiado grande para su delgadez.

El hambre de los primeros días ya no volverá nunca, ella lo sabe. El hijo está muy cerca de hacerse del todo, ella también lo sabe, ambos se van separando, eso es lo que ocurre, y el hijo está inmóvil casi todo el tiempo, ya dispuesto, esperando ahora solamente un poco más de fuerza para abandonarla.

Ella parte, ella parte en busca de un lugar donde hacerlo, un agujero, alguien que lo recoja a su llegada y lo separe de ella por completo, busca a la madre cansada que la ha echado de casa. No debes volver bajo ningún pretexto. Esa mujer no sabe, no lo sabe todo, y esta mañana, ni mil kilómetros de montañas me impedirán llegar hasta ti, inocente, en tu estupefacción te olvidarás de matarme, sucia mujer, causante de todo, yo te daré ese niño y tú lo acogerás, yo lo echaré para ti y me iré para siempre. Con esta luz crepuscular deben acabarse muchas cosas, y otras empezar de nuevo. Por eso será su madre, ha de ser su madre la que ayude en este nacimiento. Y de ésta, de ella, de esta muchacha, saldrá también, una vez más, un pájaro, un melocotonero en flor.

Todas, en la región de Pursat, parten delante de ella, tratan de huir de la luz del monzón de verano para ir a hacer hijos u otras cosas como dormir.

Ella recuerda las indicaciones del viejo. Ella remonta el Stung Pursat. Ella camina de noche. Ella no quiere, no puede soportar el sol de la neblina. Si hace falta matarlo, tú lo sabrás. Esta luz llama, llama a la madre, al nuevo comienzo de la irresponsabilidad.

Ella camina.



Ella camina una semana. El hambre de los primeros días nunca volverá.

He aquí, innegable, el lago natal. Ella se detiene. Ella tiene miedo. La madre fatigada la verá llegar desde la puerta de la choza de paja. La fatiga en la mirada de la madre: ¿Todavía vives? Creía que habías muerto. El miedo más grande es éste: el aire de la madre viendo acercarse a la hija que vuelve.

Durante todo un día, ella vacila. En un refugio de pastores de búfalos, en la orilla del lago, permanece inmóvil, bajo la mirada.

Pero lo hace la noche siguiente. Sí, ella remonta el Tonlé-Sap. Sí, hace lo contrario de lo que dijo el viejo. Ella lo hace. ¡Ah! ¿Ignora su madre que ella tiene derecho a hacerlo? Va a saberlo enseguida. Le prohibirá entrar, con una estaca en la mano. Pero esta vez ten cuidado.

Volverla a ver y marcharse de nuevo con el monzón. Dejarle este hijo.

Ella camina toda una noche y toda una mañana. Entre los arrozales, los arrozales. El cielo está bajo. Desde que sale el sol se lleva plomo en la cabeza, hay agua por todas partes y el cielo está tan bajo que toca los arrozales. Ella no reconoce nada. Ella continúa.

Ella tiene cada vez más miedo, ella se apresura más cada vez.

Ella se despierta, ve un mercado abundante que aparece y va hacia él. Los olores son los de la comida de su aldea. Por consiguiente, no se había engañado: ella se acerca.

Se acuclilla delante de una choza de paja para ver mejor y espera para ver. Ya ha hecho esto otras veces, esperar el final de los mercados. Pero hoy espera y ve lo que espera:

Sus padres que llegan por el fondo de la plaza. Ella así no puede sostener la mirada, se postra respetuosamente y está así mucho tiempo. Cuando se levanta ve a su madre que, desde el otro extremo del mercado, le sonríe.



No es todavía la locura. Es el hambre, oculta por el miedo que aparece de nuevo, la astenia que contempla el tocino, que huele las sopas. Es el amor de su madre que se expresa al azar. Ella ve cómo brotan inciensos y cohetes, ella habla sola, da gracias al cielo y el mercado gira ante sus ojos a una velocidad embriagadora.

Qué alegría.

Ella ve a sus hermanos y hermanas encaramados en una carreta, les hace señas, ellos también se ríen y la señalan con el dedo, la han reconocido, ella se postra de nuevo, y permanece así, con la cara en el suelo y se encuentra frente a una torta que han puesto ante ella. ¿Qué mano podría haberla traído si no la de su madre?

Ella come y se duerme.

Ella duerme allí donde está tendida, en la esquina de la choza.

Cuando se despierta, una luz hirviente y lívida llena la plaza, el mercado ha desaparecido, ¿dónde está su familia? ¿Ha dejado que se fuera? Ella cree recordar, ¿no le ha dicho ella: debemos regresar?

¿O acaso no era su madre, sino otra, casi su madre, otra que ha visto el peligro, que ha visto las dimensiones de su vientre y que ha dicho que debía regresar?

Ella duerme toda la tarde, abrumada, lo mismo que ante las Cardamonas. Se despierta al anochecer. Ya no recuerda. Le asalta la idea de que lo que vio no debía de ser su madre, ni tampoco aquella retahíla de sus hermanos y sus hermanas. ¿Por qué habría visto exactamente a su madre? ¿Por qué habría visto exactamente a sus hermanos y a sus hermanas? ¿Cuál sería ahora la diferencia entre éstos y éstas?

Por la noche, desanda lo andado, sigue el Tonlé-Sap en la dirección indicada por el viejo.

Ya no la encontraremos nunca en los alrededores del pueblo natal.

En la luz hirviente y pálida, con el hijo todavía en el vientre, ella se aleja, sin temor alguno. Su camino, está segura, es el del abandono definitivo de su madre. Sus ojos lloran, pero ella no, ella canta a voz en grito una canción infantil de Battambang.

Peter Morgan. Él deja de escribir.

Sale de su habitación, atraviesa el parque de la embajada y camina por el bulevar que bordea el Ganges.

Ella está allí, delante de la residencia del exvicecónsul de Francia en Lahore. A la sombra de un matorral ahuecado, tendida en la arena, ella duerme, con su saco todavía empapado y la calva cabeza en la sombra del matorral. Peter Morgan sabe que ella ha nadado en el Ganges una parte de la noche, que ha abordado a los transeúntes y que ha cantado; es así como pasa la noche. Peter Morgan la ha seguido en Calcuta. Eso es lo que sabe.

Muy cerca de su cuerpo dormido están los de los leprosos.

Los leprosos se despiertan.

Peter Morgan es un muchacho que desea sentir el dolor de Calcuta y arrojarse en él, que esto sea hecho y que la ignorancia cese con el dolor sentido.

Son las siete de la mañana. La luz es crepuscular. Unas nubes inmóviles cubren el Nepal.

De cuando en cuando, ya, Calcuta se agita. Hirviente nido de hormigas, piensa Peter Morgan, insipidez, espanto, temor de Dios y del dolor, dolor, piensa Peter Morgan.

Muy cerca, rechinan unos postigos. Son los del vicecónsul que se despierta. Peter Morgan abandona precipitadamente el bulevar, se oculta tras la verja del parque, espera. El vicecónsul de Francia en Lahore aparece, semidesnudo, en su balcón, contempla un instante el bulevar y después se retira. Peter Morgan atraviesa los jardines de la embajada de Francia y regresa hacia la residencia de sus amigos, los Stretter.

El estado del cielo enfermo, por la mañana, pone macilentos, en su despertar, a los blancos no aclimatados de Calcuta: hoy es él quien se mira.

Va al balcón de su residencia.

En Calcuta, hoy, a las siete de la mañana, la luz es crepuscular, un himalaya de nubes inmóviles cubre el Nepal, debajo se estanca un vapor infecto, el monzón de verano va a comenzar dentro de algunos días. A la sombra de un matorral ahuecado, enfrente de la residencia, sobre la arena mezclada con asfalto, con un saco todavía empapado y la cabeza calva en la sombra del matorral, ella duerme. Ha nadado en el Ganges una parte de la noche, ha cantado, ha mendigado a los transeúntes.

En las avenidas, unos camiones de riego dan vueltas. El agua pega al suelo un polvo húmedo que apesta a orina.

En el Ganges, los peregrinos grises de las orillas y siempre los leprosos, ya se despiertan y se miran.

Hace ya dos horas que, en las hilaturas de Calcuta, una horda doliente asegura su supervivencia.

El vicecónsul de Lahore contempla Calcuta, las humaredas, el Ganges, los camiones de riego, aquélla que duerme. Deja el balcón, entra en su habitación, se afeita en el calor ya intenso, observa sus sienes que grisean. Se ha afeitado, es cosa hecha, y vuelve una vez más al balcón de su residencia, mira una vez más la piedra y las palmeras, los camiones de riego, la mujer que duerme, las aglomeraciones de leprosos en la orilla, los peregrinos, todo eso que es Calcuta o Lahore, palmeras, lepra y luz crepuscular.

Y después, en medio de esa luz, una vez se ha duchado y ha tomado su café, el vicecónsul se sienta en un diván y lee una carta que procede de Francia. Una tía le escribe: Una noche ha habido viento en París, hace un mes de esto, y, cosa que hasta ahora nunca se había producido aquí, se ha abierto un postigo de la casita, así como la ventana, que habían dejado entornada para airear la casa; a ella la avisaron de la comisaría de policía y fue allí por la tarde para cerrar las ventanas y también para comprobar que no habían robado nada; ah, sí,



me olvidaba: al ir a cerrar, vio que las lilas de la verja habían sido hurtadas; como no hay nadie para guardarlas, ocurre lo mismo cada primavera: las roban unas muchachas salvajes.

De pronto, el vicecónsul recuerda algo referente a la recepción que tendrá lugar mañana viernes por la noche en la embajada de Francia y a la cual ha sido invitado en el último minuto. Anoche, una palabra de la embajadora: venga.

Se levanta, dice a su criado indio que le cepille el smoking y vuelve a sentarse en el diván. La carta de la tía de Malesherbes ya está leída. Relee ahora los párrafos sobre el postigo abierto y las lilas y lo comprueba: ya está leída.

Espera la hora del despacho, con la carta en la mano. Entonces, en su mente hay un salón, todo está en orden, el gran piano negro está cerrado, en el atril hay una partitura, también cerrada, cuyo título ilegible es *Indiana's Song*. El candado de la verja está cerrado con dos vueltas de llave, no se puede penetrar en el jardín, aproximarse, no se puede leer el título de la partitura. Sobre el piano, el jarrón chino convertido en lámpara, la pantalla de seda verde, ¿cuarenta años de edad?, sí. ¿Antes del nacimiento del que ha nacido?, sí. Hay un período de calma, el postigo sigue abierto, el sol da muy vivamente sobre la lámpara verde. Unas personas inmóviles: hay que hacer algo, porque, si no, no podrán dormir la noche próxima, ¿han oído ese golpeteo lúgubre toda la noche? Otras personas inmóviles, una pequeña multitud: ¿pero quién es entonces el propietario de esta casa siempre cerrada? Un señor solo, de unos treinta y cinco años.

Su nombre es Jean-Marc de H.

Hijo único, ahora huérfano.

La casita, llamada todavía palacete, rodeada de un jardín, en París, está cerrada desde hace años porque su propietario está en los consulados, esta vez en la India: la policía sabe a quién avisar en el presente caso y en caso de incendio: una anciana que vive en el barrio de Malesherbes, tía del ausente.



El viento comienza a soplar de nuevo, el postigo se cierra a medias, el sol se retira, deja allí la seda verde, el piano vuelve a la oscuridad hasta el final de su estancia en otro lugar. Dos años.

El ruido de un cepillo duro sobre el paño áspero de un smoking probablemente no es todavía, para el vicecónsul, un hecho habitual; se levanta y cierra la puerta.

La hora del despacho ha llegado a su vez, después de la de levantarse.

El vicecónsul hace el trayecto a pie, a lo largo del Ganges, durante diez minutos. Deja atrás los árboles a cuya sombra esperan los risueños leprosos. Cruza los jardines de adelfas y de palmeras de la embajada: las oficinas del consulado constituyen un edificio rodeado por ese jardín.

Una voz atenuada pregunta todavía en el jardín: Cuando ese señor está fuera, ¿no oís una música tocada al piano? ¿Unas escalas? ¿Una melodía tocada torpemente, con una sola mano? Una voz muy vieja responde que antes sí, por la noche, sí, un niño tocaba con un dedo *Indiana's Song*. Pero, ¿y ahora? Una voz muy vieja responde que antes sí, por la noche, hace menos tiempo, unos ruidos de objetos que se rompen, que debían de ser espejos, se producían en la casa habitada por un hombre solo que, cuando era niño, tocaba *Indiana's Song*. Nada más.

El vicecónsul silba *Indiana's Song* mientras camina. Se encuentra con Charles Rossett que surge por un sendero, tan cerca que esta vez no puede rehuirle. Cruzan algunas palabras. El vicecónsul comenta que ha sido invitado a la recepción de la noche siguiente en la embajada. Charles Rossett oculta mal su asombro. El vicecónsul dice que es la primera, pero probablemente también la última a la que él asistirá en Calcuta. Charles Rossett dice que tiene prisa, le deja y prosigue su camino hacia las oficinas de la embajada.

Hace cinco semanas que Jean-Marc de H. ha llegado a una ciudad de la orilla del Ganges que es la capital de las Indias y que se llama Calcuta, cuya cifra de habitantes sigue siendo la misma, cinco millones, así como la otra cifra, desconocida ésta, de los muertos de hambre que acaban de entrar hoy en la luz crepuscular del monzón de verano.



Él viene de Lahore, donde ha permanecido un año y medio en calidad de vicecónsul y de donde ha sido destituido a consecuencia de una serie de incidentes considerados penosos por las autoridades de Calcuta. Espera aquí su próximo nombramiento. Este se revela difícil, se retrasa. Ha sido pronunciado el nombre de Bombay, pero no hay nada seguro. Las autoridades han creído preferible ocuparlo durante su espera en Calcuta. Hace en su despacho un trabajo que se da a los funcionarios en casos como el suyo. Se aloja en una residencia destinada a albergar a los que están en Calcuta aguardando la asignación de un destino.

Aunque en Calcuta nadie ignora los incidentes de Lahore, no hay nadie que los conozca en detalle, excepto el señor Stretter y su mujer.

El vicecónsul deja de silbar *Indiana's Song*.

En Calcuta, esta mañana, en la luz crepuscular, Anne-Marie Stretter atraviesa este parque que rodea la embajada y él la ve.

Anne-Marie Stretter va a las dependencias, repite que las sobras deben ser dadas a los hambrientos de Calcuta, dice que en lo sucesivo hay que poner cada día, delante de las verjas de la cocina, al lado de las obras, un barreño de agua fresca, porque el monzón de verano ha comenzado y esa gente tiene que beber.

Una vez dadas sus órdenes, Anne-Marie Stretter cruza de nuevo el parque y se reúne con sus hijas, que la esperan en un sendero. Luego se dirigen hacia las pistas de tenis, y después tuercen hacia el fondo del parque. Pasean. El calor ya es demasiado grande, las pistas de tenis están desiertas desde hace algunos días. Las muchachas llevan *shorts* blancos y los brazos desnudos; ella no lleva sombrero, no teme al sol. Cuando deja atrás los edificios de la embajada, Anne-Marie Stretter ve al vicecónsul de Lahore, le hace una seña, también se muestra reservada con respecto a él, como todo el mundo en Calcuta. Él se inclina y continúa su camino. Hace cinco semanas que, cuando se encuentran, las cosas ocurren entre ellos de la misma manera.



Apoyada en la tela metálica que rodea las desiertas pistas de tenis hay una bicicleta de mujer que pertenece a Anne-Marie Stretter.

Charles Rossett ha sido invitado por el embajador de Francia a examinar con él el expediente de Jean-Marc de H.

En el despacho del embajador las persianas han sido bajadas sobre la luz crepuscular. Se han encendido las lámparas. Están los dos solos.

Charles Rossett lee al embajador la declaración escrita de Jean-Marc de H. a propósito de los incidentes acaecidos en Lahore.

«He ocupado en Lahore —lee Charles Rossett—, durante un año y medio, el cargo de vicecónsul. Hace cuatro años había presentado mi candidatura para un cargo en la India y cuando me comunicaron mi nombramiento lo acepté sin reservas. Reconozco haber cometido en Lahore los hechos que se me imputan. No pongo en duda la buena fe de ningún testigo, exceptuada la del criado indio puesto a mi servicio. Asumo la responsabilidad total de esos hechos.

»Las autoridades de las cuales dependo dispondrán de mi futuro como lo consideren oportuno. Si les parece que se impone mi revocación, la aceptaré de igual modo que mi mantenimiento dentro del cuerpo consular. No pido permanecer en Lahore ni salir de allí. No puedo dar explicaciones sobre lo que he hecho en Lahore ni sobre el porqué de esta negativa. Creo que a ninguna instancia exterior ni tampoco a las de nuestra administración podría interesarle realmente lo que yo dijera. Que nadie vea en esta negativa una desconfianza o un desdén con respecto a quienquiera que sea. Me limito, simplemente, a hacer constar aquí la imposibilidad en que estoy de dar cuenta de una manera comprensible de lo que ocurrió en Lahore.

»Agrego que no obré en Lahore en estado de embriaguez, como algunos han pretendido.»

—Creía que iba a pedir él mismo su revocación —dice el embajador—, pero no lo hace.

—¿Cuándo le verá usted?

—No lo sé todavía.

El embajador mira a Charles Rosset con benevolencia.

—No tengo derecho a hacerlo, pero me tomo la libertad de pedirle que me ayude a poner en claro este penoso asunto.

Los informes biográficos sobre Jean-Marc de H. revelan: hijo único. El padre era un modesto banquero. Después del fallecimiento del padre, la madre se casó en segundas nupcias con un vendedor de discos de Brest; ella falleció también al cabo de dos años. Jean-Marc de H. ha conservado el pequeño palacete particular de Neuilly y lo habita durante sus permisos. Estancia de un año como interno en Montfort, Seine-et-Oise, durante un curso de secundaria, entre los trece y los catorce años; la causa de ello es la frágil salud del niño, que debe respirar aires puros. Alumno mediano antes de Montfort. Estudios brillantes después de Montfort. Enviado de nuevo a Montfort por mala conducta, no se precisa cuál. Luego, regreso a París, a otro liceo. Hasta el final de sus estudios y más tarde aún, durante los años que pasa —según sus deseos— en los servicios de las administración central, nada que señalar. Tres solicitudes de excedencia alejan a Jean-Marc de París durante casi cuatro años. No se sabe por qué ni adonde va. Sus notas son medianas. Es como si Jean-Marc de H. hubiese esperado a llegar a la India para mostrarse tal como era. Único hecho destacable: la ausencia, al menos aparente, de relaciones femeninas.

El embajador ha escrito a la única parienta que le queda, una tía que vive en París, en el barrio de Malesherbes. Esta ha respondido extensamente a vuelta de correo. «Así pues, en aquel niño se incubaban cosas —escribe ella—, unas cosas que no se parecen nada a las que nosotros, que creíamos conocerle, esperábamos de él. ¿Quién lo iba a decir?»

—¿No ha sido contenida la locura?

—No, solamente la depresión nerviosa. Aunque con recaídas, dicen: sus nervios han fallado.

Pero no hubo quejas hasta bastante después.

—En un principio se creyó —explica el embajador— que era un farsante, un maníaco del revólver. Pero después comenzó a gritar por la noche... y luego, todo hay que decirlo, se encontraron unos muertos en los jardines de Shalimar.

¿Qué dice la tía de Malesherbes sobre su infancia? Casi nada: que prefería el pensionado a la comodidad de su hogar, que fue después de aquella estancia en Montfort, cuando cambió, cuando se hizo... ella dice reservado e incluso un poco duro... pero nada que permitiera imaginar lo que sería en Lahore. En resumen: nada que no fuese normal, excepto la ausencia de mujeres. Además, ¿era seguro eso?

«Siento mucho —lee Charles Rossett— no poder hacerle llegar el testimonio de ninguna mujer que mi sobrino conociera. A él siempre le gustó estar solo y, pese a nuestro esfuerzo, lo siguió estando. Enseguida nos alejó de él, a su madre y a mí, y en ningún caso nos hizo, naturalmente, la más mínima confidencia. Tanto en su nombre como en el mío, señor embajador, le pido que tenga la mayor indulgencia que le sea posible. A fin de cuentas, la insensata conducta de mi sobrino en Lahore sólo testimonia algún oculto estado de ánimo, algo que se nos escapa, pero que tal vez no es totalmente indigno. Antes de reprobar implacablemente esa conducta, ¿no debería ser considerada con atención, tal vez en su principio? ¿Por qué remontarnos a la infancia para explicar su conducta en Lahore? ¿No habría que buscar también en Lahore?»

—Yo prefiero que esto se quede en las conjeturas habituales, que se busque en la infancia —dice el embajador.

Saca la carta del expediente.

—Será mejor no enviarla a Lahore —dice—, sería abrumadora. Quería comunicarle esta irregularidad. ¿Qué opina usted?

Tras una vacilación, Charles Rossett pregunta al embajador las razones de su indulgencia con respecto a Jean-Marc de H. El caso presente, ¿no exige más bien una sanción ejemplar?

—Un caso de menos gravedad la exigiría más —dice el embajador— En éste, no hay parte contraria, no es más que... es un... estado de cosas... es evidente y Lahore... Lahore, ¿qué quiere decir eso?

—¿Le habla alguna vez?, pregunta el embajador. No, aquí no hay nadie que le hable, aparte del director del Círculo Europeo, ese borracho. En Lahore no se le conocía ningún amigo.

—Hace confidencias al director del Círculo —dice Charles Rosett—, y no debe ignorar que casi todo es repetido.

—¿Habla de Lahore?

—No. Al parecer, sólo de su infancia, como usted desea.

—Pero, en su opinión, ¿para qué lo hace?

Charles Rosett no tiene opinión.

—Su trabajo es perfecto —dice el embajador—. Es como si hubiese recuperado la calma. ¿Qué podemos hacer con él?

Los dos hombres buscan lo que van a hacer con Jean-Marc, el lugar adonde pueden destinarnle, a qué clima, bajo qué cielo, con el fin de protegerle de sí mismo.

—Cuando se le preguntó dónde quería ir, parece ser que se le escapó la palabra Bombay. Pero en Bombay no le querrán. Se quedará en Calcuta, donde podré vigilarle... Pero Calcuta, a la larga, es lo más duro que hay.

—Tengo la impresión de que él ve la misma... imposibilidad que... nosotros, por ejemplo —dice Charles Rosett—. Calcuta es contradictoria, pero él parece haberse hecho a ella.

Estalla una tormenta. Dura muy poco tiempo. El embajador va a subir la persiana de la ventana. La tormenta cesa bruscamente, el sol aparece en un claro de algunos minutos y, después, el agujero, en el espesor de las nubes, se colma de nuevo. En una ráfaga silenciosa, las sombras del jardín son arrancadas.



Los dos hombres hablan de la invitación del vicecónsul a la recepción del día siguiente. ¿Ha invitado la señora Stretter al vicecónsul después de haber leído la carta de su tía de Malesherbes? En el último minuto, ¿por qué? ¿Ha dudado antes de hacerlo?

—Unas palabras de su mano en el último minuto —dice el embajador— eran, sin duda, para exceptuarle de los demás, para hacer... que venga con toda seguridad. Como usted sabe, nosotros, mi mujer y yo, luchamos todo lo que permite el protocolo contra las exclusiones, por justificadas que éstas puedan parecer.

El embajador mira atentamente a Charles Rossett.

—Usted se ha acostumbrado mal.

Charles Rossett sonríe.

—Un poco peor de lo que yo creía.

Hay que ir a las Islas, aconseja el señor Stretter, hay que adquirir la costumbre de ir a ellas si se quiere amortiguar el golpe de Calcuta. Él abandona Calcuta, caza en el Nepal. Su mujer va a las Islas y sus hijas irán también en cuanto terminen sus cursos, desde la semana próxima. Vale la pena ir allá abajo, aunque sólo sea para pasar dos días en el fabuloso hotel Prince of Wales. Y también es muy interesante el trayecto entre Calcuta y el Delta, hay que atravesar en coche los inmensos arrozales del Delta, el granero de la India del Norte, ver el arcaísmo de la agricultura india, ver la India más adelantada, ver el país en el que nos hallamos, no limitarse a Calcuta. ¿Por qué no viene con ellos Charles Rossett el próximo *week-end*? Pasado mañana sábado, Calcuta va a vaciarse de sus blancos ingleses y franceses.

El embajador deja de hablar, hace señas a Charles para que mire por la ventana.

El vicecónsul está cruzando los jardines. Tuerce hacia las desiertas pistas de tenis, las mira, se vuelve, camina de nuevo, pasa por delante de la ventana abierta sin que parezca conocer su existencia.



Hay otras personas que salen y cruzan los jardines. Es mediodía. Ninguno le aborda.

—Hace cinco semanas que espera que yo le convoque —dice el embajador—. Debo hacerlo uno de estos días.

¿Pero espera él esta convocatoria? ¿O, por el contrario, espera que ésta sea diferida, siempre diferida? No lo sabe.

El embajador dice, con una sonrisa un poco forzada:

—En este momento tenemos en casa a un joven y encantador amigo inglés que no puede soportar, ni de vista, al vicecónsul de Lahore... No se trata de miedo propiamente dicho, es una especie de incomodidad... Le rehuimos, sí, lo confieso... yo mismo le rehujo un poco.

Charles Rossett se ha despedido del embajador. Cruza a su vez los jardines. Las palmeras sin sombra del Nepal permanecen inmóviles.

Cuando llega al bulevar que bordea el Ganges, Charles Rossett divisa al vicecónsul. Detenido delante de los leprosos como hace un momento delante de las pistas de tenis, los mira.

Charles Rossett vacila, hace mucho calor, pero acaba por dar la vuelta. Cruza de nuevo los jardines, sale de ellos por la otra puerta y llega a su residencia, que se encuentra, como la del vicecónsul, en el bulevar, algo más lejos que la de éste con relación a las oficinas, pero que es su gemela, con su bungalow y su veranda, sus yeserías amarillas y desconchadas, y sus laureles rosas alrededor.

—Hable un poco con él —le ha dicho el embajador—. Si se siente con fuerzas para hacerlo, naturalmente.



Charles Rossett toma su ducha, la segunda del día. El agua de las profundidades de Calcuta es un inmutable frescor.

Su cubierto está puesto. Charles Rossett despliega la servilleta y come *curry* indio. El *curry* es fuerte, siempre demasiado fuerte aquí, y Charles Rossett lo come como si lo hubiesen condenado a hacerlo.

Después, en cuanto se levanta de la mesa, Charles Rossett se duerme en su habitación con los postigos cerrados.

Es la una de la tarde.

Charles Rossett duerme con todas sus fuerzas, gana unas horas al pleno día de Calcuta. Hace cinco semanas que duerme así.

A esta hora agobiante de la siesta, quien pasa por el bulevar puede ver cómo el vicecónsul camina por su habitación, casi desnudo, en una alerta que parece intensa.

Son las tres de la tarde.

Un criado indio despierta a Charles Rossett. Por la puerta entornada, aparece la cabeza llena de astucia y prudencia. El señor debe despertarse. Abrimos los ojos, nos hemos olvidado, como cada tarde, nos hemos olvidado de Calcuta. Esta habitación está oscura. ¿Quiere té el señor? Hemos soñado con una mujer rosa, rosa lectora rosa, que leía a Proust en el viento ácido de un lejano Canal de la Mancha. ¿Quiere té el señor? ¿El señor está enfermo? Hemos soñado que, junto a aquella mujer rosa lectora rosa, sentíamos una cierta nostalgia de otra cosa que se encuentra en estos parajes, en la luz sombría, una forma de mujer con *short* blanco atravesando esta mañana las pistas de tenis desertizadas a causa del monzón de verano.

Queremos té y que se abran las persianas.

Ya está. Las persianas rechinan, porque nunca aprenderán a manejarlas. ¿Cuál es el secreto?



Luz reverberante en la habitación, luz cegadora. Deseo cada día de telefonear al embajador: Señor Embajador, solicito un traslado, no puedo más, no puedo acostumbrarme a Calcuta.

¿Dónde esperar hasta que el amor venga en nuestra ayuda?

Han puesto en marcha el ventilador. Se han ido a la cocina para hacer el té. Después de su paso queda el olor a cotonada y a polvo. Estamos encerrados juntos en la residencia consular para los tres años que van a seguir.

Charles Rossett se ha vuelto a dormir.

Vuelven con el té, le despiertan, vienen a ver si está muerto.

Hay que preparar la camisa blanca y el smoking para mañana: Mañana recepción en la embajada de Francia. Queda comprendido.

El de Lahore, piensa Charles Rossett, el criado indio del vicecónsul, había huido para no declarar contra su amo. Luego le atraparon y él mintió.

Charles Rossett se levanta, se ducha, se asoma al balcón y ve: un Lancia negro sale del jardín de la embajada, avanza por el bulevar, Anne-Marie Stretter va con un inglés que él ya ha visto algunas veces en las pistas de tenis.

El Lancia negro adquiere velocidad y desaparece. Así pues, lo que se dice de ella parece ser cierto.

¿Tiene Charles Rossett necesidad de estar seguro de ello? Sí, indudablemente.

Va al *office*, toma un coñac helado mientras le planchan una camisa blanca como él ha ordenado.

Charles Rossett atraviesa una vez más los jardines de la embajada bajo el inmutable calor. Piensa en las personas que encontrará mañana en la recepción. Invitar a las mujeres según su jerarquía. Invitar a bailar a Anne-Marie Stretter. Ella anda ahora velozmente en dirección a Chandernagor a través de aquel calor.



El vicecónsul está delante de él, bastante lejos. Le ve salir del sendero de las adelfas, dar algunos pasos hacia las pistas de tenis. Charles Rossett y Jean-Marc de H. están solos en esta parte de los jardines.

Jean-Marc de H. ignora que Charles Rossett le está viendo. Se cree solo. Charles Rossett se detiene a su vez. Trata de vislumbrar el rostro del vicecónsul, pero éste no se vuelve. Junto a la tela metálica que rodea las pistas hay una bicicleta de mujer.

Charles Rossett ha visto ya la bicicleta en aquel lugar. Se ha dado cuenta de ello al instante.

El vicecónsul sale del sendero y se acerca a la bicicleta.

Allí hace alguna cosa. A esta distancia es difícil saber exactamente lo que hace. Parece mirarla, tocarla, se inclina sobre ella largo rato, se incorpora, la sigue mirando.

Vuelve al sendero y camina de nuevo, un poco titubeante pero con paso tranquilo. Se dirige hacia las oficinas del consulado. Desaparece.

Charles Rossett se mueve a su vez, toma el sendero.

La bicicleta de la tela metálica está cubierta del fino polvo gris del sendero.

Está abandonada, en desuso, horrible.

Charles Rossett comienza a andar deprisa. Un transeúnte aparece. Se miran. ¿Lo sabe éste? No. ¿Toda Calcuta lo sabe? Toda Calcuta se calla. O ignora.

¿Qué hace el vicecónsul cada mañana y cada tarde junto a las pistas de tenis desiertas? ¿Qué hacía él? ¿A quién decírselo? ¿A quién decirle aquello? ¿A quién decirle aquello que es imposible de decir?

El sendero está otra vez vacío. El transeúnte ha salido de los jardines. El aire danza ante los ojos. Charles Rossett trata de imaginar el rostro liso del vicecónsul y advierte que ya no tiene fuerzas para hacerlo.

Alguien, a lo lejos, silba *Indiana's Song*. No se ve quién es.

La niña nace cerca de Udang, en un refugio, cerca de la granja de un colono a cuyo alrededor ella ha dado vueltas durante dos días a causa de la mujer del colono, seca y vieja también. La mujer la ha ayudado. Durante dos días la mujer le ha dado arroz, sopa de pescado y, el tercer día, un saco de yute para cuando parta, escribe Peter Morgan.

Ella no arroja a su hermana siamesa al Mekong, no la abandona en un camino de la llanura de las Aves. A los otros hijos que vendrán después de esta niña, ella los soltará siempre hacia la misma hora, dondequiera que esté hacia la mitad del día, cuando el sol aturde y hace que zumbe la cabeza. Por la noche, la muchacha se encuentra sola, se pregunta en qué ha podido convertirse aquella cosa que llevaba hace un instante, una imagen suya que no debía soltar. Descansa un poco y parte. Se araña los senos, por los que corren unas gotas de leche. Vuelve a partir. Tal vez —es la primera vez que olvida— se lamenta. Las demás veces apenas notará la diferencia. Ella camina y después duerme. Battambang, la penetrante canción de los niños, encaramados en los búfalos, que se bambolean y se ríen, es cantada por ella antes de dormirse, detrás de las hogueras de melaza de una aldea de la selva, en la parte donde están los tigres, en las tinieblas de la jungla.

El Tonlé-Sap, después de Udang, es fácil de seguir. La niña ha sido parida directamente en el saco, el saco colgado de sus hombros y atado a la cintura, ella continúa descendiendo a lo largo del Tonlé-Sap. En Pnom-Penh se queda algunos días. Después, comienza a descender a lo largo del Mekong. Centenares de juncos cargados de arroz se cruzan con ella.

Una mujer le había dado unas indicaciones, después de Pursat, pero antes de Kompong-Chnam, antes del nacimiento de la hija. Una vez dejado atrás Pnom-Penh, hacia Chaudoc, ella lo recuerda. Ella no puede trabajar con esta hija, nadie la querría; sin la hija tampoco lo ha conseguido, con diecisiete años y ese vientre, expulsada de todas partes. Vete más lejos.

Ella no trabajará nunca, su ocupación es una cosa desconocida.

La mujer le ha dado una indicación muy seria: se dice que algunos niños han sido aceptados por los blancos.



Ella parte de nuevo. Ya no se informa. Aquí nadie habla el camboyano, es muy raro. ¿El primer lugar blanco?

Vete. Hay que seguir el Mekong, ella lo sabe, ése es el método. En su espalda, la niña duerme casi todo el tiempo. Desde hace algunas semanas, sobre todo desde hace unos días, la niña duerme mucho, hay que despertarla para comer. ¿Comer qué? Tiene que dar esta niña, ya es hora de hacerlo. Y luego caminar, ligera, por la orilla de los arrozales. En el párpado azulado, el ojo duerme. ¿Ha mirado algo alguna vez? En Long-Xuyen ve unos blancos en las calles, aquí y allá. Un puesto blanco. Ella va al mercado, pone a la niña sobre un trapo, espera. La última camboyana de su periplo pasa y le dice que la niña está muerta. Entonces ella la pellizca, la niña llora, se ve bien que no. La camboyana dice que la niña va a morir, que hay que hacer algo enseguida para... ¿Qué es lo que quieras?

—Darla.

La otra se burla: ¿quién puede querer esa vergüenza, una niña tan flaca? En Sadec, ella ve también blancos, va al mercado, pone la niña sobre un trapo, espera, nadie le dirige la palabra, la niña duerme cada vez más. Dejarla allí, dormida... ¿Pero y los perros, cuando acabe el mercado? Ella parte de nuevo. En Vinh-Long también hay blancos, hay que ir allá.

Ella va al mercado, pone a la niña delante, sobre un trapo. Se acurruga y espera.

Este mercado le hace reír, pero hay otros mercados, después de marchas demasiado largas —ella camina ahora más rápidamente para ir más deprisa que la muerte— que hacen bailar su razón: como el de Vinh-Long. Esta hermosa niña es de quien la quiera, dice; y por nada, porque ella no puede llevarla consigo, miren mi pie y comprenderán. Nadie comprende. El pie está herido: un ancho y limpio tajo abierto por una piedra cortante y dentro del cual se mueven unos gusanos; ella no sabe que esa herida apesta. La niña duerme. Ella no la mira, ni mira su pie, que está extendido junto a la niña, ella habla sola como en aquel mercado de Tonlé-Sap donde su madre estaba tan atareada. La causa de ello es la visión de los alimentos expuestos, el olor de las carnes asadas y de las sopas calientes. ¿Quién quiere esta niña? Ya no tiene leche, esta mañana la niña no ha querido la que le quedaba. En un junco le han dado arroz caliente y ella ha masticado el arroz mucho tiempo y se lo ha dado



a la niña boca a boca, pero la niña ha vomitado. Bien. Hay que mentir, decir que la niña está sana. Quien la quiera que lo diga. Hace ya dos horas que espera. Ella no se da cuenta de que, por aquí, ya nadie entiende lo que dice. Ayer aún se daba cuenta, hoy no.

Cuando acaba el mercado, cuando los puestos están casi desmontados, pasa una mujer blanca, gorda y maciza acompañada de una niña blanca.

El entendimiento, la astucia, la habilidad vuelven a la muchacha: ha olfateado su oportunidad.

Bajo el casco colonial ve unos ojos —la mujer ya no es joven— que por fin miran.

La mujer ha mirado.

Es la primera que lo hace. Ella le sonríe. La mujer se acerca, saca una piastra de su bolso y se la da a la muchacha.

Luego, se va.

La muchacha grita, le hace señas de que se acerque.

La señora vuelve. La muchacha le muestra la niña y quiere devolverle la piastra. Se vuelve, señala detrás de ella, grita: Battambang. La señora mira, no, vuelve a alejarse, se niega a tomar la piastra. Se forma un pequeño grupo alrededor de la muchacha que grita.

La señora comienza a alejarse.

La muchacha recoge a su hija, corre, la adelanta, lanza una oleada de palabras, señala unas direcciones, tiende la niña riendo. La señora la aparta exclamando algo.

La niña blanca que va con la señora mira a la otra niña como si mirase otra cosa, ¿pero qué cosa?, y dice algo a la señora. La señora se niega y sigue andando,

La muchacha también. Sigue a la señora. La señora se vuelve, la rechaza. Pero con tal de no quedarse con la niña nada le asusta.

La muchacha espera que la señora dé algunos pasos y comienza otra vez a seguirla, con la piastra en la mano.

La señora se vuelve, grita algo más y golpea el suelo con el pie. La muchacha le sonríe. Empieza de nuevo, enseña su pie, señala el norte, muestra a la niña, explica. La señora no mira, continúa andando.

La muchacha la sigue desde lejos por la calle, sin dejar de tender la niña y la piastra, siempre sonriente. La señora ya no se vuelve.

La niña blanca deja a su madre y camina al lado de la muchacha.

La muchacha se calla, alcanza a la señora, con la niña de la señora a su lado. Caminan así, unas tras otras, por las calles del lugar, durante una hora. La muchacha calla, espera a la señora a la salida de las tiendas en compañía de la niña blanca. La niña blanca ya no se aparta de la muchacha. La señora blanca regaña a la niña, que no llora. En el camino de retorno, las tres siguen a la señora. Las posibilidades de éxito son cada vez mayores cuando se acerca. En los ojos de la niña blanca hay una decisión que aumenta a cada paso. La muchacha, sin dejar de caminar, mira a la niña blanca, pero ésta sólo mira la espalda de su madre, que va delante. La señora se vuelve. Detrás, las tres se vuelven como ella. Si la señora gritase o las echase, las tres se callarían, esperarían, echarían a andar de nuevo, se pegarían a su cuerpo. Han llegado a la verja. La muchacha sabe que habría que pegar a la niña blanca para que se separase de ella.

La señora está delante de la puerta de la verja. La abre, deja la mano sobre el pomo, mira a su propia hija, detenidamente, pesa el pro y el contra, mira solamente la mirada de su hija. Y cede.

La puerta de la verja se cierra de nuevo. La muchacha y su hija han entrado.

No es posible engañarse: la cosa está hecha; por mucho que mire hacia todos lados, no hay nada junto a ella, escribe Peter Morgan.



Ya está hecho: la niña ha sido aceptada y llevada a la villa.

Gozosa canción de Battambang que dice que el búfalo comerá la hierba, pero que la hierba, a su vez, comerá al búfalo cuando llegue la hora. Es por la tarde. Después de su triunfo, ella, la muchacha, descansa en el jardín. La casa es blanca. No pasa nadie. Hay unos muros y unos setos de hibiscos. Ella está sentada en un sendero, con la espalda recostada en un manzano-canelero. Arrellanada contra el árbol, con la espalda bien apoyada. No pasa nadie, la gran puerta ha quedado cerrada después del paso del convoy; hay flores y plantas y no corren los perros. En el suelo, unas manzanas-canela, caídas y reventadas en una crema espesa y untuosa, rezuman en el polvo. La señora le ha hecho una seña de que se siente y espere. La muchacha tiene confianza: si la señora se la devolviera, si pensaba que podía devolverla, nada de brazos para tomarla, nada, el vacío, manos pegadas a la espalda, se las cortaría antes de tenderlas de nuevo. Escapar por el seto, como una serpiente. No, no tiene nada que temer. Qué calma, nadie transita, allí sólo se está, las manzanas-canela, una vez caídas, se derraman, nadie las aplasta, se las evita cuando se camina. No tiene nada que temer: la niña blanca de la señora lo quiere, Dios lo quiere. Ya está entregada. Y recibida. Está hecho.

La muchacha ha llegado a la llanura de las Aves.

Pero no lo sabe. La señora vive en la llanura de las Aves, en el primer asentamiento blanco de esta región, pero no hay ya ninguna posibilidad de hacérselo saber a la muchacha. No existe un lenguaje para hacerlo. Está a cuatrocientos kilómetros de Pursat. ¿Ha pasado un año después del alumbramiento? ¿Se produjo entonces por Udang? Teniendo en cuenta la lentitud de su marcha a partir de Udang, porque camina con menos rapidez con aquel peso en la espalda, teniendo en cuenta el número de sus pausas obligadas con unos hombres, en los alrededores de los pueblos, para continuar sobreviviendo, teniendo en cuenta sus sueños, sus robos, su mendicidad, el tiempo perdido mirando, debe de haber pasado cerca de un año desde que salió de Battambang cuando la muchacha descansa en este jardín de la llanura de las Aves.

Se irá también de la llanura de las Aves. Ascenderá un poco hacia el norte y, al cabo de unas cuantas semanas, torcerá hacia el oeste. Después, diez años en camino hacia Calcuta.



A Calcuta, donde se quedará. Se quedará allí, se queda, permanece allí, en los monzones. Allí, en Calcuta, dormida entre la lepra, bajo los matorrales de la orilla del Ganges.

¿Y por qué ese periplo? En lugar de un rumbo, ¿ha seguido a los pájaros? ¿Las antiguas rutas de las caravanas chinas del té? No. Entre los árboles, por las riberas sin plantas, en dondequiera que se hallase, posaba los pies y caminaba.

En el sendero, otros dos niños blancos, varones estos, vienen a observarla durante unos instantes y se van de nuevo sorteando los frutos caídos, con sus pies calzados con sandalias blancas. La niña de la señora no ha vuelto a aparecer. Un hombre que debe de ser un criado trae carne, pescado, arroz caliente, lo deja todo en el sendero, delante de ella. La muchacha come. Debe de ser posible ver algo: al final del sendero, en el lado opuesto de la verja, hay una veranda cubierta. Veinte metros de sendero la separan de esa veranda. Está adosada a su árbol, frente a los alimentos, pero ve: la niña está en un paño blanco, sobre una mesa. La señora se inclina sobre ella. A ambos lados, sus hijos miran y callan. La niña blanca está allí: Dios existe. Se ve que la señora trata de dar leche a la niña, la vierte en su boca con un pequeño frasco. La dama agita a la niña y grita, grita. La muchacha se levanta y siente un leve temor. Cuando vean que la niña no está sana, ¿se la devolverán y las expulsarán de allí? Pero no. Nadie mira hacia donde ella está. ¡Ah, esta niña, cómo duerme! Entre los gritos de la señora, duerme tan bien como en el silencio de un camino. La señora empieza de nuevo, agita a la niña, grita, vierte. La leche corre sobre la niña, pero no entra. Lo que queda de vida sólo sirve para negarse a vivir más. Un cambio. La señora posa la botella y mira atentamente a la niña que duerme. Los pequeños blancos continúan esperando y callando; ahora son tres los que quieren mirarla. Dios está en todas partes. La señora coge a la niña en sus brazos: la niña no se mueve. La señora la pone de pie sobre la mesa, sin soltarla: la cabeza de la niña se desploma suavemente hacia un lado, duerme todavía. El vientre de la niña es un globo lleno de aire y de gusanos. La señora deja a la niña sobre la manta, se sienta en una silla y calla. Reflexiona y calla. Otro cambio: la dama abre con dos dedos la boca de la niña y ve, ¿qué ve?, sin duda unos dientes, ¿qué otra cosa podría ver? La señora parece ahogar un grito y mira a la muchacha que está en el sendero. La muchacha baja la cabeza, se hace la culpable. Espera. ¿Ha pasado el peligro? No. La señora deja a la niña sobre el paño y viene hacia ella. ¿Qué significa ese lenguaje duro? ¿Qué es lo que



quiere? Muestra sus manos abiertas. ¿La edad, por favor? La muchacha abre sus dos manos, busca, no ve nada, y deja así sus dos manos abiertas. Serán unos diez meses. La dama se va de nuevo, gritando, toma a la niña y la manta y entra con todo en la villa.

En la tranquila tarde del jardín, la muchacha se ha dormido.

Ella se despierta: la señora está allí otra vez y le pregunta algo de nuevo. La muchacha responde: Battambang. La señora se va. La muchacha se adormece a medias. Se ha retirado de la sombra del árbol, se ha alejado por el sendero. En su puño, la piastra de la mañana. La han dejado tranquila, pero todavía desconfía un poco. Battambang la protegerá, sólo dirá esa palabra en la cual se ha encerrado, es su casa cerrada. Y sin embargo, si desconfía aún, ¿por qué no se va? ¿Está descansando? No, no exactamente; todavía no tiene ganas de abandonar este lugar, espera, antes de partir, saber a donde ir, qué es lo que hará ahora.

Esta tarde la cosa se decide por sí sola. ¿Cómo podrá volver atrás una vez hecho lo que está hecho?

Ella se despierta. Ha caído la noche. Bajo la veranda hay una luz viva: la señora se inclina de nuevo sobre la niña. Esta vez está sola con ella. ¿Intenta despertarla todavía? No. Se trata de otra cosa. La muchacha se levanta y ve: la señora coloca a la niña encima de la mesa, se aleja, vuelve con una palangana de agua, levanta a la niña y, mientras le habla dulcemente, la sumerge en el agua. La muchacha ya no está enfadada con ella, ve bien claro que la niña está viva por lo menos, prueba de ello es que la está bañando. ¿Bañaría acaso a una niña muerta? Ella, su madre, lo sabía. Ahora también lo sabe la señora. Dos personas. Qué tranquilo está el jardín. Probablemente han comenzado a olvidar su presencia en el sendero. Ocurren dos cosas. Hay un gran cuenco de sopa fría a sus pies, junto al árbol, lo han puesto allí durante su sueño sin despertarla a puntapiés. Al lado de la sopa hay un frasco de medicamento para la herida.

Ella come. Mientras come ve: la señora acaricia a la niña con la palma de la mano, sin dejar de hablarle, y la cabecita se cubre de espuma blanca. La muchacha ríe silenciosamente. La muchacha se levanta. Da algunos pasos, se adelanta, mira. Es la primera vez que se mueve desde esta mañana. No se dejará ver, no lo hará nunca más. Ella ve: la niña duerme en el



agua, la señora blanca ya no habla, ahora la seca con la toalla. La muchacha avanza un poco más. Los párpados se estremecen, lanza un leve grito y se vuelve a dormir en la toalla. La muchacha se aleja del lugar en donde aún veía, vuelve a su árbol. La sombra de los manzanos-caneleros es muy densa: la muchacha se sienta en ella para no ser vista y seguir esperando.

Los caminos están claros porque hay luna llena. La muchacha toma una fruta caída, pone en ella los labios, blancura azucarada, decepcionante, leche engañosa. No. La muchacha arroja la fruta al suelo.

No tiene hambre.

Las formas de los edificios y de las sombras son nítidas, el patio está desierto, los caminos también deben de estarlo. La verja debe de estar cerrada, pero por el seto será fácil.

La campanilla de la puerta. Un doméstico va a abrir. Entra un hombre blanco, con una cartera bajo el brazo. La puerta se ha cerrado de nuevo. El criado y el hombre blanco pasan al lado de la muchacha sin verla. El hombre blanco llega a donde está la señora. Se hablan. La señora saca a la niña de la toalla, la muestra, la envuelve otra vez en la toalla. Entran ambos en la villa. La veranda continúa iluminada. Vuelve la calma.

Canción de Battambang, a veces me dormía sobre el lomo de los grandes búfalos, ahíta del arroz caliente que mi madre me daba. La madre, seca en su cólera, fulmina el recuerdo de un solo golpe.

Aquí, en el jardín, no es posible cantar. Al otro lado de los muros y del seto de hibiscos el camino va a todas partes. Aquí, la villa. Allá, los demás edificios, que se suceden monótonamente, una puerta, tres ventanas, una puerta, tres ventanas. Mira, una escuela. En Battambang había una escuela. ¿Había una escuela en Battambang? Lo ha olvidado. Delante, detrás de los edificios están la verja cerrada, el seto de hibiscos, un muro; aquí, junto al cuenco de sopa, en el suelo, hay unas vendas y el frasquito de agua gris. La muchacha oprime su pie, la gusanera sale; ella vierte el agua gris y vende el pie. En un local sanitario, hace algunos meses, le curaron de este modo el pie. El pie pesa como plomo,



sobre todo cuando se detiene, pero no le duele. Ella se levanta, mira las puertas. Desde el interior de la villa llega el rumor de las voces. Regresar a Battambang, volver a ver a aquella flaca, a la madre. Pega a los hijos. Escapa por los taludes. Grita. Llama para distribuir el arroz caliente. Sus ojos lloran con el humo. Volverla a ver una vez, antes de crecer, antes de partir de nuevo y tal vez morir, volver a ver aquella cólera.

Pero ella no encontrará nunca el camino. Ella ya no querrá encontrarlo.

La brisa agita la sombra de los árboles, los caminos son como un terciopelo por donde avanzar hacia el Tonlé-Sap. Ella busca a su alrededor, gira sin moverse del sitio —¿por dónde salir?—, se rasca los senos que le pican porque esta noche todavía se han formado allí tres gotas de leche, ella no tiene hambre, ella se estira, qué juventud, ah, correr, caminar de noche cantando siempre las canciones de Battambang, todas las canciones. Diez años después, en Calcuta, sólo le quedará una, que ocupará ella sola su memoria abolida.

Después de la llegada del hombre blanco se ha iluminado una ventana. De allí proceden las voces. Ella avanza un poco más —pero marchándose— sobre la punta de los pies, se sube a la tapia que rodea la casa. Allí están los dos, siempre ellos, los blancos. Tendida sobre las rodillas de una madre furiosa, su hija duerme. La madre ya no la mira. El hombre tampoco: está de pie, tiene una aguja en la mano. Sobre una mesa, está la botella de leche, llena todavía. La señora ya no grita. La señora llora. Que llore. La hija separada abre los ojos y se duerme otra vez, entreabre los ojos y se vuelve a dormir, sin cesar, constantemente, esto ya no me importa, hay otras mujeres indicadas para eso, tú además de mí, yuxtaposición inútil, qué difícil ha sido separarnos, la cabeza redonda salía del saco de su espalda y se bamboleaba en cada sobresalto, tenía que caminar lentamente, evitar las piedras demasiado grandes. El doctor se acerca a la niña limpia y pone una inyección. La niña llora débilmente. La muchacha ya ha visto dar el pinchazo que cura en los establecimientos sanitarios del camino. Las muecas de la niña le hacen repetir las mismas muecas. Tira el peso concreto que cortaba los hombros durante el camino, el peso que la niña muerta o viva nunca superaría. La muchacha se aparta del lugar desde donde veía. Con la espalda libre, se retira, se aleja. Parte. Atraviesa el seto de hibiscos. Se encuentra en una calle de la población blanca.



Hablar la lengua de Battambang, bien alimentada como ella está esta noche. Volver a ver a aquella mujer, la más malvada de todas las que ha conocido; si no, ¿qué va a ser de ella? ¿Qué? Da unos pasos. Con una rigidez en los hombros y un cólico en el vientre, ella camina, se aleja. Dice algunas palabras en camboyano: buenos días, buenas noches. Antes hablaba a la niña. ¿A quién hablará ahora? A la anciana madre del Tonlé-Sap, origen, causa de todos los males, de su destino torcido, su amor puro. Ella lucha con el cólico, da unos pasos. Un ahogo le llega de su vientre demasiado lleno, quería respirar, vomitar los alimentos. Se detiene, se vuelve. Una verja se abre. Es la misma verja, el mismo hombre blanco que ahora sale. Ella creía que estaba lejos de la villa. Ya no teme al hombre blanco. Este pasa cerca de ella sin verla, con pasos apresurados.

La villa apaga sus luces.

Todo un monzón ha debido de terminar estos días. ¿Cuánto hace que llovía cada día sobre su peso?

Qué tarde es para regresar a casa de su madre, para volver a jugar, regresar al Norte para decir buenos días y reír con los demás, para dejarse azotar por su madre y morir de sus golpes. Saca la piastra del seno y la mira a la luz de la luna. No la entregará nunca, la vuelve a meter entre sus senos y entonces comienza a caminar. Esta vez sí, esta vez camina, avanza.

Ella ha salido por el seto de hibiscos, está segura de ello, ha partido.

Un muelle: es el Mekong. Unos juncos negros atracados. Volverán a salir por la noche. A falta de Battambang, esto es también su pueblo. Unos muchachos tocan la mandolina, entre los juncos está la pequeña barca de un vendedor de sopa, dos barquitas más lejos, a la luz de las lámparas de petróleo, las hogueras bajo la sopa; muy cerca de la orilla, por debajo de un toldo, brotan unas canciones. Ella comienza a caminar a lo largo de los juncos, con su paso pesado y regular de campesina, se aleja, también esta noche.



Ella no volverá al Norte, escribe Peter Morgan. Remontará el Mekong en busca del Norte, pero una mañana desandará lo andado.

Ella camina entonces por la orilla de uno de los afluentes del Mekong, luego por la de otro.

Una noche se encontrará en un bosque.

Otra noche, ante un río y lo sigue también. Es un río muy largo. Lo deja. Otra vez el bosque. Comienza de nuevo, ríos, caminos, pasa por Mandalay, desciende por el Irauadi, atraviesa Prome, Bassein, llega el golfo de Bengala.

Un día está sentada frente al mar.

Parte de nuevo.

Llega al Norte por las llanuras de la parte baja del Chittagong y del Arakan.

Un día —hace diez años que camina— llega a Calcuta.

Se queda allí.

Al principio, todavía tiene un aire joven y a veces la llevan sobre el techo de un juncos. Pero su pie apesta cada vez más, y durante semanas, durante meses, los juncos ya no la embarcan. A causa de ese pie, durante el mismo período, los hombres la buscan muy raras veces. Sin embargo, algunas veces llega un leñador. En algún lugar de la montaña le curan el pie. Permanece unos diez días en el patio de un puesto sanitario, bien alimentada, pero escapa de nuevo; después, el pie acaba curándose y se encuentra mejor. Después está la selva. La locura en la selva. Duerme siempre cerca de las aldeas. Pero a veces no las hay y entonces duerme en una cantera o al pie de un árbol. Y sueña: ella es su hija muerta, un búfalo del arrozal, a veces ella es el arrozal o la selva, ella que permanece sin morirse noches enteras en el agua mortal del Ganges; más tarde sueña que también se ha muerto, que se ha ahogado.



Hay muchas cosas que hacen más profunda la locura. El hambre de Pursat, de después de Pursat, ciertamente, pero también el sol, el no hablar, el terco zumbido de los insectos de la selva, la calma de los claros, muchas cosas. Ella se equivoca en todo, cada vez más, hasta el momento en que ya no se equivoca nunca, absolutamente nunca, porque ya no busca nada. ¿Qué es lo que come en ese periplo tan largo? Un poco de arroz en la entrada de las aldeas, aves degolladas por los tigres y abandonadas allí en espera del husmo a podredumbre, frutas, y luego peces, ya en el Ganges.

¿Cuántos hijos ha tenido? En Calcuta, donde ha encontrado la abundancia, los repletos cubos de basura del Prince of Wales o el arroz caliente ante una pequeña verja que ella sabe, se ha quedado estéril.

Calcuta.

Ella se queda allí.

Hace diez años que partió.

Peter Morgan deja de escribir.

Es la una de la madrugada. Peter Morgan sale de su habitación. El olor de Calcuta por la noche es el del cieno y el del azafrán.

Ella no está en la orilla del Ganges. Bajo el matorral ahuecado no hay nada. Peter Morgan se acerca por detrás a las cocinas de la embajada: no está allí tampoco. Ella no nada en el Ganges. Él sabe que ella va a las Islas, que viaja en el techo de los autocares, que durante el monzón de verano la atraen los cubos de basura del Prince of Wales. Los leprosos sí que están allí, sumidos en el sueño.

Anne-Marie Stretter le ha relatado a Peter Morgan la venta de una niña. Anne-Marie Stretter ha asistido a esa venta hace diecisiete años, allá en Savannakhet, Laos. Las fechas no coinciden. La mendiga, según Anne-Marie Stretter debía de hablar la lengua de Savannakhet. Las fechas no coinciden. La mendiga es demasiado joven para ser la que vio Anne-Marie Stretter. Sin embargo, Peter Morgan ha convertido el relato de Anne-Marie



Stretter en un episodio de la vida de la mendiga. Las niñas han visto a ésta detenerse largo rato delante de su balcón.

Peter Morgan querría ahora sustituir la memoria abolida de la mendiga por el batiburrillo de la suya. Sin esto, Peter Morgan se encontrará carente de palabras para dar cuenta de la locura de la mendiga de Calcuta.

Calcuta. Ella se queda allí. Hace diez años que partió. ¿Cuánto tiempo hará que perdió la memoria? ¿Qué decir en lugar de lo que ella no ha dicho? ¿De lo que no dirá? ¿De lo que ignora haber visto? ¿De lo que ignora que ha ocurrido? ¿En lugar de todo lo que ha desaparecido de la memoria?

Peter Morgan pasea por una Calcuta dormida, camina por la orilla del Ganges. Cuando llega frente al Círculo Europeo ve, en la terraza, las siluetas del vicecónsul y del director del centro. Lo mismo que cada noche, los dos hombres hablan.

Es el vicecónsul quien está hablando. Esa voz sibilante es la suya. A la distancia en que se encuentra de ellos, Peter Morgan oye muy mal lo que dicen; pero, en lugar de acercarse, Peter Morgan vuelve sobre sus pasos, porque no quiere comenzar a oír las primeras frases de las confidencias del vicecónsul.

A la altura de la residencia del embajador, Peter Morgan desaparece en los jardines.

Esta noche, en el Círculo, sólo hay una mesa de jugadores de bridge. Se han acostado pronto, porque mañana es la recepción. El director del Círculo y el vicecónsul están sentados uno al lado del otro, en la terraza, mirando al Ganges. Estos hombres no juegan a las cartas, hablan. Los jugadores de la sala no pueden oír su conversación.

—Hace veinte años que llegué aquí —dice el director—, y lamento mucho no saber escribir. ¡Qué novela haría con todo lo que he visto... con todo lo que he oído!

El vicecónsul mira el Ganges y, como de costumbre, no responde.

—...Estos países —continúa el director— tienen su encanto... no se olvidan nunca. En Europa nos aburrimos enseguida. Aquí, el verano es duro, por supuesto... pero esta costumbre del calor... el recuerdo allí del calor... de este enorme verano... fantástica estación.

—Fantástica estación —repite el vicecónsul. Cada noche, el director del Círculo habla de la India y de su vida. Y después, el vicecónsul de Francia en Lahore relata lo que quiere de la suya. El director sabe manejar al vicecónsul: cuenta unas cosas anodinas que el vicecónsul no escucha, pero que, algunas veces, al final, acaban soltando su voz sibilante. A veces, el vicecónsul habla mucho tiempo de una manera inteligible. Otras veces, su discurso es más claro. El vicecónsul parece ignorar lo que sus palabras llegan a ser en Calcuta. Lo ignora. Nadie, aparte del director del Círculo, le dirige la palabra. El director del Círculo es interrogado a menudo sobre lo que cuenta el vicecónsul. En Calcuta se quiere saber algo.

Los jugadores de cartas se han marchado. El Círculo está desierto. La luz, que corre a lo largo de la terraza en una guirnalda de pequeñas bombillas color de rosa, acaba de apagarse. El vicecónsul ha estado preguntando largo rato al director del Círculo sobre Anne-Marie Stretter, sobre sus amantes, su matrimonio, su empleo del tiempo, sus estancias en las Islas. Al parecer ya sabe lo que quería saber, pero no se va todavía. Ahora callan ambos. Han bebido, beben mucho cada noche, en la terraza del Círculo. El director desea morir en Calcuta, no regresar nunca a Europa. Le ha dicho algo de sus deseos al vicecónsul. Este ha dicho al director que, en ese punto, tenía su asentimiento.

Esta noche, aunque el vicecónsul ha hecho muchas preguntas sobre Anne-Marie Stretter al director, él no ha hablado mucho. El director espera cada noche que lo haga. Ahora lo hace.

El vicecónsul pregunta:

—¿Cree usted que es necesario dar un empujón a las circunstancias para poder vivir el amor?

El director no comprende lo que quiere decir el vicecónsul.

—¿Cree usted que hay que ir en ayuda del amor para que éste se declare, para que uno se encuentre, una buena mañana, con la sensación de amar?

El director no comprende todavía.

—Tomamos una cosa —prosigue el vicecónsul—, la ponemos en principio delante de nosotros y le entregamos nuestro amor. Una mujer sería la cosa más sencilla.

El director pregunta al vicecónsul si siente amor por alguna mujer de Calcuta. El vicecónsul no responde a esta pregunta.

—Una mujer sería la cosa más sencilla —continúa el vicecónsul—. Es algo que acabo de descubrir. Yo nunca he sentido amor, ¿se lo he contado?

Todavía no. El director bosteza, pero al vicecónsul le importa muy poco.

—Soy virgen —prosigue el vicecónsul.

El director sale del adormecimiento alcohólico y mira al vicecónsul.

—Me he esforzado en amar en varias ocasiones a personas distintas, pero nunca he llegado al final de mi esfuerzo. Nunca he ido más allá del esfuerzo de amar, ¿comprende, director?

El director cree no comprender lo que quiere decir el vicecónsul. Dice: Le escucho. Y se dispone a hacerlo.

—Ahora he salido de ese esfuerzo —continúa el vicecónsul—. Desde hace unas semanas.

El vicecónsul se vuelve hacia el director del Círculo. Se señala con el dedo.

—Mire mi rostro —dice.

El director aparta la mirada. El vicecónsul vuelve a poner su rostro en dirección al Ganges.

—A falta de amor he tratado de amarme, pero no lo he logrado. Sin embargo, hasta estos últimos tiempos me he preferido siempre.



—¿Tal vez no sabe usted lo que está diciendo?

—Es posible —dice el vicecónsul—. He estado mucho tiempo desfigurado por el esfuerzo de amarme.

—Le creo cuando dice que es usted virgen —dice el director.

Parece satisfecho de esta confesión.

—Aquí se sentirían aliviados si lo supiesen —prosigue el director.

—¿Cómo es mi rostro, dígame, director? —pregunta el vicecónsul.

—Todavía imposible —dice el director.

El vicecónsul, impasible, continúa su discurso:

—El día de mi llegada —dice—, vi a una mujer cruzando el parque de la embajada y dirigiéndose hacia las pistas de tenis. Era pronto, yo paseaba por el parque y la encontré.

—Es ella, la señora Stretter —dice el director.

—Es posible —dice el vicecónsul.

—Ya no muy joven. ¿Bella todavía?

—Es posible.

Se calla.

—¿Le vio ella a usted? —pregunta el director.

—Sí.

—¿Puede decir algo más?

—¿En qué sentido?

—Ese encuentro...

—¿Ese encuentro? —pregunta el vicecónsul.

—El efecto que le hizo ese encuentro, ¿puede usted decir algo?

El vicecónsul reflexiona largo rato.

—¿Cree usted que puedo hacerlo, director?

El director le ha mirado.

—Podría decir sobre ello algo que quedaría entre nosotros, se lo prometo.

—Lo intento —dice el vicecónsul.

Calla otra vez. El director bosteza. El vicecónsul no parece advertirlo.

—¿Entonces? —pregunta el director.

—Sólo puedo empezar a decirle de nuevo: el día de mi llegada, vi a una mujer cruzar el parque de la embajada. Se dirigía hacia las pistas de tenis desiertas. Era pronto. Yo paseaba por el parque y la encontré. ¿Quiere usted que continúe?

—Esta vez —dice el director— ha dicho usted que las pistas de tenis estaban desiertas.

—Eso significa algo —dice el vicecónsul—. En efecto, las pistas de tenis estaban desiertas.

—¿Supone eso una gran diferencia?

El director ríe.

—Una gran diferencia, en efecto —responde el vicecónsul.

—¿Cuál?

—¿La de un sentimiento acaso? ¿Por qué no?



El vicecónsul no espera ninguna respuesta del director del Círculo. El director no rechista. A su juicio, el vicecónsul delira a veces. Lo mejor es esperar que el delirio le abandone y que el director vuelva a una conversación menos confusa.

—No me ha respondido usted, director —dice el vicecónsul.

—Usted no espera ninguna respuesta de nadie, caballero. Nadie puede responderle. Esas pistas de tenis... Adelante, le escucho.

—Advertí que estaban desiertas después de que ella se fue. Se había producido un desgarramiento en el aire, su falda contra los árboles. Y sus ojos me habían mirado.

El vicecónsul se inclina sobre sí mismo mientras el director le mira. Su cabeza cae sobre su pecho y se queda así, inmóvil.

—Había allí una bicicleta, apoyada en la tela metálica de las pistas. Ella la tomó y se alejó por un sendero —prosigue el vicecónsul.

A pesar de sus esfuerzos, el director no distingue nada del rostro del vicecónsul. Tampoco exige ninguna respuesta lo que esta vez dice el vicecónsul.

—¿Por qué camino se enamora una mujer? —pregunta el vicecónsul.

El director ríe.

—¡Qué cosas dice usted! —dice el director—. Está usted borracho.

—Dicen que ella está a veces muy triste, director, ¿es cierto eso?

—Sí.

—¿Lo dicen sus amantes?

—Sí.

—Yo la tomaría por la tristeza —dice el vicecónsul—, si me fuese permitido hacerlo.

—¿Y si no?

—Un objeto podría hacer las veces. El árbol que ha tocado, también la bicicleta. ¿Duerme usted, director?

El vicecónsul reflexiona, olvida al director. Después prosigue.

—Director, no se duerma.

—No me duermo —balbucea el director.

Esta noche, en el Círculo, dos ingleses de paso han cenado. Eso es todo. Ahora ya se han ido.

La recepción en la embajada comenzará hacia las once, dentro de dos horas. El Círculo está vacío, las luces del bar han sido apagadas. En la terraza, frente al Ganges, está sentado el director. El director también espera esta noche al vicecónsul, como cada noche.

Ya está aquí. Se sienta frente al Ganges, lo mismo que el director. Comienzan a beber en silencio.

—Escúcheme, director —dice por fin el vicecónsul.

El director ha bebido más aún que la víspera.

—Estaba aquí esperando —dice el director—. Esperaba sin saber exactamente lo que esperaba. ¿Tal vez a usted, caballero?

—A mí —confirma el vicecónsul.

—Le escucho.

El vicecónsul se calla. El director le toma por el brazo y le sacude.

—Sígame hablando de las pistas de tenis desiertas —dice el director.

—La bicicleta está allí, abandonada por esa mujer, desde hace veintitrés días.

—¿Olvidada?

—No.

—Se engaña usted, caballero —dice el director—. Con el monzón de verano, ella ha dejado de pasear por los jardines. La bicicleta ha sido olvidada.

—No, no es eso —dice el vicecónsul.

El vicecónsul permanece callado tan largo rato que el director se duerme a medias. El vicecónsul le despierta con su voz sibilante.

—Yo conocí la felicidad alegre en una pensión de Seine-et-Oise —dice—. ¿Se lo he contado ya?

Todavía no. El director bosteza, pero al vicecónsul le importa poco.

—¿Qué felicidad conoció usted? —pregunta el director.

—La felicidad alegre. La conocí en el colegio, durante el curso secundario de Montfort, en Seine-et-Oise. ¿Me escucha, director?

El director del Círculo dice: le escucho. Y se dispone a hacerlo.

El vicecónsul relata con su voz sibilante, al director que dormita, se despierta, ríe, se duerme de nuevo, se vuelve a despertar —pero, al parecer, al vicecónsul le importa muy poco aburrir al director—, el vicecónsul relata la felicidad alegre de Montfort.

La felicidad alegre de Montfort consistía en destruir Montfort, dice el vicecónsul de Francia. Eran muchos los que lo deseaban. Sobre el método empleado para ese tipo de empresa, el vicecónsul dice que no conoce ninguno mejor que el de Montfort. Lo primero bombas fétidas en todas las comidas, luego en los estudios, en clase, en el locutorio, en el dormitorio, y después... La risa, la enorme risa... En Montfort nos desternillábamos de risa.



—Bombas fétidas, falsas mierdas, falsas babosas —prosigue el vicecónsul—, auténticas mierdas por todas partes, encima de la mesa de cada profesor, qué sucios éramos en Montfort.

Deja de hablar. El director no rechista. Esta noche, el vicecónsul delira de nuevo, es un grave delirio.

—El director decía —continúa el vicecónsul— que, en los diecinueve años que llevaba en la enseñanza, nunca había visto nada parecido. Sus palabras eran: perseverancia en la maldad y en la infamia. Prometía la libertad al que nos denunciara. Pero en Montfort nunca hablaba nadie. Éramos treinta y dos y no hubo ni un fallo. Nuestra conducta en clase era perfecta, porque nuestra malignidad no se diseminaba ya, sino que se concentraba, golpeábamos sobre seguro y cada vez más fuerte. Todo el pensionado era asediado, cada día más, sabíamos cómo hacerlo y esperábamos la explosión definitiva. ¿Me escucha?

El director del Círculo duerme.

—¡Qué lata! —dice.

El vicecónsul le despierta.

—Probablemente, lo que más le interesará a la gente es lo que ya le he dicho. No se duerma. Ahora le toca a usted, director.

—¿Qué quiere usted saber?

—Lo mismo, director.

—Nosotros —comienza el director—, yo, estaba en un colegio disciplinario, en pleno campo, cerca de Arras, Pas-de-Calais. Éramos cuatrocientos setenta y dos. Vapuleábamos a los vigilantes que circulaban de noche por los dormitorios para tratar de sorprendernos. No se duerma usted tampoco. Una mañana, el profesor de ciencias naturales entró en clase y nos anunció que íbamos a hacer unos ejercicios, y recuerdo que dijo —no se duerma— que íbamos a repasar los desiertos, las dunas y las playas, las paredes rocosas permeables, las

plantas acuáticas y, como él dijo —la expresión es magnífica, ya verá usted—, las llamadas plantas de sombra y luz. Así que hoy, dijo el profesor de ciencias naturales, vamos a hacer un repaso. ¡Qué clase! Se habría oído correr un ratón... Esto huele mal, dijo el profesor. No era una manera de hablar, olía realmente mal. No se duerma. Ya llegamos. El profesor abre el cajón para coger la tiza, topa con una mierda, no ve la diferencia, cree que es falsa como la del día anterior, la coge con la mano y comienza a dar alaridos, a dar alaridos...

—Bien, adelante, director.

—¿Qué?

—Continúe, director.

—Entonces acuden todos los profesores, el director también, todo el personal, todos los vigilantes, y ante nosotros, que nos retorcemos de risa, se quedan con el pico cerrado, sin poder pronunciar una palabra. Olvidaba decirle que el profesor de ciencias naturales, con la mano derecha levantada, tenía en la otra un papel encontrado al lado de la mierda y en el cual yo había escrito: Acusado, levante su mano derecha llena de mierda y diga: juro que soy una mierda. Por la tarde, entró el director, estaba lívido. Todavía me parece oír su voz: ¿Quién ha cagado en los cajones? Añadió que tenía pruebas y que la mierda había hablado.

El vicecónsul de Francia y el director del Círculo apenas se ven en la oscuridad. El director ríe.

—¿También era la felicidad alegre para usted, director?

—Como dice usted, caballero.

—Entonces continúe, director. Adelante.

—Después, se redujo nuestro campo de acción. Pero todavía nos las arreglábamos. Amordazamos al cocinero y lo encerramos en la cocina. Zancadillas a los comulgantes que se acercan a la santa mesa por el pasillo central en la iglesia, cierre de todas las puertas del correccional con doble vuelta de llave, rotura de todas las bombillas.

—¿Expulsión?

—Sí. Se acabó el colegio. ¿Y usted, caballero?

—Expulsión. Viví en la espera de otro colegio, nadie se ocupaba de mí, a pesar de lo cual hice unos estudios superiores a los suyos. Me quedé solo con mi madre. Ella lloraba la marcha de su amante.

—¿El doctor húngaro?

—Exacto. Mi madre era adulta. Yo también lo sentía, echaba de menos a su amante que me gastaba bromas en el locutorio de Montfort.

—Ellos insisten en la infancia, señor.

—Hago lo que puedo, director.

—Nunca estoy seguro de que no me cuenta chifladuras, señor de H. Pero eso no tiene importancia. Después del matrimonio de su madre con el vendedor de discos de Brest, ¿qué hizo usted?

—Viví en mi casa de Neuilly. Una larga serie de días me alejó de Montfort y de la muerte, sí, de la muerte de mi padre muerto. ¿No se lo he dicho ya? Mi padre murió seis meses después de mi salida de Montfort. Le vi descender a su tumba. Le vi con los brazos cruzados y los ojos secos. Era, como usted supondrá, el punto de mira del personal lloroso de un banco de Neuilly.

—¿Y qué hacía usted solo en Neuilly?

—Lo que habría hecho usted, director.

—¿Pero qué?

—Iba a unas *surprise-parties* donde no decía nada. Me señalaban con el dedo: es el que ha matado a su padre. Bailaba. Me comportaba correctamente. Para decírselo todo, director,

esperaba la India, la esperaba, la ignoraba todavía. Mientras tanto, en Neuilly, me sentía muy torpe. Rompía las lámparas. Las lámparas caen y se hacen añicos. Yo oía el estrépito en los pasillos desiertos. Usted dirá: Ya era así en Neuilly. Dirá usted: estaba helado de terror. Un muchacho, en una casa desierta, rompe las lámparas y se pregunta por qué, por qué... No lo diga todo a la vez, haga que duren las cosas.

—¿Qué me oculta usted, señor?

—Nada, director.

Los ojos del vicecónsul no mienten.

—Director —prosigue el vicecónsul—, yo querría que durase más este período de mi vida, aquí en Calcuta. Aunque lo parezca, no espero que me destinen, todo lo contrario, querría que esto se alargase mucho, mucho, hasta el final del monzón si es posible.

—¿Por ella? —preguntó el director sonriendo.

—Director, hable a todo aquel que quiera escucharle, cuente a quien quiera oírle todo lo que yo le cuento. Si se acostumbran a mí, permaneceré un poco más en Calcuta. ¿Está usted contento esta noche, director?

—Las pistas de tenis desiertas, ¿puedo contar eso también?

—Todo, director, todo.

El vicecónsul todavía le pide al director del Círculo que le hable de las Islas, de esa isla adonde ella va a menudo, sí, una vez más. En este momento se acercan unos ciclones, dice el director, la mar está cada vez más gruesa. Por la noche, las palmeras se tuercen con el viento, es como si unos trenes surcasen la isla adonde ella va, la isla más grande de todas. Las palmeras mugen como trenes lanzados a toda velocidad por el campo. El palmeral del Prince of Wales es famoso. Un enrejado eléctrico lo protege por el lado del norte contra los mendigos, es una gran cosa ese enrejado. Hay mangos a lo largo del embarcadero y eucaliptos en el parque. En la India es tradicional rodear con palmeras los grandes hoteles.



Cuando el sol se pone, el cielo es rojo en el océano Índico, casi siempre es así, y en los caminos de la isla hay grandes franjas oscuras, las sombras de los troncos de las palmeras. En la India, hay palmerales por todas partes, en la costa de Malabar, en Ceilán, y una gran avenida atraviesa el del Prince of Wales: conduce a las pequeñas villas compartimentadas, anejos lujosos y discretos del hotel. ¡Ah, el Prince of Wales! En la orilla oriental de la isla hay una laguna, pero nadie va a ella, no está dentro de los límites del enrejado, si el director del Círculo no recuerda mal. Eso es todo.

—¿Irá el vicecónsul a la recepción de esta noche?, pregunta el director.

Sí, irá. Ya se va. Se ha levantado. El director le mira.

—No hablaré a nadie de las pistas de tenis —dice el director—, aunque usted me lo pida.

—Como usted quiera.

Se aleja. Atraviesa el césped que rodea el Círculo. Se le ve en la luz amarilla de las farolas, titubea levemente, demasiado alto, demasiado flaco. Luego desaparece en la avenida Victoria.

El director se sienta de nuevo frente al Ganges.

Las veladas que pasan juntos probablemente van a ser ahora más aburridas, porque, según parece, el vicecónsul ya no tiene gran cosa que contar o que inventar sobre su vida, ni él, el director, que contar o que inventar sobre la suya, sobre las islas, sobre la mujer del embajador de Francia en Calcuta.

El director se duerme.

Hay una ventana iluminada en el bulevar del Ganges: es la del vicecónsul.

Cualquiera que pase por allí a esa hora de la noche puede verle: se ha puesto su smoking, anda de una habitación a otra bajo los ventiladores que giran. A esa distancia, la que separa el bulevar de su residencia, la expresión de su rostro puede parecer apacible.



Sale. Hela aquí dirigiéndose, a través de los jardines, hacia los salones iluminados de la embajada de Francia.

Esta noche, en Calcuta, la embajadora Anne-Marie Stretter está junto al *buffet* y sonríe. Va de negro, lleva un vestido tubo de tul negro. Alarga una copa de champaña. La ha entregado, mira a su alrededor. Las proximidades de la vejez le han producido una delgadez que permite ver claramente la finura, la longitud de su osamenta. Sus ojos son demasiado claros, recortados como los de las estatuas, y sus párpados se han adelgazado.

Mira a su alrededor con la misma mirada de exiliada con que podría mirar, desde la tribuna oficial, en un bulevar rectilíneo con nombre de un conquistador, el paso de la Legión, deslumbrante, cantando, con las forrajeras de sus morriones al sol. Un hombre, entre los demás, lo advierte: Charles Rossett, treinta y dos años, llegado hace tres semanas a Calcuta, donde permanecerá en calidad de primer secretario.

Ella se dirige hacia unos ingleses y dice que se acerquen al *buffet* si quieren tomar algún refresco. Unos *barmen* con turbante les sirven.

Murmuran: ¿Han visto ustedes? Ha invitado al vicecónsul de Lahore.

La asistencia es relativamente numerosa. Son una cuarentena. Las salas son vastas. Parecerían las de un casino de verano, en un balneario francés, si no fuese por esos grandes ventiladores que están girando, por esas finas rejillas de las ventanas a través de las cuales, si alguien mirase, se verían los jardines como a través de una bruma, pero nadie mira. El salón de baile es octogonal, de mármol verde Imperio, y en cada uno de los ángulos del octógono hay unos frágiles helechos traídos de Francia. En un entretiempo de la pared, un presidente de la República luce en su pecho la cinta roja, al lado de un ministro de Asuntos Exteriores. Se dice: En el último minuto ha invitado el vicecónsul de Lahore.

He aquí que ella inicia el baile con el embajador, observando el ritual despreciado.

Luego, otros bailarán.

Los ventiladores del techo hacen un ruido de aves espantadas, en un revuelo inmóvil por encima de la música, de los lentos fox-trot, de las falsas lámparas, de lo hueco, de lo falso, del falso oro. Se dice: Es ese hombre moreno que está junto al bar. ¿Por qué lo ha invitado?

Ella, la mujer de Calcuta, intriga. Nadie sabe muy bien en qué ocupa su tiempo, casi siempre recibe aquí, poco en su casa, en su residencia que data de la época de las Factorías, en la orilla del Ganges. Ella, sin embargo, está ocupada en alguna cosa. ¿Eliminará otras posibles ocupaciones para leer? Sí. Desde la hora del tenis y la del paseo, ¿qué otra cosa podría hacer, encerrada en su casa? Los paquetes de libros llegan de Francia a su nombre. ¿A quién, si no? Parece ser que pasa unas horas al día con sus hijas, que se parecen a ella. Se sabe que las instruye una joven inglesa, se dice que las niñas tienen una infancia feliz, que Anne-Marie Stretter se ocupa mucho de la educación de sus hijas. En las recepciones, éstas aparecen a veces unos minutos —esta noche ya han aparecido—, ya son un poco distantes como al parecer desea su madre, y después de salir de los salones se murmura: La mayor será sin duda tan bella como ella, ya tiene un encanto parecido al suyo. Por la mañana, pasan las tres con shorts blancos por los jardines de la embajada, y todavía y todas las mañanas van a las pistas de tenis o se pasean.

Se dice, se pregunta: ¿Pero qué es lo que ha hecho en realidad? Yo nunca estoy al corriente.

—Ha hecho lo peor, ¿pero cómo decirlo?

—¿Lo peor? ¿Matar?

—Disparaba por la noche en los jardines de Shalimar, donde se refugian los leprosos y los perros.

—Los leprosos y los perros... Pero no es lo mismo matar leprosos que matar perros.

—También se han encontrado balas, ¿sabe usted?, en los espejos de su residencia de Lahore.

—Los leprosos, desde lejos, no se distinguen bien de los otros, ¿no lo ha advertido usted? Por consiguiente...



Bastante después de su llegada a Calcuta se supo la existencia de la famosa villa, en una isla salubre de las bocas del Ganges. Es una villa que está a disposición de los embajadores de Francia. Las hijas de Anne-Marie Stretter pasean solas por los jardines, la gente se pregunta por qué están solas y se sabe. Esto sucede, sobre todo, durante el espantoso calor del monzón de verano.

—¿Ha oído gritar?

—¿Son los leprosos o los perros?

—Los perros o los leprosos.

—Si lo sabe usted, ¿por qué dice los leprosos o los perros?

—Así, de lejos, a través de la música, confundo los ladridos de los perros y los de los leprosos que sueñan.

—Hace bien en decirlo así.

Por la noche, en Calcuta, se las ve pasar a las tres, en un automóvil descapotado, van a dar un paseo. El embajador, sonriente, contempla cómo su tesoro parte en automóvil: su mujer y sus hijas van a tomar el aire a Chandernagor o por las carreteras que conducen al océano, antes del delta.

Las niñas, nadie en Calcuta sabe lo que hace su madre en la villa de las bocas del Ganges. Se dice que sus amantes son ingleses, desconocidos en el ambiente de las embajadas. Se dice que el embajador lo sabe. Ella no permanece nunca más de unos días en la villa del delta. Cuando vuelve a Calcuta, su vida, muy ordenada, se reanuda: tenis, paseo, algunas veces el Círculo europeo por la noche: eso es lo que se ve. ¿Y después? No se sabe. Y sin embargo está ocupada, esta mujer de Calcuta.

Se pregunta:

—¿Con qué palabras decirlo?

—¿Perdía la razón cuando hacía esas cosas? ¿Perdía el control de sí mismo?

—Ya ve usted lo difícil que es... ¿Con qué palabras decir lo que ese hombre hacía en Lahore, si él ignoraba lo que hacía en Lahore?

—Por la noche gritaba. Desde su balcón.

—Y aquí, ¿grita?

—En absoluto. ¿Y por qué no lo hace aquí, donde se ahoga más que en Lahore?

Es un poco más de la medianoche. Anne-Marie Stretter se acerca al joven agregado Charles Rossett. Al lado de él está el vicecónsul de Francia en Lahore. Ella les dice que deben bailar, si les gusta, naturalmente, y se aleja de nuevo. Ella parece haberse acercado a ellos por Charles Rossett, éste parece el indicado para ir a las Islas con ella en los próximos días. Una sonrisa menos, y esa mujer sería mal educada, se dice. Esta noche, entre los invitados habrá personas que son sus íntimos. Estos no llegarán hasta el final de la recepción.

Se pregunta:

—¿Qué es lo que gritaba?

—Unas palabras incongruentes o nada.

—¿No le ha conocido en Lahore ninguna mujer que pueda decir algo?

—Ninguna, nunca.

—A su residencia, ¿sabe usted?, nadie ha ido nunca a su residencia de Lahore.

—¿Había algo en su mirada antes de Lahore? ¿Una señal cualquiera? ¿Un color? Yo pienso sobre todo en la madre del vicecónsul de Lahore. La veo tocando al piano unas serenatas clásicas, como en las novelas, cosas de juventud que él escucha y escucha, demasiado tal vez.



—Ella, al menos, podría habernos evitado esta presencia incómoda.

Hay que invitar a bailar a Anne-Marie Stretter cuando se es recibido en la embajada, aunque ella no lo deseé.

Al pasar, ella dice algo sobre alguien a su marido: Charles Rossett baja los ojos. Está claro. El vicecónsul también lo ha visto. Mira un frágil helecho, palpa su tallo negro. Acaba de advertir al embajador de buena voluntad del cual depende su próximo nombramiento. Desde hace semanas espera una convocatoria que no acaba de llegar, se acuerda Charles Rossett.

Se dice: El señor Stretter es muy liberal al permitir una cosa así. Es el final de su carrera y le echaremos de menos. Es mucho mayor que ella, claro. ¿Sabe que se la quitó a un administrador general, allá por la frontera de Laos, en un pequeño puesto alejado de la Indochina francesa? Sí, hace de eso diecisiete años. Sólo hacía unas semanas que ella había llegado cuando el señor Stretter se presentó allí en misión. Ocho días después, ella se iba con él, ¿lo sabía?

Se dice: Qué delgado está, el vicecónsul, como un muchacho, pero es la mirada la que... Un día su madre se fue y él se quedó solo, todo Calcuta lo sabe. Él ha hablado al director del Círculo de su habitación de niño, olía a papel secante y a goma, desde la ventana veía a los vagabundos del Bois, unos hombres dulces y vergonzosos en su mayor parte, y le ha hablado de su padre que iba allí cada noche y se callaba cuando estaba la madre. Chifladuras, sólo cuenta chifladuras.

Se pregunta: ¿Y no habla de Lahore?

—No.

—Nunca.

—¿Y de antes de Lahore?

—Sí. De su infancia en Arras. ¿Pero no será eso para despistar?

Se dice: ¿Así que fue en Laos, Indochina francesa, donde él la descubrió?

Se ve: un bulevar a la orilla del Mekong, detrás del bulevar la jungla, allá por Savannakhet, Laos. Se ve a unos centinelas con el arma en posición de descanso que la custodian hasta su llegada. Al parecer, se hablaba de devolverla a Francia, no acababa de acostumbrarse. Se dice: en Calcuta todavía no se sabe ahora si ella estaba relegada al fondo de la vergüenza o del dolor cuando él la conoció en Savannakhet. No, no se ha sabido nunca.

En algunos momentos, el vicecónsul tiene aspecto de ser muy feliz. Es como si estuviese loco de felicidad, en algunos momentos. Esta noche no pueden evitar su compañía; ¿será por eso? Qué extraño aspecto tiene esta noche. Qué pálido está... como si sintiese una intensa emoción, pero cuya expresión siguiera siendo diferente, ¿por qué?

Se dice: Él habla por la noche con el director del Círculo, y éste es el único hombre que también habla un poco con él. Ese internado disciplinario de Arras del que habla hace pensar. El Norte. Noviembre. Moscas en torno a las bombillas desnudas, el linóleo marrón, siempre esa clase de colegio, como si estuviera allí... Uniforme y bata para el patio. El Pas-de-Calais y sus brumas rosadas en invierno, dice él, como si estuviera allí, pobres niños. ¿Pero eso no será para despistar?

—Háblame de la señora Stretter.

—Irreprochable, y buena, aunque siempre se encuentra a alguien que hable... Y caritativa. Incluso tiene detalles que las otras, las anteriores a ella, nunca habían tenido. Pase usted por detrás de las cocinas de la embajada y verá el agua fresca para los mendigos, ella nunca lo olvida, piensa en ello cada día, antes de ir a las pistas de tenis.

—Vamos, vamos. Tanto como irreprochable...

—No es fácil verlo. Es lo que yo llamo irreprochable en Calcuta.

—¿Y él? El que nos perjudica, el que nos incomoda. Yo nunca le había visto. Es alto, moreno y sería un hombre guapo si... y joven, ¡ay! Pero no hay nada en sus ojos, su cara es

inexpresiva. Está un poco muerto, el vicecónsul de Lahore... ¿no le parece a usted que está un poco muerto?

La mayor parte de las mujeres tienen una piel blanca de recluidas. Viven con los postigos cerrados, protegidas del sol-que-mata, no hacen casi nada en la India, están descansadas, son miradas, esta noche felices, salidas de su casa, en la Francia de la India.

—Es la última recepción antes del monzón, ya habéis visto el cielo esta mañana, ya está ahí, esa luz, durante seis meses...

—¿Qué haríamos sin las Islas? ¿Son bellas por la noche? Ah... es lo que echaremos de menos de la India...

—Las mujeres —dicen los hombres—, ¡qué efecto producen aquí al verlas! Hasta la más insignificante, hasta la que en Francia pasaría inadvertida...

Un hombre señala a Anne-Marie Stretter.

—La veo pasar casi todas las mañanas, cuando va al tenis. Es hermoso ver unas piernas de mujer, aquí, en medio de este horror. ¿No os parece? Dejad de pensar en ese hombre, el vicecónsul de Lahore.

Charles Rossett y otros le observan a hurtadillas. El vicecónsul no parece advertirlo. ¿No siente nunca la mirada de los demás puesta sobre él? No se sabe. Sigue teniendo ese aire de felicidad sin que nadie comprenda de dónde, de qué visión, de qué pensamiento puede proceder esa felicidad.

La bicicleta apoyada en la tela metálica todavía estaba allí esta mañana.

El embajador le ha dicho a Charles Rossett: Háblele un poco, lo necesita. Él le habla.

—Me encuentro incómodo —dice Charles Rossett—, he de confesarlo, me encuentro bastante incómodo.

La sonrisa aparece. Los rasgos del rostro se distienden de pronto. Él titubea como en el sendero del parque.

—Es difícil, evidentemente. ¿Pero qué es lo que a usted le incomoda en concreto?

—El calor —dice Charles Rossett—, naturalmente. Pero también esta monotonía, esta luz, no hay ningún color. Creo que nunca me acostumbraré.

—¿Hasta ese punto?

—Es decir...

—¿Sí?

—No tenía ninguna convicción cuando salí —dice Charles Rossett; luego recuerda—. Y usted, ¿no habría preferido otra cosa a... esto?

La boca se adelanta en una mueca.

—No —dice el vicecónsul.

Fue bastante después de haberse acercado, a su vez, a la bicicleta, bastante después de haberla perdido de vista, cuando comenzó a silbar la vieja melodía de *Indiana's Song*. Fue entonces cuando el miedo fue mayor y cuando Charles Rossett comenzó a caminar rápidamente hacia las oficinas.

Charles Rossett dice que ha llegado aquí como un estudiante de viaje, pero que día tras día va envejeciendo a ojos vistas. Ambos ríen. Se dice: ¿Habéis visto cómo se ríe con ese otro? Lo más grave es que haya aceptado esa invitación. ¿Por cinismo? Sin embargo, no tiene aspecto de eso.

Llega un viejo inglés, alto y flaco, con ojos de pájaro y piel curtida por el sol. Hace ya mucho tiempo que está en la India. Eso se ve lo mismo que si fuera de una raza diferente, ¿no le parece a usted? Con un movimiento amistoso, los conduce hasta el bar.



—Hay que acostumbrarse a servirse uno mismo. Soy George Crawn, un amigo de Anne-Marie.

El vicecónsul se ha sobresaltado levemente. Se detiene. Mira largo rato a George Crawn, que se aleja. No parece advertir las demás miradas, el vacío que se mantiene a su alrededor. Dice:

—Un íntimo. Los círculos cerrados de la India, ahí está el secreto.

Ríe. Charles Rossett hace un movimiento hacia él, se lo lleva al bar. Da la impresión de que al vicecónsul le repugna seguirle.

—Venga —dice Charles Rossett—, le aseguro que aquí... ¿Qué es lo que teme usted?

El vicecónsul echa una ojeada a la sala octogonal y continúa sonriendo. La melodía de *Indiana's Song* lacera la memoria con el acto solitario, oscuro, abominable.

—No, nada, ya no arriesgo nada, lo sé... Sólo espero que me destinen, nada más. La cosa se alarga, naturalmente, resulta difícil... Para mí es más difícil que para otro parecer a la altura —se ríe otra vez— de mi tarea, pero eso es todo.

El vicecónsul ríe, baja la vista mientras camina hacia el bar. Olvidar la bicicleta de mujer en las pistas de tenis desiertas o huir. Es más por la voz, piensa Charles Rossett, que por la mirada: la gente se aparta instintivamente... es un hombre que da miedo... pero qué soledad, háblele un poco.

—Bombay le gustará —le dicen.

—Es decir, que como no me quieren en Calcuta, ¿por qué no Bombay?

—Bombay está menos poblado, el clima es mejor, y la proximidad de la mar también es importante.

—Sin duda —y mira a Charles Rossett— Usted se adaptará a la vida de aquí, no creo que esté expuesto a ningún accidente.

Charles Rossett ríe. Dice: De todos modos, gracias.

—Comienzo a ver a los que lo están —prosigue el vicecónsul—, a distinguirles de los demás. Usted, no.

Charles Rossett intenta reír.

El vicecónsul de Lahore mira a Anne-Marie Stretter, que pasa por allí.

Charles Rossett no concede una especial atención a esta mirada. Adopta un tono de broma.

—En su expediente se dice, perdón que le hable de eso, que es usted una persona imposible —dice Charles Rossett—, ¿lo sabía usted?

—No he pedido que me digan nada de mi expediente. Creo que figuraba en él la palabra frágil, ¿no es así?

—Bueno, yo, a decir verdad, no sé nada concreto... —sigue intentando sonreír—, es estúpido... la palabra imposible no quiere decir nada.

—¿Qué es lo que se dice? ¿Qué es lo peor?

—Lahore.

—¿Y no existe otra cosa que pueda ser comparada con ese punto repulsivo, con Lahore?

—No se puede evitar... perdón que le diga esto, pero no se puede comprender Lahore, se mire como se mire.

—Es cierto —dice el vicecónsul.

Deja a Charles Rossett y vuelve a su sitio, cerca de la puerta, al lado de una columnata que sostiene un frágil helecho. Se queda allí, de pie, en el centro de la atención general.

De la atención general que comienza a dispersarse.

Ella ha pasado muy cerca de él y esta vez no le ha mirado. Es impresionante.

Hasta entonces no ha recordado Charles Rossett que, a veces, por la mañana, muy temprano, la señora Stretter pasea en bicicleta por los jardines de la embajada. Que si no se la ha visto hacerlo en estos últimos días, tal vez sólo se deba a que no lo hace durante el monzón de verano.

Son las doce y media.

Bajo el matorral hueco, en la orilla del Ganges, ella se despierta, se estira y ve la gran casa iluminada: alimentos. Se levanta, sonríe. En lugar de sumergirse en el Ganges, va hacia las luces. Los demás locos de Calcuta han llegado ya. Duermen unos junto a otros delante de la verja esperando la distribución de las sobras, que se hace tarde, después de ser retiradas las bandejas.

El vicecónsul se ha dirigido de pronto hacia una muchacha que está sola en el salón octogonal y que mira a los que bailan.

Ella acepta bailar, con una precipitación que indica su apuro y su emoción. Bailan.

—¿Habéis visto? Va a bailar, baila como otro cualquiera, correctamente.

—Después de todo, no hay que pensar tanto en ello.

—Es cierto, no hay que pensar en ello, pero es difícil; y además, ¿por qué no seguir pensando todavía? ¿Se puede pensar aquí en otra cosa?

Anne-Marie Stretter se acerca al *buffet*, donde ahora se encuentra solo Charles Rossett. Ella le sonríe amablemente. Él no puede invitarla a bailar.

Es la primera vez. Se dice: Es la primera vez, ¿va a complacerla?

Charles Rossett y Anne-Marie Stretter se han visto una vez, hace quince días, durante una pequeña recepción en un elegante gabinete de la embajada. Es allí donde ella recibe a los recién llegados. El vicecónsul de Francia, como esta noche, estaba invitado. Hay un diván



cubierto con una cretona rosa en el que ella está sentada. Su mirada sorprende. La inmovilidad de su postura en el diván también.

La recepción dura una hora. Sus hijas están junto a ella. Ella no se mueve del diván en que está sentada, erguida. Su vestido es blanco, y está pálida bajo el bronceado de Calcuta, como todos los blancos. Las tres miran atentamente a los dos recién llegados. Jean-Marc de H. calla. Le hacen preguntas a Charles Rossett, pero al otro ninguna. No se dice ni una palabra sobre Calcuta o Lahore. Se ignora al vicecónsul y él lo admite. De pie, él se calla. Tampoco sobre la India. No se dice ni una palabra sobre la India ni sobre él. En este momento, Charles Rossett ignora todavía la historia de Lahore.

Ella dice que juega al tenis con sus hijas, luego habla de otras cosas de ese género, de que la piscina es agradable. Ellos se dicen que nunca volverán a ver este gabinete, ni tampoco a ella. A ella, si no hubiera recepciones oficiales y el Círculo europeo, ¿la volverían a ver?

—¿Se aclimata usted a Calcuta?

—No muy bien.

—Perdón... ¿su nombre es Charles Rossett, no es cierto?

—Sí.

Él sonríe.

Ella alza la cabeza y sonríe también. Una sola mirada y las puertas de la blanca Calcuta ceden suavemente.

Ella no sabe, piensa Charles Rossett. Y recuerda: mientras el vicecónsul calla, mientras mira las palmeras del parque, los laureles rosas, las verjas lejanas, los centinelas, el señor Stretter habla de Pekín con un oficial de paso. ¿Se da él cuenta? Mientras el vicecónsul sigue callado, ella dice de pronto: Me gustaría estar en su lugar, llegar a la India por primera vez en mi vida, sobre todo en esta época del monzón de verano.



Se van antes de lo que deberían.

Ella no sabe nada, nadie sabe nada en Calcuta. Tal vez los jardineros del parque de la embajada se han dado cuenta de algo, pero eso es todo. Ellos nunca dirán nada. Ella, por su parte, ha debido de olvidar esa bicicleta, no la utiliza durante el monzón de verano.

Ella pregunta, mientras bailan:

—¿No se aburre usted? ¿Qué hace el domingo por la noche?

—Leo... duermo... no lo sé muy bien.

—El aburrimiento, ¿sabe usted?, es una cuestión tan personal que nunca sabemos qué aconsejar...

—Yo no creo aburrirme.

—Le agradezco los paquetes de libros, me los ha hecho traer enseguida. Si quiere algún libro, es muy sencillo: dígamelo.

Él, de pronto, la ve ahora diferente, como atrapada y luego clavada con un alfiler, mientras baila: a veces, cuando sus hijas están en el estudio, por la tarde, sí, en el vacío de la siesta, la ve en un rincón oculto de su residencia, en alguna habitación abandonada, leyendo, acurrucada sobre sí misma en una postura extraña. Lo que lee, no, no ve lo que lee. Esas lecturas, esas noches pasadas en la villa del delta, la línea recta se rompe, desaparece en la sombra donde se disipa o se expresa algo cuyo nombre no viene a la mente. ¿Qué oculta esa sombra que acompaña a la luz en la que siempre aparece Anne-Marie Stretter?

La alegría de Anne-Marie Stretter cuando se pasea con sus hijas por la tórrida carretera de Chandernagor parece extraña.

Y se dice que allá lejos, hacia el final del Ganges, en la penumbra de la habitación donde va a dormir después con su amante, ella cae a veces en un profundo abatimiento. Algunos han



hablado de esto, cuya naturaleza se ignora, pero que tranquiliza al que lo ve, tranquiliza no se sabe exactamente de qué.

—Si han de ser tres años como han sido estas primeras semanas —dice Charles Rossett—, a pesar de lo que usted dice, no creo que pueda resistirlo...

—Verá usted, aquí casi nada es posible, es todo lo que puedo decirle, pero eso es lo extraordinario.

—¿Tal vez algún día... extraordinario... cómo dice usted?

—No, es... nada... Aquí, ¿me comprende?, no es ni penoso ni agradable vivir. Es otra cosa, si usted lo prefiere, al contrario de lo que se dice: no es ni fácil ni difícil, no es nada.

En el Círculo, las demás mujeres hablan de ella. ¿Qué hay en esa existencia? ¿Dónde encontrarla? No se sabe. Ella está a gusto en esa villa de pesadilla. Esa mujer, ¿es un agua que duerme? ¿Qué ocurrió a finales de su primer año de estancia? ¿Aquella desaparición que nadie se explicaba? Al amanecer se vio una ambulancia delante de la residencia. ¿Tentativa de suicidio? Aquella estancia posterior en las montañas del Nepal continúa inexplicada. Aquella delgadez cuando regresó causaba miedo. ¿No hay otras diferencias? Ella sigue delgada, eso es todo. Se dice que no es por causa de un amor o desgraciado o demasiado feliz con Michael Richard.

¿Qué diría ella, ella, si lo supiese?

—Se dice que es usted veneciana. ¿Es cierto? Pero también dicen... en el Círculo... que eso es falso...

Ella ríe y dice que, por su madre, lo es, sí.

No es posible imaginar lo que ella diría si supiera.

Anne Marie, a los dieciocho años, con una sonrisa en los ojos, ¿no habría ido a pintar acuarelas en un muelle de la Giudecca? No, no es eso.

—Mi padre era francés. Pero pasó en Venecia una parte de su juventud. Y a Venecia nos iremos después; en fin, eso es lo que creemos en este momento.

No, a lo que ella se dedicaba en Venecia era a la música, tocaba el piano. En Calcuta toca casi cada noche. Cuando se pasa por el bulevar se la puede oír. De dondequiera que venga, todas convienen en ello, debió de aprender música muy pronto, a los siete años. Cuando se la oye se dice que lo que tal vez hacía en Venecia era música.

—¿El piano?

—Oh, lo he tocado en todas partes, mucho tiempo, casi todo el tiempo...

—Yo no sabía de dónde era usted, la imaginaba llegando de alguna parte entre Irlanda y Venecia. De Dijon, de Milán, de Brest, de Dublín... Inglesa, también la creí inglesa.

—¿Y no me ha imaginado viniendo de más lejos?

—No, de más lejos no habría estado usted aquí... en Calcuta.

—¡Oh! —ella sonríe—, yo u otra, al final de la juventud, no saldremos nunca de Calcuta, ¿sabe usted?

—¿Está usted segura?

—Bueno, me parece que es un poco simple creer que solamente se viene de Venecia. Se puede venir de otros lugares que se han cruzado durante el camino.

—¿Piensa usted en el vicecónsul de Francia?

—Como todo el mundo, naturalmente. Me dicen que aquí todo el mundo trata de saber lo que él era antes de Lahore.

—Entonces, según usted, ¿antes de Lahore nada?

—Bien, creo que viene de Lahore, ¿no?



Se dice: Mirad al vicecónsul cómo baila, ella, la pobre, no podía negarse... Teniendo en cuenta que es un invitado de Anne-Marie Stretter, sería afrontar a la que nos lo impone.

El vicecónsul, mientras baila, tiene los ojos puestos en otra parte, en Anne-Marie Stretter y en Charles Rossett que, mientras bailan, hablan y, algunas veces, se miran.

La joven con la que baila, la esposa del cónsul de España, se cree obligada a hablar cueste lo que cueste al vicecónsul de Francia en Lahore. Le dice que ya le ha visto cruzar los jardines, que son muy poco numerosos los que aquí se conocen, que ella está allí desde hace dos años y medio y que se irá pronto, que el calor desalienta, que algunos nunca se acostumbran a él.

—¿Hay algunos que nunca se acostumbran? —repite el vicecónsul.

Ella se aparta un poco de él, todavía no se atreve a mirarle. Se diría que en aquella voz hay algo que la ha impresionado. Se preguntará: ¿Es esto lo que se llama una voz blanca? No se sabe si te pregunta o te responde. Ella sonríe amablemente y le habla.

—Es decir... hay algunos... no muchas veces, pero sucede... La mujer de un secretario, en nuestra casa, en el consulado de España, se volvió loca, creía que le habían contagiado la lepra, hubo que enviarla a casa, era imposible quitarle de la cabeza aquella idea.

Charles Rossett baila en silencio entre los demás. Su mirada azul —azul— está inmóvil. La expresión de su rostro parece de repente un poco angustiada. Ambos se sonríen, están a punto de hablarse, pero no lo hacen.

—Si nadie se acostumbrase... —dice el vicecónsul, y ríe.

Se piensa: El vicecónsul se ha reído, ¿ah, cómo se ha reido?, como en una película doblada, falso, falso.

Ella se aparta de nuevo y se atreve a mirarle:

—No, tranquilícese, todo el mundo se acostumbra.

—¿Pero realmente tenía la lepra aquella mujer?

Entonces ella se aparta, evita mirarle, se tranquiliza, cree haber descubierto por fin un cierto sentimiento humano en el vicecónsul: el miedo.

—¡Oh! —dice ella—. No habría debido hablarle de eso...

—¿Cómo no pensar en ello?

Ella trata de reír un poco. Él ríe. Ella le oye y deja de reír.

—Aquella mujer no tenía en absoluto la lepra, ni se lo imagine usted... Como usted sabe, todo el personal destinado aquí es reconocido regularmente por los médicos. No hay nada que temer.

¿La escucha él?

—Pero si yo no tengo miedo a la lepra —dice él riendo.

—Los casos son muy raros... Hubo uno que yo sepa, un recogedor de pelotas, yo estaba aquí cuando sucedió, por eso puedo hablarle de ello, decirle hasta qué punto es serio el control... Entonces se quemaron todas las pelotas, y también las raquetas...

No. Él no escucha bien.

—Decía usted que todo el mundo al principio...

—Sí, naturalmente, pero no siempre es así, en forma de miedo a la lepra... En fin, ya me comprende usted...

Se dice:

—¿Sabe usted que los leprosos estallan como sacos de polvo cuando se les golpea?

—¿Sin gritar? ¿Tal vez sin dolor? ¿Tal vez incluso con un gran alivio? ¿Con un indecible alivio?



—¿Quién sabe?

—¿Está preocupado el vicecónsul de Francia en Lahore? ¿O piensa?

—Bueno, nunca me había preguntado cuál podía ser la diferencia. Es interesante.

—Le dijo al director del Círculo que era virgen. ¿Lo cree usted?

—Entonces, ¿será eso? Esa abstinencia es espantosa...

Bailan.

—Ya sabe usted —dice la mujer con voz suave—, todo el mundo tiene unos comienzos difíciles en Calcuta. Yo me hundí en una profunda tristeza —ella sonreía—, mi marido estaba desolado, y después, poco a poco, día tras día, acabé acostumbrándome. Hasta cuando creemos que no es posible, nos acostumbramos. A todo. Hay sitios peores que éste, como usted sabe. Singapur, por ejemplo, es abominable, porque allí el contraste es tan grande...

No, él no escucha nada. Ella deja de hablar.

Se intenta saber, con lasitud, quién era el vicecónsul antes de Lahore. Quién es este hombre que ahora ha llegado de Lahore.

La mente de Charles Rossett, mientras baila con Anne-Marie Stretter, es asaltada por la idea de que lo que él ha visto, cerca de las pistas de tenis desiertas, es sabido por alguien, además de por él. De que, en la luz crepuscular del monzón de verano, algún otro debía de mirar hacia las pistas de tenis desiertas en el momento en que pasaba por allí el vicecónsul. Algún otro, que ahora calla. Ella, tal vez.

Se dice: Tal vez comenzó todo en Lahore.

Se dice:

—Él se aburría en Lahore, quizá sea eso.

—El aburrimiento es aquí una sensación de abandono colosal, a la medida de la misma India, el país da el tono.

Anne-Marie Stretter está libre. El vicecónsul de Lahore se dirige hacia ella. Parece que duda. Da algunos pasos, se detiene. Ella está sola. ¿No le ve venir?

Charles Rosett ve que el embajador de Francia va hacia el vicecónsul de Lahore y que le habla. De este modo ha evitado que su mujer baile con él. ¿Lo ha visto ella? Sí.

—Señor de H., su expediente llegó la semana pasada.

El vicecónsul espera.

—Volveremos a hablar de ello, pero me gustaría decirle ahora unas palabras...

La mirada es luminosa. Estoy a su disposición. El embajador vacila, después pone su mano en el hombro del vicecónsul de Lahore, que se sobresalta. El embajador continúa llevándolo hacia el *buffet*.

Se dice: el embajador, el nuestro, es un hombre admirable, ¿habéis visto ese gesto?

La mano se retira del hombro. El embajador pide dos copas de champaña. Ambos beben. El vicecónsul no aparta sus ojos del embajador. Este parece incómodo por esa mirada.

—Venga —van hacia el segundo salón—, hay demasiado ruido aquí. Si he comprendido bien, usted querría ir a Bombay... Ahora bien, en Bombay no podrá ocupar el mismo puesto que en... Lahore. Su candidatura no sería aceptada, ¿lo comprende usted, verdad?, sí, es demasiado pronto todavía. En cambio, si usted se queda aquí, el tiempo obrará en su favor. Como usted sabe, la India es un abismo de indiferencia en el que todo queda ahogado. Yo, si usted quiere, le dejaré en Calcuta.

—Lo que usted desee, señor embajador.

El embajador parece asombrado.

—¿Renunciaría usted a Bombay?

—Sí.

—Si he de serle sincero, eso me convendría. Además, Bombay está tan solicitado...

El embajador debe de observar que en los ojos que le miran hay algo de indolencia, o quizás de miedo.

—Ya sabe usted —dice—, una carrera es algo misterioso, cuanto más se la desea, menos viene... Una carrera no se fabrica. Tiene usted mil maneras de ser vicecónsul de Francia, ¿entiende lo que quiero decir? Lahore, naturalmente, es fastidioso, pero si usted olvida, los demás también olvidarán, ¿comprende usted?

—No, señor embajador.

El embajador parece desear alejarse del vicecónsul. Pero no, se arrepiente.

—¿No se acostumbra a Calcuta?

—Creo que sí.

El embajador sonríe.

—Lo cierto es que estoy en un aprieto... ¿qué vamos a hacer con usted?

El vicecónsul levanta los ojos. Insolencia, debe de pensar el embajador, es la palabra adecuada.

—¿Tal vez no debería haber venido nunca a la India?

—Tal vez. Pero hay remedios contra... el nerviosismo, contra... todo lo que se llama así, ¿me comprende?

—No lo sé.

Unas mujeres piensan: Quizás sería conveniente que una de nosotras le hablase. Una mujer llena de solicitud y de inteligencia que se dirigiera a él, y quizás le haría hablar. Una mujer llena de paciencia únicamente, quizás él no pida más que eso.

El embajador esboza de nuevo un movimiento de huida. Cambia de opinión una vez más. Debo hablar a este hombre esta misma noche, a este hombre de mirada muerta que le mira.

—Al principio, todos, yo mismo, mi querido H., estamos en la misma situación. Una de dos: o partir, o quedarse. Si nos quedamos, como no se pueden ver las cosas de frente, hay que... inventar, sí, inventar una manera de mirarlas, hallar cómo... —No hay ninguna respuesta del vicecónsul, que le escucha—. ¿No habrá algo que usted desee hacer, algo que pudiera hacer aquí?

—No veo qué, pero yo sólo pido unos consejos.

Tal vez ha bebido. La mirada está fija. ¿Escucha? Esta vez, el embajador abandona.

—Venga a verme el jueves a mi despacho, a las once, ¿le parece bien? —Se acerca a él y añade con voz muy baja, mirando al suelo—: Escuche... Pese bien los pros y los contras. Si no está seguro de sí mismo, regrese a París.

El vicecónsul se inclina, dice que sí.

El embajador va hacia George Crawn. Habla rápidamente, con un tono muy distinto del empleado con el vicecónsul. De repente, su mirada brilla de interés. Charles Rossett cree ver acercarse al vicecónsul y él se acerca a su vez. Hablan. El embajador habla de la caza en el Nepal. El embajador va con frecuencia a cazar al Nepal, es su pasión. Anne-Marie nunca quiere ir.

—Yo no insisto ya... tú la conoces, la última vez acabó por venir, pero sólo le gusta el delta.

Charles Rossett se encuentra cara a cara con el vicecónsul, que le dice riendo:

—Algunas mujeres nos vuelven locos de esperanza, ¿no le parece? —Mira hacia Anne-Marie Stretter que, con una copa de champaña en la mano, escucha distraídamente a alguien—. Las que tienen aire de dormir en las aguas de la bondad sin discriminación... éas hacia las cuales van todas las olas de todos los dolores, esas mujeres acogedoras.

Está borracho, piensa Charles Rossett. La risa del vicecónsul es silenciosa, como siempre.

—¿Cree usted que es... eso?

—¿Qué?

—¿Lo que... atrae?

El vicecónsul no responde. ¿Habrá olvidado lo que acaba de decir? Mira atentamente a Charles Rossett.

Charles Rossett, que trata de reír, sin conseguirlo, y que se aleja.

Charles Rossett ha invitado otra vez a bailar a Anne-Marie Stretter. El vicecónsul espera algo ahora. Su dificultad para estar aquí parece cada vez más grande. Tiene aspecto de saberlo. Pero no puede comprender que lo que espera es invitar a bailar a Anne-Marie Stretter. Así que se dice: ¿A qué espero para irme?

Los que bailan ya sólo son una decena. En realidad, el calor les desanima. La mujer del cónsul de España se acerca al vicecónsul, que está solo. Le habla. Él apenas responde. Ella se va.

Apostado cerca de la puerta, él espera ahora visiblemente, no se sabe qué.

Es Charles Rossett quien le da su oportunidad. Se detiene cerca de la puerta cuando un baile cesa y le habla en espera de que comience otro. De este modo, Anne-Marie Stretter se



halla delante del vicecónsul, que se inclina. Ella y el hombre de Lahore se van hacia la pista.

En este momento, toda la India blanca les mira.

Esperan. Y callan.

Esperan. Y siguen callados. Miran menos.

Ella transpira levemente, humedad refrescada por el viento tibio que remueven esos ventiladores, sin los cuales el blanco huiría de Calcuta. Se dice: Mirad qué audacia. Se dice: No sólo baila con el vicecónsul de Lahore, sino que también habla con él. Se dice: el recién llegado a Calcuta no es el vicecónsul de Lahore, no, es ese muchacho alto y rubio, de ojos claros y tristes, Charles Rossett, miradlo allí, cerca del *buffet*, mirando cómo bailan... Él ha bailado ya mucho con ella; será él, lo juraría, el primero que se sumará a los otros en la villa del delta. Fijaos, parece temer algo... no... ya no les mira, no ocurrirá nada, no, no pasará nada.

El vicecónsul debe advertir que los demás, en torno a ellos, bailan lentamente, que ella tiene calor, que él baila como en París, que eso no se hace y que ella es un poco más dura de llevar de lo que debería, que se resiste al movimiento. El vicecónsul, que, se diría, nunca advierte nada, advierte ahora esto: murmura una excusa y baila con más lentitud.

Es ella la primera que habla.

Nosotros lo sabemos, ella habla del calor en primer lugar. Tiene una manera como confidencial de hablar del clima de Calcuta. ¿Pero le hablará ella del monzón de verano, de esa isla de las Bocas del Ganges, adonde él no irá nunca? No se sabe.

—Usted no lo sabe todavía, pero lo verá dentro de quince días: ya no se duerme, se esperan las tormentas. Hay tanta humedad que los pianos se desafinan en una noche... Yo toco el piano, sí, siempre lo he hecho... ¿Lo toca usted quizás?



Anne-Marie Stretter oye mal lo que dice el vicecónsul de Francia: un farfullar del que se desprende que debió de tocar el piano cuando era niño, pero que después...

El hombre se calla. Ella le habla. Él calla.

Se calla por completo después de haber dicho que tocaba el piano siendo niño y después de haber añadido, de una manera aún más ininteligible, que sus estudios de música se interrumpieron cuando le llevaron a un colegio de provincias. Ella no pregunta qué colegio, qué colegio ni por qué.

Se dice: ¿Preferirá ella que él hable?

Se habla, eso sí, se habla.

A veces, algunas noches, ella lo hace también, habla. ¿Con quién? ¿De qué?

Es alto, ¿le habéis visto? Ella le llega a la oreja. Lleva el smoking con soltura. Aspecto engañoso de la silueta y del rostro de rasgos regulares. Honor del nombre... abstinencia terrible del hombre de Lahore, del Lahore mártir, leproso, en el que él ha matado, en el cual ha conjurado a la muerte.

Ella dice la segunda frase.

—La última vez estábamos en Pekín. Era justamente antes de la gran conmoción. Le dirán a usted... como nos lo decían a nosotros... que el clima de Calcuta es duro, que, por ejemplo, nunca se acostumbra uno a este tremendo calor; pero no escuche usted, no haga caso... En Pekín era igual, todo el mundo hablaba de ello... sólo se oían advertencias, todo lo que decían era... ¿cómo explicárselo?... ¿cuál es la palabra más justa para decirlo...?

Ella no busca la palabra.

—¿La palabra para decirlo...?

—Quiero decir la palabra que pareciera más adecuada, también aquí, y que impidiese que los otros vinieran después...



Él dice:

—Usted también estuvo en Pekín.

—Sí, estuve allí.

—Creo haber comprendido, no busque más.

—Hay que hablar de ello muy deprisa, a toda costa, pensar en ello a toda costa, rápidamente, para impedir con ello que se diga otra cosa muy diferente, más lejana con mucho, que habría podido ser dicha, ¿no lo cree así?

—Puedo equivocarme —añade Anne-Marie Stretter.

El vicecónsul habla a su vez.

La voz del vicecónsul, cuando habla por primera vez a Anne-Marie Stretter, es distinguida, pero extrañamente carente de timbre, algo excesivamente aguda, como si se contuviese para no gritar.

—Me han dicho que algunas personas solían tener aquí un gran temor a la lepra, la mujer de un secretario de la embajada de España...

—Ah, sí, ya sé. Esa mujer tenía miedo, es cierto. —Luego pregunta—: ¿Qué le han dicho de esa mujer?

—Que su miedo era absurdo, pero que tuvieron que enviarla a España.

—No era del todo seguro que no tuviese nada.

—No tenía nada.

Ella se aparta y esta vez le mira a la cara. ¿Es que no la cree?, se sorprende ella. ¿Había notado la transparencia de sus ojos verde agua? La sonrisa, sí, ya la había visto, sin duda,

cuando está sola y no sabe que la miran. Sin duda los ojos no, porque el vicecónsul tiembla, ¿no le había visto los ojos?

—En efecto, aquella mujer no tenía nada.

Él no responde. Es ella quien pregunta:

—¿Por qué me habla usted de ella?

Se dice: Mirad como a veces ella tiene un aire de dureza, como a veces se diría que su belleza cambia... ¿Hay ferocidad en su mirada? ¿o por el contrario dulzura?

—¿Por qué me habla usted de la lepra?

—Porque tengo la sensación de que si tratase de decirle lo que me gustaría llegar a decirle, todo se haría añicos... —el vicecónsul tiembla—. Las palabras para decírselo a usted..., las palabras, mis palabras para decírselo, no existen. Me equivocaría, emplearía otras... para decirle otra cosa... una cosa que llegaría a ser otra...

—¿Sobre usted o sobre Lahore?

Anne-Marie no hace como la otra mujer, no aparta la cabeza para ver el rostro. No pregunta, no repite, no invita a continuar.

—Sobre Lahore.

Los que le miran advierten en su mirada una especie de alegría muy intensa. Es el fuego que ardió allá lejos, en Lahore, se piensa, y le ven un poco asustado sin que se sepa muy bien por qué, pues él no desea hacerle ningún daño a la señora Stretter, eso es seguro.

—Cree usted que debe...

—Sí. Quisiera ser escuchado por usted, precisamente por usted, esta misma noche.

Ella le ha mirado tan rápidamente que el vicecónsul no debe de haber visto sus ojos, sino únicamente su mirada que se aparta. Él habla en voz muy baja.

Se dice: Habla muy bajo, miradle, es como si... Tiene un aspecto totalmente trastornado, ¿no os parece?

—Además, es eso lo que yo querría tratar de decirle. Después, se sabe que es uno el que estaba en Lahore en la imposibilidad de ser él. Soy yo quien... el que le habla en este momento... es él. Yo quería que usted escuchase al vicecónsul de Lahore, yo soy ése.

—¿Y qué dice él?

—Que no puede decir nada sobre Lahore, nada, y que debe usted comprenderle.

—¿Acaso merece la pena?

—¡Oh, sí! Si usted lo desea también puedo decir: Lahore era todavía una forma de la esperanza. ¿Comprende usted, verdad?

—Creo que sí. Pero yo pensaba que había otra cosa... que se podía hacer otra cosa, sin ir hasta donde usted, hasta donde usted ha ido...

—Tal vez. Ignoro qué. Pero intente, al menos, se lo suplico, percibir Lahore.

Se dice: ¿Pero qué ocurre entre ellos? ¿Le está haciendo confidencias de las circunstancias? ¿Por qué no? Es la mejor mujer de Calcuta...

—Es muy difícil percibirlo por completo —dice ella sonriendo—, yo soy una mujer... Lo único que yo veo es una posibilidad en el sueño...

—Pruebe en la luz. Son las ocho de la mañana, los jardines de Shalimar están desiertos. Yo no sé que existe usted también.

—Veo un poco, solamente un poco.

Los dos se callan. Se advierte en los ojos de los dos una expresión común, ¿una misma atención quizás?

—Ayúdese con la idea de que es un clown quien se despierta.

Ella se separa un poco de él otra vez, pero no mira, busca.

—En fin —dice ella—, no veo nada.

—Eso es.

Charles Rosett cree que hablan de Bombay, de su nombramiento, no de otra cosa, ella no quiere, por eso habla tanto, cueste lo que cueste, eso la agota, se ve muy bien.

—Quisiera que usted dijera que percibe el lado inevitable de Lahore. Respóndame.

Ella no responde.

—Es muy importante que usted lo perciba, aunque sólo sea un instante muy corto.

Ella retrocede un poco, siente un sobresalto. Cree que debe sonreír. Él no sonríe. Ella, ahora, tiembla también.

—No sé qué decir... En su expediente está la palabra imposible. ¿Es ésa la palabra esta vez?

Él calla. Ella pregunta de nuevo:

—¿Es ésa la palabra? Respóndame...

—Ni yo mismo lo sé, la busco como usted.

—¿Acaso hay otra palabra?

—Esa ya no es la cuestión.

—Yo percibo el lado inevitable de Lahore —dice ella—. Ya lo percibía ayer, pero no lo sabía.

Eso es todo. Permanecen largo rato en silencio. Después, el vicecónsul pregunta con una gran indecisión:

—¿Cree usted que hay algo que podamos hacer los dos por mí?

Entonces ella responde muy segura:

—No, no hay nada. Usted no tiene necesidad de nada.

—La creo.

El baile se termina.

Es la una de la madrugada. Ella baila con Charles Rossett.

—¿Quién es?

—¡Oh! Un hombre muerto...

Muerto. Hinchazón de los labios al paso de la palabra, labios húmedos y pálidos al final de la noche. ¿Le ha condenado ella? Él no lo sabe. Dice:

—Usted le ha hablado, y eso debe haberle hecho mucho bien. Yo, es terrible, pero no puedo soportarle...

—No vale la pena intentarlo, creo yo.

Desde el *buffet*, el vicecónsul les mira. Está solo.

—No serviría de nada que hablásemos de él —prosigue ella—. Es muy difícil, es imposible también... Creo que debe pensar usted en una cosa: en que, algunas veces... puede estallar una catástrofe en un lugar muy lejano de aquél en que habría debido producirse... Ya sabe usted, esas explosiones de la tierra que hacen que el mar ascienda a centenares de kilómetros del punto en que se ha producido...

—¿Y ocurre la catástrofe?

—Sí. Es una imagen clásica sin duda, pero segura. No es necesario buscar más.

Los ojos se muestran huidizos.

—Es mejor pensar eso —agrega ella.

Ella no miente, piensa Charles Rossett, no, yo quiero que ella no mienta.

El rostro del vicecónsul está ahora tranquilo. Miradlo... ¿ha perdido la esperanza?

Ella dice que no. Ella no miente, ella no mentirá.

La señora Stretter dice la verdad.

El vicecónsul bebe champaña. Nadie se acerca a él, no vale la pena hablarle, él no escucha a nadie, ya se sabe, excepto a ella, la embajadora.

Charles Rossett no se separa de Anne-Marie Stretter ni siquiera cuando termina el baile. Ella dice: Como verá usted, aquí puede hacerse de todo, con un poco de tiempo, se puede tocar el piano, por ejemplo, la única cosa difícil puede ser conversar con la gente, y ya ve usted, nosotros estamos hablando...

El vicecónsul se ha aproximado e indudablemente lo ha oído.

Ella ríe. El vicecónsul también ríe, solo. Se dice: Miradle ahora, se mueve, va de un grupo a otro, escucha, pero según parece no desea intervenir en la conversación.



Monzón. Higiene durante el monzón. Hay que beber té verde muy caliente para aplacar la sed. ¿Espera el vicecónsul, está esperando a que ella quede libre de nuevo? No se le oye cuando se acerca a usted. En un grupo ríen sonoramente. Alguien relata una historia de *reveillon*. ¿Han advertido ustedes que a los amigos que uno hace en la India se los olvida tan pronto como se regresa a Francia?

Están en el bar. El embajador está con ellos. Hablan. Ríen. El vicecónsul de Francia no está muy lejos de ellos. Algunos piensan que espera una señal de su parte: Únase a nosotros, y que ellos no lo desean, piensan que eso es muy duro. Demasiado duro. Otros creen que él podría, si quisiese, unirse a ellos, pero que no lo desea y que es él, el vicecónsul de Lahore, el que quiere guardar esa distancia entre un hombre y otro hombre, una distancia como la que ha habido aquí esta noche, una distancia irreductible. Se dice: bebe demasiado, si continúa... ¿cómo será cuando está ebrio?

La mujer del cónsul de España se acerca a él una vez más. Le dice amablemente: Tiene usted aspecto de estar un poco desamparado. Él no le responde. La invita a bailar.

—Yo deseo la lepra en lugar de tenerle miedo —le dice—, antes le he mentido.

El tono es desenfadado, un poco burlón, ¿burlón? Los ojos están muy abiertos, bordeados por unas rectas pestañas que hace un momento los ocultaban. Los ojos ríen.

—¿Por qué dice usted eso?

—Podría explicar por qué durante largo rato, pero sólo a toda una asamblea, no podría hacerlo a una sola persona.

—¡Ah! Pero, ¿por qué?

—No tendría sentido.

—Pero es muy triste lo que dice, ¿por qué? No beba más.

Él no responde.



Él no tiene —dice Anne-Marie Stretter a Charles Rossett— la voz que se le atribuiría al verle. Al ver a las personas se les atribuye una voz que no siempre tienen, y ése es su caso.

—Una voz ingrata, como injertada...

—¿La voz de otro?

—Sí, ¿pero de quién?

El vicecónsul se cruza con ellos. Está pálido. Ha tropezado en un sillón. No les ha visto.

Son cerca de las dos y media de la madrugada.

—¿De qué le ha hablado cuando bailaban? —pregunta Charles Rossett.

Ella dice:

—¿De qué? De la lepra. Tiene miedo.

—Es cierto lo que usted dice sobre su voz... Pero también la mirada... es como si tuviese la mirada de otro.

—¿De quién?

—¡Ah, eso...!

Ella reflexiona.

—Tal vez no tiene mirada.

—¡Ninguna!

—Apenas. De pasada, algunas veces, parece tener una.

Sus miradas se cruzan. Al final de la noche, piensa Charles Rossett, la invitación a las Islas.

Ella baila con otro. Él no baila con ninguna otra, no piensa en ello.

Se dice:

—El expediente, al parecer, no explica nada. Nada.

—De todas maneras, llega demasiado tarde para explicarlo todo, incluido, y sobre todo, lo que hay dentro de él.

—Es curioso, ¿no creen? Nadie le compadece.

—Es verdad.

—Hay hombres que te obligan a pensar, a pesar de todo, en quién era su madre.

—No, no es eso. La carencia de madre hace más libre y también más fuerte. Verá usted, yo estoy seguro de que es huérfano...

—Yo estoy segura de que, si no fuese huérfano, habría inventado que lo era.

—Hay una cosa que no me atrevo a decir —dice Charles Rossett.

—¿Respecto a él?

—Sí.

—Es inútil —dice ella—, no diga nada, no piense más en él.

El vicecónsul de Francia en Lahore está solo otra vez. Ha dejado su sitio favorito, junto a la puerta de entrada, y está cerca del bar. La mujer del cónsul de España ya no está a su lado. Hace casi una hora que se ha ido al otro salón. En cuanto terminó el baile, se fue y no ha vuelto más. Se la oye reír. Está ebria.



Unirse al vicecónsul, piensa Charles Rossett. Va a hacerlo. Va a hacerlo cuando el embajador se lo impide. Charles Rossett parece comprender que el embajador esperaba, desde hace un momento, decirle algo. Le toma del brazo y le conduce hasta el *buffet*, a dos metros del vicecónsul de Lahore, que bebe demasiado.

Ya son más de las tres de la madrugada. Muchas personas se han marchado ya.

Se piensa: el vicecónsul no se va. Ese hombre está completamente solo. ¿Lo está también en su vida? ¿Siempre? Otros, en su lugar, ¿no se habrían inclinado hacia la idea de Dios? ¿Qué ha encontrado en la India para desenfrenarle así? ¿No sabía nada antes de venir? ¿Necesitaba ver para saber?

El embajador habla en voz baja:

—Dígame... Mi mujer ha debido decirle que nos gustaría que cenase una noche en casa —sonríe—. Verá usted, algunas veces hay ciertas personas a las que nos gustaría conocer mejor que a otras... Las leyes que rigen una sociedad normal, no tienen vigencia aquí, pero a veces hay que salirse de ese convencionalismo. Si mi mujer no se lo ha dicho aún, es porque le habrá parecido preferible que yo le hablase primero. ¿Le parece bien?

Se piensa: Si había en él una predisposición a ver Lahore tal como lo ha visto, ¿lo sabía antes? Y sabiéndolo, ¿habría venido?

El embajador ve la pequeña sorpresa desagradable que su invitación acaba de producir en Charles Rossett. Si el embajador es un marido complaciente, como se dice en Calcuta, y sabe que yo lo estoy pensando, ¿por qué lo pregunta? Es posible no aceptar la invitación, no responder que es un placer, que es un honor, pero no es posible negar al embajador el favor de ir a las Islas en compañía de su mujer, distraerla por las noches, aquí, en Calcuta.

Algunos dicen que la conducta del señor Stretter con algunos recién llegados es muy hábil, que de este modo señala los límites permitidos más tarde, nunca se sabe.

—Me encantará ir.

Anne-Marie Stretter debe de haber supuesto lo que están diciendo. Se acerca. Charles Rossett se siente algo turbado: es demasiado rápido, como una liquidación del futuro. Recuerda algo que le han dicho en el Círculo: que el embajador, hace algún tiempo, intentó escribir novelas. Se dice: Aconsejado por su mujer, abandonó la idea. Se ve en él un aire resignado, pero feliz. No ha tenido las oportunidades que deseaba tener, ha tenido otras, las que no deseaba, las que ya no esperaba, esa mujer tan joven que, según se dice, no le amaba, pero que le siguió.

Unidos. Viven juntos en las capitales del mundo asiático... desde hace diecisiete años. El final de su vida comienza ahora. Ya no eran tan jóvenes cuando —según dicen— ella le dijo un día: No hay que escribir, quedémonos aquí, en esta parte del mundo, en China, en la India, de poesía nadie sabe, hay diez poetas cada siglo entre miles de millones de hombres... No hagamos nada... nada... quedémonos aquí. Ella llega y bebe champaña. Después se dirige hacia alguien que acaba de llegar.

—Ya le he visto —dice el embajador—, ha hablado usted con el vicecónsul de Lahore. Se lo agradezco.

Se dice: Mira, ahí está, ahí está Michael Richard... ¿no sabe usted?

Michael Richard tiene unos treinta años. En cuanto entra, su elegancia atrae la atención. Busca con la mirada a Anne-Marie Stretter, la encuentra, le sonríe.

Se dice: ¿No sabe usted que desde hace dos años...? Todo Calcuta lo sabe.

Cerca de Charles Rossett, la voz sibilante: viene del otro extremo del *buffet*, con una copa de champaña en la mano.

—Tiene usted aspecto de haber bebido bastante.

Se dice: El vicecónsul está ahí todavía. Se quedará hasta el final.

Se piensa: ¿Necesitaba ver Lahore para estar seguro de Lahore? ¡Ah! Él usaba en esa ciudad un lenguaje cruel.



No decirle nada, piensa Charles Rossett, estar sobre aviso. Sin duda no ha visto todavía a Michael Richard. Por lo demás, ¿qué importancia tiene eso? ¿Qué es lo que él mira? Al parecer a ella, solamente a ella.

—Me apetece champaña —dice Charles Rossett—. Desde que estoy aquí, bebo demasiado...

Se piensa en él en términos de interrogatorio: ¿Cómo se presenta a sus ojos esa bicicleta de mujer, la de la señora Stretter?

Se oye la respuesta: No tengo nada que decir sobre las razones...

Se piensa: Y cuando se confirmó en lo que él creía que era Lahore antes de verla, recurrió a la muerte en Lahore.

Una mujer: El sacerdote dice que Dios proporciona la explicación si se le reza. Alguien se burla.

—Como usted verá —dice el vicecónsul a Charles Rossett—, aquí, la embriaguez siempre es muy parecida.

Ellos beben. Anne-Marie Stretter está en el salón de al lado con George Crawn, Michael Richard y un joven inglés que ha llegado con él. Charles Rossett sabrá en qué lugar está ella hasta el fin de la noche.

—La señora Stretter da ganas de vivir, ¿no le parece a usted? —pregunta el vicecónsul.

Charles Rossett no responde, no rechista.

—Será usted recibido y salvado del crimen —añade el vicecónsul—. Es inútil negarlo, lo he oído todo.

Él ríe.

No acusar el golpe, piensa Charles Rossett.

El tono del vicecónsul es alegre. Añade riendo:

—Qué injusticia.

—Usted también será recibido —dice Charles Rossett—, cada uno a su vez, eso sucede así.

Hacer el muerto.

—Yo no lo seré —el vicecónsul continúa riendo—. Lahore asusta. Hablo con falsedad, ¿no oye mi voz? Como verá, no me quejo de nada. Todo es perfecto.

Se piensa: Él, en Lahore, únicamente atraía a la muerte, pero no a otra maldición de cualquier clase que pudiera testimoniar que, para él, Lahore había sido creada y, por consiguiente, destruida, por alguna otra fuerza distinta de la muerte. Y a veces, la muerte le habría parecido, probablemente demasiado, una creencia abyecta, un error incluso, y entonces habría enviado sobre Lahore el fuego, la mar, unas calamidades materiales, lógicas, de un mundo explorado.

—¿Pero por qué habla usted de esa manera? —pregunta Charles Rossett.

—¿De qué manera? Pregunta el vicecónsul.

—Perdóneme... Hace un momento, mientras bailaba, hablaban de usted... ¿Quiere saber cómo? Al parecer, tiene usted miedo a la lepra. No hay razón para ello, usted sabe muy bien que la lepra sólo afecta a las poblaciones que padecen una monoalimentación... ¿Pero qué le ocurre?

El vicecónsul lanza una sorda exclamación de cólera, palidece y arroja su copa, que se pulveriza. Hay un silencio. Luego, ruge sordamente:

—Ya sabía que convertirían en un maleficio algo que yo no he dicho, qué terrible es eso...

—Pero usted está loco... No es nada deshonroso tener miedo a la lepra...

—Es una mentira. ¿Quién ha hablado de eso?

—La señora Stretter.

Bruscamente, la cólera del vicecónsul desaparece y viene a su mente un pensamiento que le inunda como si fuese la felicidad.

La gente no comprende.

Anne-Marie Stretter ha llegado al salón octogonal y distribuye entre las damas las rosas llegadas por la tarde del Nepal. Se protesta que deberían ser para ella. Ella dice que son demasiadas, que mañana los salones se quedarán vacíos y que las rosas... no, que a ella no le gustan mucho las flores... Las reparte rápidamente, demasiado rápidamente, como si quisiera librarse enseguida de un incordio. Una decena de mujeres la rodean.

El vicecónsul tiene una mirada difícil de soportar. Se diría que espera la ternura e incluso el amor. Se diría, piensa Charles Rossett, que él reclama súbitamente su parte del embrollo, de la confusión de todos los dolores. Llega la mujer del cónsul de España, con una rosa en la mano.

—Cuando la señora Stretter distribuye sus rosas es que ya está harta de nosotros, es como una señal. Pero somos libres de hacer como si no la comprendiéramos.

El vicecónsul no dice nada.

La orquesta toca de nuevo, pero se produce un trajín, y, es verdad, la gente se marcha. Es bien visible que la mujer del cónsul ha bebido demasiado.

—A usted, que tan mal anda de moral —le dice al vicecónsul—, quiero decirle algo que le divertirá: no se va todo el mundo, hay algunos que se quedan, sí, puedo decirlo tranquilamente, todo el mundo lo sabe, y además, como estoy un poco borracha... Estas recepciones acaban a veces de una manera muy divertida... Escuche: después van... la señora Stretter va algunas veces a un burdel de Calcuta... el Blue Moon... con unos ingleses... éhos, los tres que están ahí... y se emborrachan mortalmente... No invento nada..., pregúntele a cualquiera...

La mujer suelta una carcajada, sin darse cuenta de que los otros no se ríen, y se va. El vicecónsul de Francia ha bajado los ojos. Ha posado su copa de champaña sobre la mesa. No parece haber oído.

—¿Lo cree usted? —pregunta Charles Rossett.

En un rincón desolado del salón octogonal —ya no hay flores— Anne-Marie Stretter, junto a su marido, tiende la mano y sonríe.

—No creo que esa mujer haya inventado todo eso —continúa Charles Rossett.

El vicecónsul de Lahore tampoco responde nada. Parece que ha descubierto que es muy tarde. Ya no hay casi nadie en el salón de al lado. Aquí hay tres parejas que todavía bailan. Se circula cada vez con más facilidad. Algunas luces han sido apagadas. Algunas bandejas han sido retiradas.

El vicecónsul se separa de Charles Rossett.

Se dirige hacia Anne-Marie Stretter. ¿Qué va a hacer?

Siguen yéndose por todos lados. Ella está en el mismo rincón del salón octogonal, le dice algo a su marido, continúa estrechando manos.

Parece ser que en el otro salón aún quedan unas cuantas personas, demasiadas todavía, y ella se inquieta un poco, mira hacia allá.

El vicecónsul no parece ver nada, no se da cuenta que ella está ocupada, de que tiene que estar allí para despedir a los invitados. Está delante de ella —esto provoca una situación incómoda, la gente se detiene—, él no ve nada, se inclina, ella no comprende, él se queda así, inclinado, los invitados le contemplan, socarrones, temerosos. El vicecónsul levanta la cabeza, la mira, sólo la ve a ella, no ve la expresión burlona del embajador. Ella hace una mueca, sonríe, dice:

—Si acepto no terminaríamos nunca, y no tengo ganas de bailar.

Él dice:

—Insisto.

Ella pide excusas a los que la rodean, le sigue. Bailan.

—Le han preguntado a usted lo que yo le había dicho. Usted ha dicho que habíamos hablado de la lepra. Usted ha mentido por mí. Ya no puede hacer nada, ya está hecho.

Las manos del hombre queman. Por primera vez su voz es hermosa.

—¿No ha contado nada?

—Nada.

Ella mira hacia Charles Rossett. Sus ojos están muy tristes. Charles Rossett se equivoca. El vicecónsul de Lahore debe de estar diciendo a la señora Stretter que no habría debido contar lo que él le ha dicho sobre la lepra, y a ella le incomoda esto.

—He mentido por usted con mucho gusto —dice ella.

Uno de los tres ingleses se acerca a Charles Rossett —todo está perfectamente orquestado —, es joven, es el que ha llegado al mismo tiempo que Michael Richard. Él ya le ha visto ir hacia las pistas de tenis. Parece ignorar lo que ocurre, la actitud presente del vicecónsul de Lahore.

—Me llamo Peter Morgan. ¿Se quedará usted también?

—No lo sé todavía.

El vicecónsul acaba de decir alguna cosa a Anne-Marie Stretter, algo que la hace apartarse. El vicecónsul la atrae hacia sí. Ella se aparta. ¿Hasta dónde llegará? El embajador también



le vigila. Él no insiste. Pero, al parecer, ella quiere escapar. Está desamparada, ¿tal vez siente miedo?

—Ya sé quién es usted —dice ella—. No necesitamos conocernos más. No se confunda.

—No me confundo.

—Tomo la vida ligeramente —su mano intenta retirarse—, eso es lo que hago. Para mí, todo el mundo tiene razón, una razón total, profunda.

—No intente empezar otra vez, ya no serviría de nada.

Es ella la que empieza a hablar de nuevo.

—Es cierto.

—Está usted conmigo.

—Sí.

—En este momento —implora él—, está usted conmigo. ¿Qué ha dicho usted?

—Cualquier cosa.

—Vamos a separarnos.

—Yo estoy con usted.

—Sí.

—Estoy aquí con usted, por completo, como con ningún otro, esta noche, en la India.

Se dice: Ella tiene una sonrisa cortés. Él parece muy tranquilo.



—Voy a hacer como si fuese posible quedarme aquí, esta noche, con usted —dice el vicecónsul de Lahore.

—No tiene ninguna posibilidad.

—¿Ninguna?

—Ninguna. De todos modos, puede hacer como si tuviese una.

—¿Qué van a hacer?

—Echarle.

—Voy a hacer como si fuese posible que usted me retuviera.

—Sí. ¿Pero por qué hacemos esto?

—Porque ha ocurrido algo.

—¿Entre usted y yo?

—Sí, entre nosotros.

—En la calle, grite fuerte.

—Sí.

—Yo diré que no es usted. No, no diré nada.

—¿Qué va a ocurrir?

—Durante media hora se sentirán muy incómodos. Luego hablarán de la India.

—¿Y después?

—Yo tocaré el piano.

El baile concluye. Ella se aparta de él y pregunta fríamente:

—¿Qué va a ser de usted?

—¿Lo sabe usted?

—Será enviado muy lejos de Calcuta.

—¿Es eso lo que desea usted?

—Sí.

Se separan.

Anne-Marie Stretter pasa por delante del *buffet* sin detenerse, se dirige hacia el otro salón. Acaba de entrar en él cuando el vicecónsul de Lahore lanza su primer grito. Algunos entienden: ¡Quédese conmigo!

Se dice: Está borracho perdido.

El vicecónsul se acerca a Peter Morgan y a Charles Rossett.

—¡Esta noche me quedaré aquí, con ustedes! —proclama.

Ellos se hacen los desentendidos.

El embajador se despide. En el salón octogonal tres hombres borrachos duermen en unas butacas. Sirven de beber por última vez. Pero las mesas ya están casi vacías.

—Debería usted irse a casa —dice Charles Rossett.

Peter Morgan atrapa unos sandwiches de las bandejas que están retirando, pide que las dejen, dice que tiene hambre.

—Debería usted irse a casa —dice también Peter Morgan.

Crean que el vicecónsul de Lahore sufre una crisis de arrogancia.

—¿Por qué?

Ellos no le miran, no le responden. Entonces él grita otra vez:

—Quiero quedarme aquí, déjenme que me quede con ustedes por una vez.

Mira a los otros de arriba abajo. Más tarde dirán: Nos miró de arriba abajo. Dirán: Había espuma pegada en la comisura de sus labios. Éramos bastantes y sólo se le veía a él, había un profundo silencio cuando gritó. Es la cólera, en todos los lugares donde ha estado ha debido de señalarse por unas cóleras súbitas, por unos frenesíes como éstos... Piensan: Este hombre es la cólera y hela aquí, la estamos viendo.

Charles Rossett no lo olvidará nunca: el lugar se vacía, se agranda. Se apagan algunas luces. Se llevan las bandejas. Se tiene miedo. La hora del vicecónsul ha llegado. Grita.

—Tranquilícese —dice Charles Rossett—, se lo suplico.

—¡Me quedo! —vocifera el vicecónsul.

Charles Rossett le coge por la solapa del smoking.

—Realmente, es usted imposible.

El vicecónsul suplica.

—Una vez. Una noche. Sólo una noche, déjenme con ustedes.

—Eso no puede ser —dice Peter Morgan—. Perdónenos. El personaje que es usted sólo nos interesa cuando está ausente.

El vicecónsul comienza a sollozar sin decir una palabra.

Se oye: Qué desgracia, Dios mío.

Y luego, el silencio por segunda vez. Anne-Marie Stretter aparece en la puerta del salón. Detrás de ella está Michael Richard. Todos los miembros del vicecónsul están temblando; echa a correr hacia ella. Ella no se mueve. El joven Peter Morgan sujeta de nuevo al vicecónsul, que ya no solloza, y le conduce hacia la puerta del salón octogonal. El vicecónsul se deja llevar. Es como si fuese eso lo que esperaba. Se ve a Peter Morgan haciéndole atravesar el parque, se ve a los centinelas abriendo las puertas al vicecónsul, que las cruza, y las puertas cerrándose de nuevo. Todavía se oyen unos gritos. Y esos gritos cesan. Entonces, Anne-Marie Stretter dice a Charles Rossett: Venga ahora con nosotros. Charles Rossett, inmóvil en su sitio, la mira. Se oye: ¿No se reía cuando lloraba?

Charles Rossett sigue a Anne-Marie Stretter.

Una persona lo recuerda: en los jardines, silbaba *Indiana's Song*. La última persona se acuerda de *Indiana's Song*. Todo lo que antes sabía de la India era *Indiana's Song*.

Una persona piensa: ¿Ha visto en Lahore algo que no hubiera visto ya en otra parte? ¿El número? ¿El polvo sobre la lepra? ¿Los jardines de Shalimar? ¿Antes de llegar a Lahore esperaba ver la propensión de Lahore a perdurar para perdurar a su vez en la idea de destruir Lahore? Seguramente era eso. Porque, de otro modo, él habría podido morir, al conocer Lahore.

Bajo la farola, rascando su cabeza calva, ella, miseria de Calcuta en esta noche de abundancia, ella está sentada entre los locos, está ahí, con la cabeza vacía, con el corazón muerto, esperando todavía el alimento. Ella habla, cuenta algo que nadie comprendería.

Cesa la música detrás de la fachada iluminada.

Se produce un revuelo detrás de la puerta de la cocina. Ya está aquí la distribución.

Se echa mucha comida esta noche detrás de las cocinas de la embajada de Francia. Ella, con su saco agujereado en la espalda, come a una velocidad fantástica, evitando los manotazos de los locos, los golpes. Con la boca llena, ella se ríe hasta perder el aliento.

Ella ha comido ya.

Ella rodea el parque, canta, camina hacia el Ganges.

—Ahora venga con nosotros —dice Anne-Marie Stretter.

Peter Morgan vuelve. El vicecónsul debe de estar todavía detrás de la verja del parque. Se le oye gritar.

El tocadiscos gira, suena muy baja una música de baile, nadie la escucha. Son cinco en el salón. Charles Rossett se mantiene algo apartado, cerca de la puerta, está de pie, escucha las vociferaciones del vicecónsul, le ve aferrarse a la verja —smoking y pajarita negra—; las vociferaciones cesan; comienza a caminar, titubeante, a lo largo del Ganges, entre los leprosos. Los rostros presentes, el de Anne-Marie también, están tensos. Ellos escuchan. Ella escucha.

George Crawn tiene unos ojos sin pestañas que perforan desde el fondo de las órbitas. Viéndole los ojos parece cruel, salvo cuando la mira. Está cerca de ella. ¿Desde cuándo se conocen? Por lo menos desde Pekín. George Crawn se vuelve hacia Charles Rossett:

—Algunas veces vamos al Blue Moon, a beber una botella de champaña. ¿Quiere venir con nosotros?

—Como ustedes quieran.

—¡Oh! No sé si tengo ganas de ir al Blue Moon esta noche —dice ella.

Charles Rossett hace un esfuerzo, pero no consigue ver la imagen del vicecónsul que camina a lo largo del Ganges, que se cae encima de los leprosos dormidos, que se levanta dando gritos, que saca del bolsillo una cosa horrible... que huye, huye...



—Escuchen —dice Charles Rossett.

—No, ya no grita.

Escuchan. Ahora no son gritos, sino un canto de mujer lo que llega del bulevar. Escuchando bien, también pueden oírse gritos, pero mucho más lejos, al otro lado del bulevar donde debería encontrarse todavía el vicecónsul. Escuchando bien todo grita suavemente, pero lejos, en la otra orilla del Ganges.

—No se preocupe más, ahora ya estará en casa.

—No nos conocemos —dice Michael Richard.

¿De dónde viene éste? No vive en Calcuta. Viene aquí para verla, para estar junto a ella. Lo que él desea es eso, estar cerca de ella. Es un poco menos joven de lo que parece, tiene ya treinta y cinco años. Charles Rossett recuerda ahora que también le ha visto una noche en el Círculo... Debe de estar aquí desde hace una semana. Algo les une, se dice Charles Rossett, algo estable, definitivo, pero ya no parece ser un amor en su vida. Sí, él recuerda su entrada, bastante antes de los sollozos del vicecónsul, con sus ojos sombríos bajo los negros cabellos. Se piensa que no es imposible que sean encontrados muertos, una noche, juntos en un hotel de Chandernagor, cerca del Blue Moon. Sería durante el monzón de verano. Se diría: por nada, por hastío de la vida, por indiferencia. Charles Rossett se va a sentar. Nadie le invita a hacerlo. Ella le observa discretamente. Él todavía puede rechazar la suavidad de las Islas, los paseos nocturnos hacia Chandernagor, tanta comprensión. El otro hombre nunca ocupará esta butaca. Charles Rossett se encuentra por primera vez en el centro mismo del santo sínodo de la bella Calcuta. Todavía puede elegir, irse o sentarse. Sin duda ella le observa, está seguro de ello. Se deja caer en la butaca.

¡Qué cansancio, en realidad feliz! Ella baja los ojos, está mirando el suelo, probablemente ella nunca ha dudado que él se quedaría esta noche. Ya está hecho.

Peter Morgan regresa.

—Una noche de sueño y se pondrá bien —dice Peter Morgan—. Le he dicho que tú no le querrías nunca, Anne-Marie, que no se haga ilusiones. Está totalmente borracho. ¿Sabes? Ha oído decir que tú ibas al Blue Moon, hablaba de ello, fue eso lo que le hizo creer que todo le estaba permitido. Una mujer que va al Blue Moon, ya sabes...

Charles Rossett dice que, en efecto, una invitada le habló del Blue Moon.

—¿Qué decía él de eso? —pregunta Anne-Marie Stretter a Peter Morgan.

—Se reía, hablaba de la embajadora de Francia, en el salón de los espejos del Blue Moon. Habló de otra mujer, yo no sé cuál.

—Ya ves —dice George Crawn—, como te dije, lo saben en Calcuta... ¿Qué te importa un pimiento? Muy bien —y agrega—: Es curioso, ese hombre te obliga a pensar en él —ahora se dirige a Charles Rossett—: Ustedes han hablado, le vi con él. ¿De la India?

—Sí. A no ser que esa sea una... manera que hace creerle, me parece que se burlaba...

Michael Richard está intrigado.

—Yo quise acercarme a él. Anne-Marie me lo impidió. Y lo siento, ¡oh, sí, lo siento mucho!

—No habrías podido soportarle —dice Anne-Marie Stretter.

—¿Y tú?

Ella se encoge levemente de hombros, sonríe.

—¡Oh! Yo... tampoco... No vale la pena que todo el mundo se preocupe.

—¿De qué hablaste con él?

—De la lepra —dice Anne-Marie Stretter.

—Solamente de la lepra... ¿no es eso?

—Sí.

—Está usted preocupado —dice Michael Richard a Charles Rossett.

—Es muy duro lo que le ha ocurrido esta noche.

—¿Qué, exactamente? Perdone, yo no estaba aquí...

—El ser definitivamente excluido de... de aquí... Eso parecía ser su idea fija... Creo — Charles Rossett se dirige ahora a Anne-Marie Stretter— que quería conocerla a usted desde hace mucho tiempo... Por las mañanas va a las pistas de tenis, sin más razón que ésa, me parece...

Ellos la miran, pero ella no parece estar interesada.

—¿Cómo quiere usted que Anne-Marie...?

—Naturalmente.

—¿Y qué va a buscar a las pistas de tenis? —dice Peter Morgan.

—No lo sé —responde ella.

Su voz es muy suave, la punta de una aguja que no hace daño: Ella ve que Charles Rossett no le quita los ojos de encima.

—Va al azar —dice ella—, busca al azar.

—Basta ya de ese tipo —dice Peter Morgan.

Veinticuatro años. Es la primera vez que viene a la India. Su mejor interlocutor es George Crawn.

Todavía llegan unos gritos sordos de la orilla del Ganges. Charles Rossett se levanta.

—Voy a ver si ha llegado a su casa, no es posible que se quede ahí... Está a cinco minutos.

—Debe de gritar desde su balcón —dice Peter Morgan.

—Si le ve —dice George Crawn— no hará más que confirmarle en lo que usted llama su fracaso.

—Déjelo, yo le aseguro... —dice Anne-Marie Stretter.

Charles Rossett se sienta de nuevo. Su inquietud se atenúa, no es nada, los nervios, la fatiga de las últimas semanas.

—Probablemente tiene usted razón.

—Él no necesita nada.

Peter Morgan y George Crawn deben de mantener unas conversaciones del mismo género que la de esta noche. Hablan del empleo del tiempo y de una mendiga loca de Calcuta, que sabe reconocer los lugares en donde le dan comida.

Charles Rossett renuncia totalmente a salir. Michael Richard está pensativo, interroga a Anne-Marie Stretter sobre el vicecónsul. ¿Qué opina ella de él?

—Yo había creído, a juzgar por su aspecto, antes de que me hablara, que tenía en los ojos... que miraba algo que estaba perdido, algo que había perdido... recientemente... que miraba eso indefinidamente... una idea tal vez, el naufragio de una idea... Ahora, ya no sé.

—La desgracia produce ese efecto, ¿no crees?

—No creo —dice ella— que lo de ese hombre sea la desgracia. ¿Qué podría haber perdido, qué cosa es la que ya no puede ver?

—¿Todo, quizás?

—¿Dónde? ¿En Lahore?

—Tal vez, tal vez. Si tenía algo que perder, seguro que fue en Lahore donde lo perdió.

—Y como compensación, ¿qué hizo en Lahore?

—¿Sería la noche que él disparó al montón?

—¡Ah, sí! ¿Al azar, sobre la multitud?

—Naturalmente, al llegar el día se supo quién fue.

—En los jardines silba *Indiana's Song*.

George Crawn y Peter Morgan se han acercado. Dicen que es asombroso que esa mendiga no haya atrapado la lepra. Duerme en la lepra y con la lepra y cada mañana se recuenta: está entera, todavía.

Anne-Marie se levanta y escucha algo.

—Es esa mujer —dice a Peter Morgan— que canta en el bulevard... Escuchad... Tendré que arreglármelas un día para saber al menos...

—Pero no sabrás nada —dice Peter Morgan—. Está completamente loca.

El canto se aleja.

—Debo de equivocarme, eso no es posible, aquí estamos a miles de kilómetros de Indochina... ¿Cómo habría podido...?

—¿Saben ustedes —dice George Crawn— que Peter Morgan está escribiendo un libro basado en ese canto de Savannaketh?

Peter Morgan ríe al fin.

—Me exalto con el dolor de la India. Nos exaltamos todos más o menos, ¿no es verdad? Y sólo podemos hablar de ese dolor si sentimos en nosotros su respiración... Tomo unas notas imaginarias sobre esa mujer.

—¿Y por qué sobre ella?



—Ya nada puede sucederle, ni siquiera la lepra...

—Existen mis Indias, las vuestras, esta India, aquella India —dice, sonriendo, Charles Rossett—. Lo que se puede hacer también, lo que usted hace, al parecer (advierto que yo apenas le conozco), es poner esas Indias juntas...

—¿El vicecónsul también tiene sus Indias dolientes?

—No, él ni siquiera eso.

—Entonces, ¿qué tiene en su lugar?

—Nada.

—Todos estamos habituados —dice Michael Richard—, todos nosotros lo estamos. Usted también, cinco semanas son suficientes, tres días son suficientes. Después...

—Rossett, ¿sigue preocupándole el vicecónsul?

—No... ¿Después... decía usted?

—¡Oh! Después... después... nos sentimos más desconcertados por el vicecónsul que por la hambruna que azota en estos momentos la costa de Malabar. Ese hombre está loco, simplemente loco.

—Cuando gritaba, pensábamos en Lahore... Él gritaba allí, por la noche, desde su balcón.

—Anne-Marie —dice George Crawn— también tiene unas Indias, pero ésas no entran en nuestro cóctel.

Se acerca a ella y, como en un impulso, la besa.

—¿Tendremos que llorar aquí por el vicecónsul de Francia? —pregunta Peter Morgan.

—No —dice Anne-Marie Stretter.

Ninguno de los demás parece tener opinión.

Traen naranjadas y champaña. No hace calor. Se oye llover sobre Calcuta, sobre las palmeras. ¿Vamos al Blue Moon?, pregunta alguno. No, esta noche decididamente no. Es demasiado tarde. Se está bien aquí.

—Como sabes, he vuelto a Pekín —dice George Crawn—. Ah, te veía por las calles, toda la ciudad me habló todavía de ti.

—Verá usted —dice ella a Charles Rossett—, el Blue Moon es un cabaret como otro cualquiera. Los europeos no se atreven a ir allí a causa de la lepra, y entonces dicen que es un burdel.

—La persona que lo dijo —dice Charles Rossett riendo— seguramente no conoce ese lugar.

La tempestad se aleja.

—¿Esperaba usted venir a la India? —pregunta ella sonriendo—. Todo el mundo espera algo parecido a esto.

De nuevo grita, suavemente, Calcuta.

—Es cierto que las cinco semanas que he pasado en Calcuta han sido difíciles, pero, al mismo tiempo, debe de ser una regla general, se encuentra algo que no sé qué es, algo inesperado...

—¿Habría preferido ser destinado a otra parte?

—En todas partes existen estos primeros tiempos.

Pero Michael Richard se empeña en hablar del vicecónsul.

—Al parecer, figura en su expediente la palabra imposible.

—¿Qué es lo que era imposible?

—¿Que te quisiese él, Anne-Marie?

Ella escucha atentamente. No esperaba la pregunta que acababa de hacerle Michael Richard.

—¡Oh! Eso no está claro.

—¿Y si el vicecónsul de Lahore no fuese más que eso, un hombre que forma parte de los que buscan a esa mujer junto a la cual creen que hallarán el olvido?

—Ha sonreído ella?

—¿Qué es lo que hay, con exactitud, en el expediente? —pregunta Michael Richard.

—Ha devastado también su residencia de Calcuta?

Anne-Marie Stretter ríe.

—No —dice—, de ninguna manera.

—En Lahore disparaba también a los espejos.

—Y por la noche a los leprosos, en los jardines de Shalimar.

—Y durante el día también, a la sombra de los árboles.

—¿Sentía añoranza de alguna mujer que había conocido... en otra parte?

—Él dice que todavía nunca ha... ¿es eso cierto?

—Estoy casi seguro —dice Peter Morgan— de que él ha creído que debía decir esas cosas porque desde siempre ha vivido con la idea de que algún día tendría que realizar algo definitivo, tras de lo cual...

Anne-Marie Stretter habla sonriendo.

—Yo también creo, en él más que en cualquier otro, que ha creído necesario representar la comedia.

—¿La comedia de...?

—... la cólera, por ejemplo.

—¿Él no te ha dicho nada sobre eso?

—Ni una palabra —dice Anne-Marie Stretter.

—¿Estabas diciendo que tras de lo cual...? —pregunta Michael Richard.

—Tras de lo cual —prosigue Peter Morgan— tendría derechos sobre los demás, sobre su solicitud, sobre el amor de la señora Stretter.

De nuevo, a lo lejos, rechina Calcuta en su sueño.

—Desde hace tres meses, siempre son los mismos periodistas los que se atiborran y se duermen en tu casa —dice, riendo, George Crawn.

Ella dice que están bloqueados en Calcuta a causa del visado. Quieren ir a China y se aburren mortalmente.

—¿Qué es lo que van a hacer para empalmar con la próxima cosecha del arroz en la costa de Malasar?

—Nada. No hay espíritu federativo, por lo tanto no harán nada serio.

—Ocho días de cola para una libra de arroz, Rossett, espere usted a padecerlo.

—Estoy preparado.

—No —dice Anne-Marie—, lo creemos así, pero no es verdad nunca. Siempre es más irritante de lo que se pensaba.

—Es curioso eso de los suicidios de los europeos durante la hambruna, que nunca les afecta.

—Anne-Marie...Anne-Marie, toca Schubert para mí —pide George Crawn.

—El piano está desafinado.

—Cuando esté a punto de morir te avisaré y tú vendrás a tocar Schubert para mí. El piano no está tan desafinado, es sólo una frase que te gusta: El piano está desafinado, hay tanta humedad...

—Es verdad que la frase la digo como entrada en materia. Y también por aburrimiento.

Charles Rossett le sonríe.

—Creo que a usted también se la he dicho, ¿verdad?

—Sí.

Van todos al elegante gabinete donde él la vio por primera vez y a donde no creía volver nunca. Es una glorieta que da al parque, a las pistas de tenis. Hay allí un piano vertical, cerca de un diván. Anne-Marie Stretter toca Schubert. Michael Richard apaga los ventiladores. El aire pesa de pronto sobre los hombros. Charles Rossett sale, vuelve de nuevo y se sienta en los peldaños de la escalinata. Peter Morgan habla de irse, se tiende en el diván. Michael Richard, acodado en el piano, mira a Anne-Marie Stretter. George Crawn está sentado cerca de ella, con los ojos cerrados. El parque huele a cieno, probablemente es la marea baja. El perfume pegajoso de los laureles rosas y la dulzona pestilencia del cieno, que sigue los movimientos lentísimos del aire, se mezclan, se separan.



La frase musical es reiterada dos veces. Hela ahí por tercera vez. Se espera que vuelva de nuevo. Ya está ahí.

Delante del *buffet* vacío del salón octogonal, George Crawn dice: ...Durante el calor, sí, un consejo. Hay que beber únicamente té verde muy caliente. Sólo esta bebida apaga la sed... Abstenerse de tomar bebidas heladas... Beber el té amargo, verde, áspero, de acuerdo, pero a uno acaba gustándole eso... Es el secreto del monzón.

Periodistas borrachos en las butacas. Se dan la vuelta, gruñen, dicen palabras aisladas, se sumen en el sueño de nuevo.

Michael Richard encuentra que sería una buena idea ir a pasar un *week-end* al Prince of Wales. Explican a Charles Rossett que el fabuloso hotel está en la misma isla que la villa de la embajada.

Saldrán todos a las cuatro de la tarde, después de la siesta.

Michael Richard le dice a Charles Rossett:

—Venga, verá usted los arrozales del Delta, son fabulosos.

Se miran. Se sonríen. ¿Vendrá con nosotros, verdad? ¿Sí? No lo sé.

Anne-Marie Stretter acompaña a Charles Rossett. Atraviesan el parque. Son las seis de la mañana. Ella señala una dirección por debajo de las nubes. Hay una luz lívida. Ella dice: El delta del Ganges está por allí: allí el cielo es un fantástico amontonamiento de forraje verde oscuro.

Él dice que es feliz. Ella no responde. Él ve su piel, muy pálida, manchada de sol; ve que ella ha bebido demasiado, ve que en sus ojos claros la mirada danza, enloquece, ve de pronto, es cierto, salir las lágrimas.

—¿Qué le ocurre?

—Nada —dice ella—, es la luz del día, cuando hay bruma es tan molesta...



Él promete ir con ellos esta tarde. Se reunirán aquí, a la hora fijada.

Él camina por Calcuta. Piensa en las lágrimas. Vuelve a verla durante la recepción, intenta comprender, roza las explicaciones, no profundiza en ellas. Parece recordar que, en el exilio de la mirada de la embajadora, desde el comienzo de la noche había unas lágrimas que esperaban la mañana.

Es la primera vez que ve nacer el día aquí. A lo lejos, unas palmeras azules. En la orilla del Ganges, los leprosos y los perros forman la primera muralla, muy ancha, la primera de la ciudad. Los muertos de hambre están más allá, en el denso hormigüeo del Norte, y forman la última muralla. La luz es crepuscular y no se parece a ninguna otra. En una pena infinita, unidad por unidad, la ciudad se despierta.

Lo que se ve antes es la primera muralla de la orilla del Ganges. Están en filas o en círculos, de trecho en trecho. A veces intercambian algunas palabras. Charles Rossett cree verles cada vez mejor y que su visión aumenta en intensidad día a día. Ahora cree ver de qué están hechos, de una materia friable, desmenuzable, y de una linfa clara que circula por su cuerpo. Ejércitos de hombres en afrecho, ya sin fuerzas, hombres de afrecho con cerebro de afrecho, hombres indoloros. Charles Rossett se aleja.

Toma una avenida perpendicular al Ganges para evitar los camiones de riego que llegan lentamente por el fondo del bulevar. Ve a Anne-Marie Stretter, de negro, vagando con la vista en el suelo por el parque de la embajada. Hace diecisiete años: lenta chalupa de toldo, lento ascenso del Mekong, ancha corriente en medio de la selva virgen, arrozales grises y, al llegar la noche, racimos de mosquitos pegados a los mosquiteros. Habría que verla, pero él no puede imaginarla en la chalupa a los veintidós años, no logra ver este rostro en su juventud, esos ojos inocentes y mirando lo que ven ahora. Aminoró su paso. Hace ya demasiado calor. En los jardines, por este lado de la ciudad, los laureles rosas exhalan su fúnebre perfume. Tierra de laureles rosas. Nunca más esta flor, nunca, en ninguna parte. Ha bebido demasiado esta noche, bebe demasiado, pesadez en la nuca, ganas de vomitar, el rosa de los laureles se mezcla con el de la aurora, la lepra amontonada se separa, se agita y se esparce. Piensa en ella, lo intenta; en ella, en ella sola: en un diván, una forma joven está sentada junto a un río. Mira ante sí, pero no, no puede hacerla salir de las tinieblas, sólo



consigue ver lo que le rodea: la selva, el Mekong, son veinte los amontonados en un bulevar pavimentado, ella está enferma, por las noches llora, dicen que va a ser necesario enviarla a Francia, en torno a ella están intimidados, hablan siempre demasiado, demasiado alto, rejas a lo lejos, centinelas con uniforme caqui que la custodian ya como lo harán a lo largo de toda su vida, esperan que ella proclame su hastío, que se desplome a la vista de todos, pero no, ella calla todavía, en aquel diván, cuando el señor Stretter llega, se la lleva en la chalupa ministerial y le dice: La dejaré en paz, será usted libre de regresar a Francia, no tiene nada que temer; y todo esto mientras que él, él, Charles Rossett —deja de andar—, en esa época de la vida de Anne-Marie Stretter, sólo es un niño.

Han sido necesarios diecisiete años para que esta noche se produzca. Aquí. Tarde, tarde.

Vuelve a la orilla del Ganges, haciendo zigzags. El sol ya ha salido y se ve su halo color de herrumbre por encima de las piedras y de las palmeras. Las humaredas de las fábricas ascienden rectas, una por una. El calor ya es sofocante. Hacia el delta, el cielo es tan denso que unos cañonazos dentro de él harían brotar aceite. Nada de viento, las tormentas privan a Calcuta del placer que produciría esta mañana un soplo de aire. Y de ahí, a lo lejos, los peregrinos, los leprosos que surgen de la lepra, riendo, en su sempiterna agonía. Y de pronto, ya está ahí el vicecónsul, en pijama, en el balcón de su residencia, viéndole llegar. Demasiado tarde. ¿Dar media vuelta? Demasiado tarde. Recuerda que él le ha dicho que un ligero asma le despierta al amanecer, cuando la humedad se evapora con los primeros rayos de sol. Oye ya la voz sibilante que va a decirle: Vaya, amigo mío, ¿regresa a casa a estas horas?

Pero no, se equivoca, no es esto lo que le dice.

—Entre un momento, qué importa la hora... un poco antes, un poco más tarde... No puedo dormir con este calor, ¡qué pesadilla!

La voz es, como estaba previsto, sibilante. ¿Pero cuándo van a dejarle en paz los nervios del vicecónsul? Charles Rossett no quiere subir. El vicecónsul le suplica.

—Diez minutos, se lo ruego.

Se niega una vez más, dice que está muy fatigado, dice que si es... a causa del pequeño incidente de anoche, que no se preocupe. No, no es por eso, espere, bajo a abrir.

Charles Rossett se va, no espera, piensa en la invitación, ¿qué va a decirle? ¿Cómo mentir de nuevo? Demasiado tarde. El vicecónsul le alcanza, le toma del brazo, le hace volver atrás. Diez minutos, puede entrar.

—Pero déjeme tranquilo, no tengo ganas de hablar con usted...

El vicecónsul le suelta el brazo y baja los ojos. Entonces, Charles Rossett le mira y ve que no ha dormido —¿es que ha intentado dormir? No, ni siquiera eso—, que está derrengado y que no lo sabe, no lo siente.

—Ya lo sé, soy una plaga.

—No, no es eso —Charles Rossett le sonríe— ...¿pero por qué?... Pero parece usted muy cansado.

—¿Qué es lo que he dicho?

—Ya no lo recuerdo.

Están en su habitación. Sobre la mesilla de noche hay un tubo de somnífero y una carta abierta: «Mi pequeño Jean-Marc».

—Habré dicho cualquier cosa... Cuando supe lo del Blue Moon... perdí la cabeza... Creí que todo me estaba permitido... Lo sé, soy de una torpeza imperdonable, pero... ¿es que...?

No continúa.

—Si me ha pedido que suba por eso... no, no hemos ido allí.

—Era un poco por eso, sí.

En la entrada no se ve a nadie, sólo se oye que alguien limpia unos zapatos. El vicecónsul, con un gesto, cierra la puerta.

—No puedo escucharles, no puedo cuando no he dormido.

—Lo sé. Y lo que usted dice, todo el mundo lo oye.

El vicecónsul se endereza. Ríe. Interpreta su comedia, es inagotable.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pero yo no le he hecho subir para que diga eso —dice riendo burlonamente—. Yo quería saber, y confiese que es natural, si tenía usted una posibilidad con ella, Rossett.

—No.

El vicecónsul se sienta en la cama, no mira a Charles Rossett, que continúa de pie cerca de la puerta. Habla muy deprisa, hay en su mirada una penetración horrible. Charles Rossett advierte que experimenta un ligero miedo. El vicecónsul se levanta de la cama y se aproxima a él, que retrocede.

—No hay que amar el dolor que produce todo esto, Rossett.

—No veo la razón de que... de que usted se mezcle en esto.

Trata de retenerle: Siéntese. Le acerca una butaca y le dice:

—Ninguna historia personal con una mujer que no desea tenerla, ¿me comprende? Me mezclo en lo que quiero, me da igual...

Sonríe, pero sus manos tiemblan. Charles Rossett retrocede un poco más.

—Parece usted muy fatigado, debería dormir.

El vicecónsul hace un gesto elocuente: la fatiga, la conoce muy bien. Pregunta de qué han hablado y quién estaba allí. Charles Rossett cita los nombres, dice que han hablado de la India.

—¿Ha hablado ella de la India, sólo de la India? —dice el vicecónsul—. Venga al balcón. Se está un poco mejor, el calor se queda en las habitaciones.

—Sólo de la India y muy poco.

El vicecónsul dice que Anne-Marie Stretter es bella, que él la encuentra muy bella, qué rostro, en su juventud debía de serlo menos que ahora, es curioso, pero no puede imaginarla más joven, una muchacha muy joven.

Charles Rossett no responde. Debe decir cualquier cosa para detener lo que él llamará también el delirio del vicecónsul

—Sabe usted, me he enterado —dice— de que en el Blue Moon sólo beben champaña, como en cualquier otro bar de noche. Está abierto hasta muy tarde, por eso van allí.

El vicecónsul está acodado en la balaustrada. Su voz está alterada y apoya la cara en sus puños cerrados.

—Eso importa poco. Con el Blue Moon o sin él —dice—, es una mujer que no tiene... preferencias, eso es... lo importante... Usted y yo..., entre nosotros pueden decirse estas cosas, yo la encuentro muy... muy atractiva.

Charles Rossett no responde. Las farolas de la avenida se apagan.

—Anoche, cometí muchos errores —dice el vicecónsul—. Quisiera que me diese usted un consejo: ¿cómo reparar esto?

—No lo sé.

—¿De verdad... no lo sabe?

—No, se lo aseguro. Ella es tan... secreta... No sé nada. Así, esta mañana —estoy a punto de decirle algo que no debería decirle, piensa Charles Rossett, pero la impaciencia del vicecónsul induce a la confidencia de una manera irresistible—, cuando me acompañó hasta la verja, comenzó a llorar de repente... sin razón visible... y no dijó por qué. Creo que todo, en su conducta, debe de ser parecido...

El vicecónsul aparta de él los ojos y se agarra fuertemente a la balaustrada.

—Tiene usted suerte —dice—, hacer llorar a esa mujer.

—¿Cómo?

—He oído decir eso... Su cielo, son las lágrimas.

Charles Rossett tartamudea algo, se equivoca, no fue él, está seguro de eso, el que hizo llorar a Anne-Marie Stretter. El vicecónsul le mira, sonríe con indulgencia, se siente feliz.

—Debería hablarle de mí cuando la vuelva a ver —dice, riendo—. Yo no resisto más, Rossett, tiene que ayudarme. Sé muy bien que no tiene ninguna razón para hacerlo, pero estoy en el límite de mis fuerzas...

Cómo miente, piensa Charles Rossett.

—Váyase a Bombay.

Entonces, Jean-Marc de H., dice por fin, con una extraña ligereza:

—Ya no voy a Bombay... Sí, le reservaba esa sorpresa... —se ríe—. Siento algo por ella, por eso no iré a Bombay. Si le estoy hablando con esta insistencia, es porque es la primera vez en mi vida que una mujer me inspira amor.

Charles Rossett ya no puede escucharle, ya no puede más.

—No sé. Al verla cruzar el jardín por la mañana, y después de esta noche, cuando me habló... Espero no aburrirle a usted demasiado...



—Por favor...

—Tenía que hablarle de ello, ¿sabe usted?, porque pensaba que tal vez usted la volvería a ver antes que yo y porque yo... No puedo hacer nada por el momento. No pido una gran cosa, sólo volverla a ver, como cualquier otro, estar allí donde ella esté, callado si es preciso.

Qué calor hace ya, la bruma abrasa, Charles Rossett entra en la habitación, quiere huir.

—Respóndame —dice el vicecónsul.

—No hay nada que responder, no necesita usted intercesor —está irritado, se atreve—. Por lo demás, no creo lo que usted acaba de decirme.

De pie en medio de la habitación, el vicecónsul mira el Ganges. Charles Rossett no ve sus ojos, pero sí una mueca en sus labios, como si riese. Espera.

—Entonces, según usted, ¿por qué lo habría dicho?

—Tal vez para creerlo. Pero, a decir verdad, yo no sé nada. Quizás he sido demasiado duro, estoy cansado.

—¿Cree usted que el amor es una idea que uno se hace?

Charles Rossett proclama que se va, pero no sale. Vuelve a hablar de Bombay. Eso no es razonable: después de cinco semanas de irritante espera, y ahora... El vicecónsul dice que podrían hablar de nuevo de ello esta noche, que le gustaría que esta noche cenasesen juntos en el Círculo. Charles Rossett dice que no será posible, que se va dos días al Nepal. El vicecónsul vuelve la cabeza, le mira, le dice que miente. Charles Rossett se ve obligado a dar su palabra de honor de que va al Nepal, y lo hace.

Luego, ya no pasa nada entre ellos. Un largo silencio, entrecortado, en el momento en que Charles Rossett pone la mano en el pomo de la puerta, por algunas frases incómodas sobre esa loca que nada en el Ganges, ella le intriga, ¿la ha visto?, pregunta Charles Rossett.



No.

¿Sabía que es ella la que canta por la noche?

No.

¿Que está en estos parajes la mayor parte del tiempo, un poco más lejos, en la orilla del Ganges, que va siempre a donde están los blancos, como instintivamente, es extraño... sin abordarles nunca...?

—La muerte es una vida que transcurre —dice al fin el vicecónsul—, pero que no te alcanza nunca, ¿es eso?

Es eso, quizás, sí.

Marchan entre los arrozales, los arrozales del Delta en una luz crepuscular, por una carretera muy recta.

Anne-Marie Stretter se ha dormido sobre el hombro de Michael Richard, éste rodea su cuerpo con el brazo, la sostiene. Su mano está posada sobre su mano. Charles Rossett está al otro lado de ella. Peter Morgan y George Crawn van en el Lancia negro de George Crawn, les han adelantado a la salida de Calcuta.

Inmensa extensión de ciénagas, cruzada en todos los sentidos por mil taludes. En los taludes, por todas partes, se desgranan, en filas indias, rosarios de personas con las manos vacías. El horizonte es un hilo recto, como antes de los árboles o después del diluvio. A veces, como en otros lugares, en los claros que siguen a las tormentas que atraviesan, hileras de palmeras azules se elevan por encima del agua. Las gentes caminan, llevan sacos, bidones, niños, o no llevan nada. Anne-Marie Stretter duerme con la boca ligeramente entreabierta, sus leves párpados se abren de vez en cuando; ella ve que Charles Rossett está allí, le sonríe y se adormece de nuevo. Michael Richard sonríe a su vez a Charles Rossett. Reina el entendimiento.



Ella acaba de despertarse. Él toma su mano y la besa largo tiempo. Ella ha apoyado su cabeza en el hombro de Charles Rossett.

—¿Qué tal?

Mil en los taludes, transportan, posan y vuelven con las manos vacías, gentes alrededor del agua vacía de los arrozales, arrozales de rígidas espinas, diez mil, por todas partes, cien mil, por todas partes, en apretados racimos sobre los taludes, caminan, procesión continua, sin fin. En cada uno de sus costados cuelgan sus herramientas de carne desnuda.

Fatiga.

Ellos no hablan para no despertarla, por otro lado no tienen nada que decirse sobre los juncos negros que navegan por los cauces de agua, entre los arrozales de agua negra. De tarde en tarde aparecen sembrados, espacios de verdor reluciente y blando, como seda pintada. De cuando en cuando también la circulación de las gentes es un poco menos rápida sobre los taludes. Están en un país de agua, en la frontera entre las aguas y las aguas, dulces, saladas, negras, que en las bahías se mezclan ya con el espejo verde del océano.

Se han dado cita en un círculo blanco. Los otros ya están allí. Dentro de una hora habrán llegado, dice alguien. Peter Morgan pide noticias del vicecónsul de Lahore. Charles Rossett cuenta que le ha visto esta mañana, que le ha dicho que se iba dos días al Nepal. Peter Morgan no dice nada sobre esa mentira y los demás parecen aprobarla.

Continúan la marcha. Charles Rossett va esta vez en el coche de George Crawn. Peter Morgan va en el asiento de atrás. Dice que, cuando ve este paisaje del Delta, descubre que su pasión por la India es aún mayor de lo que había creído. Luego, se duerme también.

Atraviesan una tormenta y después ven los palmerales del Delta, que brillan en un claro. También ha llovido aquí. A través de los palmerales el mismo horizonte plano.

La mar está agitada. Dejan los coches en un gran garaje, cerca del embarcadero. La chalupa toca con la proa, embarcan. Un muro de bruma violeta avanza hacia las Islas. En una de ellas —Mirad, ésa es, dice Anne-Marie Stretter— hay un inmenso edificio blanco que da



frente a un muelle donde están amarradas unas canoas: el Prince of Wales. La isla es grande, en el otro extremo hay un pueblo muy bajo, que toca la mar. Entre el pueblo y el hotel se alza una gran verja que los separa. Por todas partes, en la orilla de la mar, en la mar, otros enrejados contra los tiburones.

Ellos se bañan en cuanto llegan a la playa del hotel. No hay nadie, es tarde y la mar está agitada: no es posible nadar, sólo se puede recibir la ducha tibia de las olas. Después del baño, Anne-Marie Stretter se va a su casa, los demás suben a sus habitaciones del Prince of Wales. El tiempo de cambiarse, son las siete de la tarde. Se reúnen de nuevo en el *hall* del hotel. Ella llega, sonriente, con un vestido blanco. Ellos ya la esperaban. Comienzan a beber. El *hall* tiene cuarenta metros de largo, unas colgaduras muy grandes de tela azul marino están echadas y cubren los ventanales. En el fondo hay un *dancing*. Aquí y allá, separado por filas de plantas verdes, hay varios bares. Abundan sobre todo los viajeros ingleses. Unos vendedores de pacotilla pasan una y otra vez. En las vitrinas, frascos de perfume. Unos grandes comedores blancos dan a la mar. Sobre los *buffets*, racimos de uvas. Un personal sobreabundante, con guantes blancos y los pies descalzos, circula por todos lados. Los techos tienen la altura de dos pisos. De las lámparas, de los huecos, del falso oro cae una luz dorada y suave que brilla en los claros ojos de Anne-Marie Stretter, recostada a medias en un diván bajo. Aquí, hace fresco. El lujo es hondo y comprobado. Pero esta noche, a causa del mal tiempo, los ventanales han sido cerrados y los recién llegados lamentan no poder ver la mar.

Pasa un *maître* inglés. Dice que la tormenta cesará después de la cena, que mañana el océano estará en calma.

Charles Rossett les escucha. Hablan de personas que no están en Calcuta pero que van a venir, que él las conocerá muy pronto. Hablan o están en silencio, les da lo mismo, sin aburrimiento y sin esfuerzo, todos están cansados a causa de la noche anterior.

En el fondo del *hall* están bailando. Unos turistas en crucero que vienen de Ceilán.

Ellos hablan de Venecia durante el invierno.



Siguen bebiendo y hablan de nuevo de las visitas próximas.

Y después, ella quiere ir a ver la mar.

Salen todos para ver la mar. Está todavía agitada, pero el viento ha amainado un poco. La bruma violeta está en todas partes, uniformemente extendida, en el palmeral y sobre el mar. Se oye pitir a los barcos, tres toques, avisar a los pasajeros que su servicio de hoy se acabará a las diez. La isla está llena de aves que no han podido llegar a la costa. Al llegar las han visto entre los palmerales y descarnando los mangos.

Beben todavía, quieren cenar tarde, después de los demás. Peter Morgan habla del libro que está escribiendo.

—Ella seguirá caminando —dice—, insistiré sobre todo en esto. Será una marcha muy larga, fragmentada en centenares de otras marchas animadas del mismo balanceo —el de su paso—, ella caminará, y la frase con ella, ella seguirá una vía de ferrocarril, una carretera, ella dejará —por dondequiera que pase— unos hitos clavados en el suelo que llevarán nombres, los de Mandalay, Prome, Bassein, ella avanzará vuelta hacia el sol poniente, a través de esta luz, a través de Siam, de Camboya y Birmania, país de agua, de montañas, durante diez años y, después, al llegar a Calcuta, se detendrá.

Anne-Marie Stretter calla.

—¿Y otras como ella? —pregunta Michael Richard—. Si ella está sola en el libro, éste no será tan interesante como si... Cuando tú hablas de ella, yo la veo entre muchachas, entre otras muchachas, las veo viejas entre Siam y la jungla, y jóvenes a su llegada a Calcuta. Esto es tal vez lo que Anne-Marie me ha contado, pero en Savannakhet las veo sentadas en esa luz que tú decías, sobre un talud de los arrozales, obscenas, con el cuerpo al descubierto, comiendo pescados crudos que les dan unos niños que pescan, los niños tienen miedo y ellas se ríen. Más tarde, por el contrario, ya cerca de la India, ellas son jóvenes y graves y están sentadas en la plaza de un mercado (veo un pequeño mercado en el que hay algunos blancos), ellas están dentro de la misma luz, venden su recién nacido —Michael Richard reflexiona un poco y prosigue—. Pero tú puedes preferir hablar sólo de ella.



¿Anne-Marie Stretter duerme?

—¿De la más joven? —pregunta George Crawn—. ¿De la que fue expulsada de casa por su madre, quizás?

—De la más joven, la tuya.

Anne-Marie Stretter no parece escuchar.

—Algunas veces, ella viene a las Islas —dice Michael Richard—, como si la siguiese, como si siguiese a los blancos, qué cosa más extraña. Ella se ha adaptado totalmente a Calcuta, me parece a mí. No sé si son imaginaciones mías, pero algunas veces me parece haberla visto de noche nadando en el Ganges... ¿Qué es esa canción que ella canta, Anne-Marie?

Anne-Marie duerme, no puede responder.

—Ella canta y habla, hace inútiles discursos en el profundo silencio. Tal vez habría que decir lo que son esos discursos —dice George Crawn—. Cualquier cosa la divierte, un perro que pasa la hace sonreír, por la noche pasea; si yo escribiese, le haría hacer las cosas al revés, ella dormiría durante el día a la sombra de los árboles, en la orilla del Ganges, aquí o allá. Creo que donde ella encuentra la forma de perderse es, en definitiva, en el Ganges, ella ha olvidado, ya no sabe que ella es la hija de X o de Y, ya no hay problemas para ella —George Crawn ríe—, nosotros, en principio, estamos aquí por eso. Nunca, nunca la menor sospecha de hastío...

Ella duerme.

—Pero ella ya hace lo que tú dices, yo incluso la he seguido —dice Peter Morgan—, va bajo los árboles, mordisquea cualquier cosa, araña el suelo, ríe, no ha aprendido ni una sola palabra de hindostaní.

Peter Morgan mira a Anne-Marie Stretter, que duerme.

—Ella es sucia como la naturaleza misma, es increíble... ah, yo no querría sacarla de ese nivel, de su grasa hecha de todo y ya antigua, incrustada en su piel... convertida en su piel; me gustaría analizar esa grasa, decir de qué está compuesta, de sudor, de fango, de restos de bocadillos de *foie gras* de tus recepciones de la embajada, asquearos, de *foie gras*, de polvo, de asfalto, de mangos, de escamas de pescado, de sangre, de todo...

¿Para qué hablarle a esta mujer que duerme?

—Discurso inútil y silencio profundo —dice Michael Richard.

—¿Ella será en Calcuta como un... punto al final de una larga línea de hechos sin significación diferenciada? ¿No habrá en ella más que... sueños, hambres, desaparición de los sentimientos y también de la relación que hay entre la causa y el efecto?

—Creo que lo que él quiere decir —dice Michael Richard— es más que eso aún, él querría darle existencia solamente en el que la viese vivir. Ella, ella no siente nada.

—¿Qué es lo que le queda en Calcuta? —pregunta George Crawn.

—La risa... como blanqueada..., la palabra que ella dice, Battambang, la canción... el resto ha sido volatilizado.

—¿Cómo recuperarla en el pasado? ¿Poner en orden incluso su locura? ¿Separar su locura de la locura, su risa de la risa, la palabra Battambang... de la palabra Battambang?

—Sus hijos muertos, porque ella habrá tenido sin duda hijos muertos.

—Su cambio, en fin, lo que se llama así, lo que ella se ha vuelto si se quiere, ya no la distingue de cualquier otro, a fin de cuentas. Y sin embargo, ese cambio ha tenido lugar.

—Quizás habría que hacer que ella hiciera algo que los demás no saben hacer, ¿no crees? De este modo su paso podría ser señalado. Una cosa a qué aferrarte, aunque fuese minúscula.

Anne-Marie Stretter parece estar profundamente dormida.



—La abandonaré en su locura —dice Peter Morgan—, eso es seguro, pero de todos modos debo conocer esa locura.

—¿Estará sola en el libro? —pregunta Charles Rossett.

—No, habrá en él otra mujer, que será Anne-Marie Stretter.

Todos se vuelven hacia ella.

—¡Oh! —dice ella—. Estaba dormida.

A su alrededor se oye decir que la tempestad se ha calmado por completo. Están alegres.

Cenan. La comida es excelente. Michael Richard dice que, cuando se ha conocido el Prince of Wales, después, dondequiera que se vaya, se echa de menos su confort.

A través de las palmeras se ve el cielo. La luna sigue estando detrás del himalaya de las nubes. Son las once de la noche. En el *hall* del Prince of Wales hay unos jugadores de cartas. No se ve la costa, la fachada del hotel está orientada hacia alta mar. Pero se ven las islas más próximas, su masa contra el cielo, las luces alineadas a lo largo de los embarcaderos. Un viento del sur, muy leve, comienza a disipar la bruma violeta. El calor vuelve a ser de nuevo el calor de Calcuta. Aquí, el aire es un vapor salado y acre. La diferencia es el aroma a ostras y a algas. El Prince of Wales está abierto al océano.

Michael Richard y Charles Rossett caminan por la avenida que atraviesa el palmeral. Anne-Marie Stretter ha vuelto a su casa después de la cena, Peter Morgan y George Crawn han alquilado una canoa y dan un paseo por la mar. Michael Richard y Charles Rossett van a casa de Anne-Marie Stretter, los otros se reunirán con ellos después de su paseo.

Entre los palmerales, en los mangos, las aves prisioneras pían. Hay tantas que las ramas se doblegan bajo su peso y los mangos se han convertido en árboles de carne y de plumas.

Algunas parejas se pasean por el palmeral. Aparecen bajo las farolas, desaparecen, vuelven a surgir en la luz alta. Las mujeres, mientras caminan, se abanican con grandes abanicos de



papel blanco. Hablan en inglés. A cada lado de la avenida hay unos pabellones iluminados, unos anexos del hotel, explica Michael Richard. Todo el palmeral da a la mar por el lado de las Islas. En el lado opuesto, al parecer, hay unas villas, una pequeña estación balnearia independiente del hotel.

La oyen desde muy lejos. Es probable que ella toque aquí cada noche, lo mismo que en Calcuta. Charles Rossett reconoce enseguida el fragmento de Schubert que George Crawn le pidió que tocase la víspera. En un relámpago blanco, ve: Anne-Marie X..., diecisiete años, frágil y esbelta, en el Conservatorio de Venecia; es el concurso de fin de curso e interpreta la obra de Schubert que ama George Crawn. Ella es una esperanza de la música occidental. Estallan los aplausos. Un auditorio vestido de gala felicita a la niña mimada de Venecia. Se piensa: ¿quién habría pensado en la India para ella?

—Antes de conocer a Anne-Marie —dice Michael Richard— la oí tocar en Calcuta, una tarde, desde el bulevar. Aquello me intrigó mucho, no sabía quién era ella, yo había venido a Calcuta como turista, recuerdo muy bien que no podía soportarlo... quise marcharme desde el primer día... Fue ella, aquella música que oí, la que me hizo quedarme... que me pudiese quedar en Calcuta... Después la escuché varias noches, apostado en la avenida Victoria, y más tarde, una noche, entré en el parque, los centinelas me dejaron pasar, todo estaba abierto y entré en ese gabinete donde estuvimos anoche. Recuerdo que temblaba... —se ríe—, ella se volvió, me vio, se quedó sorprendida, pero no creo que tuviera miedo... Así fue como la conocí.

Charles Rossett se entera en cuatro frases que Michael Richard ha dejado Inglaterra para siempre, que tiene en la India, con George Crawn, un negocio de seguros marítimos — Peter Morgan trabaja también en ese negocio— que le deja mucho tiempo libre. La música se aproxima.

Michael Richard abre una verja, los dos cruzan un parque. Una escalinata iluminada, a la izquierda una ventana abierta, una pared blanca. Es de allí de donde viene la música. El rumor de la mar queda a su espalda. Debe de haber por allí una playa, el camino y la mar forman una línea continua y allá, al fondo, al final del sendero, se oyen unos choques sordos seguidos de silencio.



—¿Se la molesta cuando toca el piano? —pregunta Charles Rossett.

—No lo he sabido nunca, pero creo que no... no mucho, al menos.

Unas verandas de columnas parten de la escalinata y rodean la villa.

—He oido decir que Anne-Marie Stretter ha suprimido aquí las recepciones de verano.

—Exacto —dice Michael Richard sonriendo—. Ahora es nuestro feudo, aquí sólo está con sus amigos —Michael Richard ríe.

La luz de la ventana ilumina un helecho traído aquí del salón octogonal. La ventana se refleja en un pequeño estanque que está junto a la puerta. Dejan de tocar el piano. Una sombra cruza el agua del estanque.

Ella está en la penumbra.

—Buenas noches. Les he oido venir por el sendero.

Lleva una bata de algodón negro, sonríe, dice que acaba de oír pasar ante el hotel la canoa de sus amigos.

Es su habitación, no hay duda. Hay pocos muebles. Sobre el piano, pilas de partituras en desorden. La cama de cobre está cubierta con una colcha blanca. El mosquitero no está bajado, forma una bola nivosa encima de la cama. Un olor a cidronela, un olor blanco, flota en la alcoba.

—Si se soporta este olor, es la mejor manera de ahuyentar a los mosquitos.

Michael Richard se sienta, hojea una partitura, busca una cosa que ella tocaba hace dos años y que ya no toca. Ella continúa explicándole a Charles Rossett: He hecho quitar los muebles, duermo aquí, todo el mobiliario de nuestras villas data de hace treinta años, nada ha variado, yo prefiero que no haya muebles.



Quizás se muestra un poco distante. Él piensa: lo mismo que si te recibiese en Calcuta al día siguiente de tu llegada.

Michael Richard sigue buscando lo que ella tocaba tan a menudo hace dos años. Ella no lo recuerda.

—Venga, le enseñaré la villa.

Ella precede a Charles Rossett, entran en un gran salón —los muebles están enfundados—, con sus falsas consolas, sus falsas lámparas, los huecos, el falso oro. Ella apaga, salen.

—Esta mañana lloró usted —dice Charles Rossett.

Ella se encoge de hombros: ¡Oh, no era nada...! Ella le conduce a la sala de billar, no hay nada que ver, ella muestra, apaga, se van. A la salida de una habitación, él la sujetó, ella no se resiste, él la besa, permanecen enlazados y he aquí que, con el beso —él no se lo esperaba— le entra un dolor discordante, la quemadura de una relación nueva, entrevista pero ya prescrita. O como si él la hubiese amado ya en otras mujeres, en otro tiempo, con un amor... ¿qué amor?

—No nos conocemos, dígame algo...

—No sé para qué...

—Se lo suplico...

Ella no dice nada, tal vez no le ha oído. Vuelven a la alcoba. Ella llama a Michael Richard, éste acude, había ido al parque a dar una vuelta, canturrea. ¿Ha notado que su ausencia se prolongaba? Dice que en la playa hay unas aves muertas.

Ella sale, dice: Voy a buscar hielo, éste está fundido, durante el monzón se funde tan rápido que...

Ellos oyen el final de la frase desde el pasillo que empieza en la escalinata. Y luego ya no la oyen, la alcoba permanece en silencio, el olor a cidronela vuelve a la superficie, un olor



blanco. Michael Richard canturrea el aire del fragmento de Schubert. Ella vuelve, lleva el hielo en sus manos, le quema, ríe, lo tira en la cubitera, sirve el whisky.

—Usted recordará más tarde este calor —dice ella a Charles Rossett—. Será el de su juventud en la India, tómelo de ese modo, como una cosa que recordará más tarde, verá usted cómo cambia entonces...

Ella se sienta y habla de las otras islas, son todas más salvajes que ésta, las nombra, son unas islas aluviales cubiertas de selvas, el clima es muy malsano. Michael Richard conoce algunas de ellas. Charles Rossett pierde el hilo de lo que ella está diciendo, comienza a oírla sin escucharla... la voz, de esta manera, tiene unas inflexiones italianas que él descubre. La mira largamente, ella se da cuenta, se sorprende, se calla, pero él continúa mirándola hasta deshacerla, hasta verla sentada y silenciosa con las cuencas de sus ojos en su cadáver, en medio de Venecia, de esa Venecia de la que ella se ha ido y a la cual ha vuelto, ya instruida sobre la existencia y el dolor.

Es entonces, mientras él la ve así, cuando el recuerdo del vicecónsul vuelve bruscamente a la mente de Charles Rossett y la eclipsa. La idea del vicecónsul engañado se abate como el rayo, con la voz falsa, los ojos febriles, la terrible confesión: He sentido por ella... es estúpido...

Charles Rossett se levanta. Dice, casi grita, que esta mañana ha hecho una cosa abominable e incomprendible, una cosa que ha recordado de pronto, y relata, repite palabra por palabra la confesión del vicecónsul en la madrugada y su súplica, repite lo que él le ha dicho, después de haberle escuchado: no creo lo que usted acaba de decirme.

—Ahora —dice Charles Rossett—, me parece que, a pesar de su risa, era verdad... está haciendo un gran esfuerzo de sinceridad que le resulta muy penoso... Ya no puedo entender cómo le lancé aquello a la cara... es terrible...

Ella le ha escuchado con un poco de hastío.

—Porque usted —dice Michael Richard— iba a venir a las islas.



Ella pide que no se hable más del vicecónsul de Francia en Lahore. Pero no es posible detener a Charles Rossett.

—¿Le hablará usted? —pregunta Charles Rossett—. Más tarde, si usted lo prefiere, pero yo le ruego que le hable, no es que yo le haya prometido interceder en su favor, no, pero se lo ruego.

—No.

Michael Richard, manifiestamente, no quiere intervenir.

—Todos le vuelven la espalda —dice Charles Rossett—. Es una soledad infernal... Creo que es usted la única persona que no toma en serio la incomodidad que él produce, por eso no comprendo que...

—Creo —dice ella— que se equivoca usted. Él no me necesita. A pesar de lo que diga, sus gritos de anoche... es que había bebido.

—Tómelo como una idea —suplica Charles Rossett—, sólo como eso, como el pequeño infierno de una idea que se le hubiera ocurrido y que le molestaría un breve instante... Usted... usted puede permitirse eso...

—No, no puedo hacerlo.

—Según tú, ¿para qué quiere verte? —pregunta al fin Michael Richard.

—¡Oh! Tal vez ha decidido que había en mí alguna bondad, una cierta indulgencia...

—¡Oh... Anne-Marie...!

Michael Richard se levanta, va hacia ella, que le espera con los ojos bajos. La rodea con los brazos, y después la suelta, se aleja de ella.

—Escucha —dice—. Escuche usted también. Estoy convencido de que es necesario olvidar al vicecónsul de Lahore. No hace falta decir las razones de ese olvido. Sólo tenemos que



suprimirlo de la memoria. Si no lo hacemos —aprieta los puños—... correremos un gran peligro de... por lo menos de...

—Dilo.

—De no reconocer ya a Anne-Marie Stretter.

—Alguien miente aquí —dice Charles Rossett.

Charles Rossett se dice que va a volver al Prince of Wales, y después a Calcuta, que será la última vez que les vea. Da unas vueltas por la alcoba y se vuelve a sentar sin decir una palabra más. Ella le da un whisky y él lo toma de un trago.

—Pido disculpas —dice Michael Richard—, pero insistía usted tanto.

—Alguien acaba de mentir —repite Charles Rossett.

—No piense más en ello —dice Anne-Marie Stretter.

—¿Acaso es a causa de Lahore?

—No, no es a causa de eso.

—¿De la otra cosa?

—¿Qué cosa? —pregunta Michael Richard.

—No comprendo nada —dice ella—, no entiendo...

Michael Richard se ha sentado en la cama. Ella se sienta junto a él, fuma un cigarrillo, acaricia sus cabellos, apoya la cabeza sobre su hombro.

—El debe vivir como lo hacía allí —dice Anne-Marie Stretter—, y nosotros, por nuestra parte, debemos continuar lo mismo.

Él quiere marcharse, ella lo retiene.

—No piense más en él. Se va a ir de Calcuta enseguida, mi marido hará lo necesario.

Charles Rossett se vuelve bruscamente. La evidencia le deslumbra.

—Ah, es verdad, es imposible, totalmente imposible —dice— saberlo... con vida... ¿Cómo amar al vicecónsul de Lahore... de la manera que sea?

—Ya ve usted —dice ella—. Si yo me obligase a verle, Michael Richard no me lo perdonaría, ni me lo perdonaría nadie... Yo sólo puedo ser la que está aquí con ustedes cuando pierdo mi tiempo de este modo... Ya ve usted.

—Esto es todo lo que hay aquí —dice Michael Richard riendo—, Anne-Marie y nada más.

—¿A causa de qué? —insiste Charles Rossett.

—De nuestra tranquilidad de espíritu —dice ella.

El gran ventilador remueve el aire saturado de agua y de cidronela. Continúan aquí. La noche vuelve a ser asfixiante. Ella les da de beber, vuelve también a la alcoba. El ruido de la mar es más fuerte desde hace un instante, ella se preocupa por George Crawn y Peter Morgan. Van a salir para mirar cuando oyen la barca... tres toques de bocina. La mar estará agitada hasta que la tormenta estalle, explica Michael Richard, ellos desembarcarán delante del hotel, no tenemos que esperarles. ¿Creen ustedes que la novela de Peter Morgan será terminada?, pregunta Charles Rossett.

—Es usted muy joven, ¿verdad? —pregunta ella.

Se quedan aquí, cerca de ella, junto a ella. El silencio se ha hecho —no es la primera vez que Charles Rossett asiste a esto, ya lo vio la noche anterior y al final de la cena—, un silencio que no es el que precede a las partidas ni el que se produce cuando ya no se tiene nada que decir. Ella se ha ido al parque. Charles Rossett se levanta, quiere volverla a ver, se sienta de nuevo. Ella regresa, pone el ventilador a su máxima velocidad: ¡Qué calor hace esta noche!, dice ella, y se queda de pie en el centro de la habitación, con un jadeo horrible, los ojos cerrados y los brazos bamboleantes. Ellos la miran. Parece muy delgada bajo la



bata negra, aprieta los párpados, su belleza ha desaparecido. ¿En qué insoportable bienestar se hallará?

Y he aquí que lo que Charles Rossett no sabía que esperaba se produce. ¿Está seguro? Sí. Son lágrimas. Salen de sus ojos y corren por sus mejillas, lágrimas muy pequeñas, brillantes. Michael Richard se ha levantado en silencio, se aleja de ella.

Se acabó, ahora las lágrimas están secas. Ella se ha vuelto levemente hacia la ventana. Charles Rossett no la ve. Intenta no verla, se diría que la embriaguez avanza, que el olor de una mujer, que llora, se expande. Permanecen allí, esperan cerca de ella, que ahora se ha ido y que va a volver.

Michael Richard se da la vuelta y la llama dulcemente:

—Anne-Marie.

Ella se sobresalta.

—Ah, estaba como dormida.

Ella añade:

—Están ustedes aquí...

El rostro de Michael Richard expresa sufrimiento.

—Ven —dice.

Ella viene hacia él como después de una ausencia real y se echa en sus brazos. Ah, estaban aquí. Es Venecia lo que se oye de pronto a lo lejos, muy a lo lejos, ella avanza por una calle, no se la ve, se la oye solamente, tiene un encuentro, es otro distinto a ellos, un desconocido. ¡Está usted aquí, qué suerte, qué sorpresa! Es usted, no estoy soñando, usted, apenas le conozco; ella agrega algo que Charles Rossett no oye, sobre ese viento frío, tan desagradable, de la mañana, que no llega hasta aquí, hasta esta sala. El desconocido que la



escucha tiene el rostro blanco del vicecónsul de Lahore. Charles Rossett ahuyenta la imagen de la locura.

—¿Duerme usted de pie?

Ella ríe. Michael Richard la acaricia. Ella está sentada sobre él, con las piernas levantadas.

—¡Oh! Casi, lo confieso...

—Yo la he oído, es extraño, como en una calle de Venecia.

Michael Richard la rodea totalmente con sus brazos... Qué joven parece así, sentada en una postura infantil, dislocada, sobre sus rodillas; él la besa con todas sus fuerzas y la suelta. Ella va hacia la ventana, la abre, mira, después va hacia la cama, se echa.

Michael Richard se levanta, va a su vez hacia la cama, se coloca muy cerca de la mujer. El cuerpo tendido parece privado de su volumen habitual. Ella está lisa, leve, tiene la rigidez simple de una muerta. Tiene los ojos cerrados, pero no duerme, todo lo contrario. Hasta el rostro se ha modificado, es diferente, está condensado en sí mismo, envejecido. Se ha convertido súbitamente en lo que, si hubiese sido fea, esta mujer habría sido. Abre los ojos, mira a Michael Richard, le llama: Ah, Michael...

Él no le responde. Charles Rossett se ha levantado a su vez y está junto a Michael Richard, la miran ambos. Los anchos párpados se estremecen, las lágrimas no brotan.

Sigue oyéndose el ruido de la mar, allá abajo, al final del parque, junto con el de la tormenta, que ya ha llegado. Ella mira la tormenta por la ventana abierta, todavía tendida ante sus miradas. Charles Rossett se contiene y no llama. ¿A quién? A ella sin duda. ¿Qué es lo que desea?

La llama.

Yo lloro sin razón, ¿cómo podría decírselo?, es como una gran pena que me atraviesa, es necesario que alguien llore, es como si no fuese yo.

Ella sabe que están allí, muy cerca, sin duda, los hombres de Calcuta, ella no se mueve en absoluto, si lo hiciese... no... ahora da la sensación de estar aprisionada por un dolor demasiado antiguo para ser llorado todavía.

Parece que Charles Rossett adelanta la mano hacia ella, que esa mano es súbitamente sujetada, conducida al rostro que ciega la misma mano.

El temblor de los párpados ha cesado. Ella duerme cuando los hombres se van.

El océano es una laca verde, se ven muy bien las Islas, pero el parque aún está en la sombra de los eucaliptos y la claridad está al final del sendero. Las aves chillan, parten hacia la costa, el cielo continúa siendo un bullicio enloquecido.

Cuando ellos cruzan el parque, se oye de pronto un canto, tan lejano, que debe de venir de la otra orilla de la isla. Sí, la isla es estrecha y larga. Michael Richard reconoce la voz.

—Es esa mujer de Savannakhet —dice—. Es verdad, parece que la sigue.

En efecto, ella ha llegado a la isla, llega a ella casi cada semana durante el monzón de verano, con el primer barco de aprovisionamiento, en el que no van viajeros, ella en un rincón, sin pagar. Ella acaba de llegar hoy. No se confunde de isla. Los elefantes locos encuentran la ruta de los bananales. La gran fachada rectangular de doscientos metros de longitud, mancha blanca perforada de luces eléctricas: alimento.

Salen del parque. Una puerta se abre tras ellos en la casa. Anne-Marie Stretter sale, no les ve detrás de la verja, se dirige apaciblemente hacia la mar.

—Probablemente la ha despertado ese canto —dice Michael Richard.

En la mar se ven, a lo largo de las playas, los grandes pilotos de cemento que sostienen los enrejados.

Ella no llega hasta la playa, se tiende en el camino, la cabeza apoyada en la palma de la mano, los codos en el suelo, en la postura de una lectora, recoge grava y la lanza a lo lejos. Después, deja de lanzar grava, despliega su brazo, apoya su rostro sobre ese brazo estirado y se queda así.

Michael Richard quiere volver por las playas, Charles Rossett prefiere atravesar el palmeral.

—¿Cuándo duerme usted?

—Durante el día —dice Michael Richard, y sonríe tristemente—. Lo hemos probado todo, incluso dormir por la noche, pero preferimos hacerlo en pleno día.

Se separan.

Se verán de nuevo esta noche.

Mañana, en Calcuta, se verán también.

En la desierta avenida, las farolas se apagan. Ella debe de estar ahora nadando detrás de los enrejados dispuestos contra los tiburones del Delta, sombra lechosa en el agua verde. Charles Rossett ve: no hay nadie en la villa ni en el parque, ella está nadando, se mantiene en la superficie del agua, cubierta por cada ola, dormida tal vez o llorando en la mar.

¿Volver a reunirse con ella? No. ¿Acaso son las lágrimas las que privan de la persona?

Charles Rossett se halla a la vez privado de ella y privado de deseo.

Él sabe que la fatiga se abatirá enseguida, de un solo golpe, con la luz del día, pero por el momento esa fatiga se disipa, camina como un autómata, ligero, camina por la isla.

Trata de dejar el bulevar, toma caminos secundarios, se encuentra ante la verja levantada contra la mendicidad, retrocede, continúa buscando y finalmente halla una puerta en esa verja, sale, advierte que acaba de tener miedo, un miedo absurdo a no poder salir de esta zona de la isla que le ha sido asignada para su mayor paz.



Está en la otra orilla. El sol no ha salido todavía del horizonte. Faltan aún algunos minutos. En la India, él no conoce todavía esta hora.

Aquí, la mar está encerrada entre dos grandes penínsulas, sin árboles, pero con *bungalows*. La resaca es débil. Es una laguna. Un camino la rodea. Las orillas son fangosas, la mar las lame a golpecitos. La mar verde, qué bella es. Charles Rossett toma la dirección del hotel, se aleja de Anne-Marie Stretter.

Ella, ahora, debe de salir de la mar, de dirigirse hacia la casa abierta y vacía en la cual giran de noche y de día los ventiladores de la reina de Calcuta.

Él se detiene: lo primero que vuelve a ver son las lágrimas de Anne-Marie Stretter.

Vuelve a él la imagen de Anne-Marie Stretter, erguida bajo el ventilador —en el cielo de sus lágrimas, dice el vicecónsul—, y luego, de pronto, la otra imagen. Quisiera haberlo hecho. ¿Pero qué? ¡Ah, cómo quisiera haber levantado la mano...! Su mano se levanta, cae de nuevo, comienza a acariciar el rostro, los labios, suavemente primero, luego más secamente cada vez, cada vez con más fuerza, los dientes se le ofrecen en una risa desagradable, penosa, el rostro se sitúa lo mejor que puede al alcance de su mano, se pone a su entera disposición, ella se deja hacer, él grita y golpea: que no vuelva a llorar nunca, nunca jamás; se diría que ella comienza a perder la memoria, nadie llora ya, dice ella, ya no hay nada que comprender, la mano golpea, cada vez más puntual, está alcanzando una velocidad y una precisión maquinales. La perfección muy pronto. De pronto, Anne-Marie Stretter muestra una belleza sombría, lisa, acepta el desgarramiento de su cielo, la movilidad de su cabeza es maravillosa, se mueve a voluntad alrededor del cuello, como aceitada, engranaje incomparable, se convierte, para la mano de Charles Rossett, en orgánica, en instrumental.

Michael Richard les mira.

Con su llameante herrumbre, el sol sale del océano. El deslumbramiento es considerable. Los ojos arden. Charles Rossett se detiene en la orilla de la laguna. El sol desaparece.

Echa a andar de nuevo.

Cree que, a esta hora, es al fin posible caminar un poco sin sufrir demasiado con el calor, pero no es verdad. Ah, si hubiese viento, aunque fuese un viento cálido, si cediese de vez en cuando la inmovilidad del aire...

¿Se ha matado esta noche el vicecónsul?

El Prince of Wales enseguida, dormir enseguida, las persianas cerradas hasta la noche, su juventud, acostarla, confiarla por fin al sueño.

Piensa: En realidad, ¿a quién se parece el vicecónsul de Lahore?

La fatiga ha llegado, él avanza penosamente. Un viento cálido comienza a soplar sobre la Mesopotamia del Ganges, poca cosa. Todavía estoy borracho, piensa Charles Rossett.

Oye la respuesta: A mí, dice Anne-Marie Stretter.

En la orilla de la laguna, detrás de él, unos pasos precipitados, una carrera de pies descalzos. Charles Rossett se vuelve. Tiene miedo.

¿Qué es esto?

¿Por qué tener miedo?

Alguien le llama. Alguien se acerca. La forma es bastante alta, muy delgada. Está ahí. Es una mujer. Es calva, una bonzo sucia. Ella agita el brazo, ríe, continúa llamándole detenida a algunos metros de él.

Ella está loca. Su sonrisa no engaña.

Ella señala la bahía, repite una palabra, siempre la misma, algo así como:

—Battambang.

Es la mujer que exalta Peter Morgan, la que tal vez vino de Savannakhet.

Él saca una moneda del bolsillo, va hacia ella, se detiene. Ella debe de haber salido del agua, está empapada, sus piernas están lacadas con un barro negro, el de las márgenes de la laguna de este lado de la isla que en la desembocadura acumula el cieno del Ganges. Él no se acerca más, la moneda en su mano. Ella repite la palabra, es algo así como Battambang. La piel del rostro es oscura, de cuero, con los ojos en el fondo de unos nidos de arrugas de sol. El cráneo está cubierto de una mugre parda, como un casco. El magro cuerpo se dibuja bajo el vestido empapado. La interminable sonrisa espanta.

Ella busca en su ropa, entre los senos, saca algo y se lo tiende: un pez vivo. Él no se mueve. Ella retira el pez y, mostrándoselo, le muerde en la cabeza riendo más todavía. El pez guillotinado se remueve en su mano. Ella debe de divertirse causando miedo, dando náuseas. Ella avanza hacia él. Charles Rossett retrocede, ella sigue avanzando, él retrocede más, pero ella avanza más deprisa que él y Charles Rossett arroja al suelo la moneda, se da la vuelta y huye corriendo hacia el camino.

Esos pasos que se oyen tras él son los de ella, unos pasos regulares, los de un animal; ella no ha recogido el dinero, corre rápidamente, él corre más rápidamente que ella. El camino es recto, largo. Sigue siempre la orilla de la laguna. Ya está ahí, ahora, el Prince of Wales, con sus verjas, su palmeral prohibido para ella.

¿Se ha detenido ella? Charles Rossett se detiene también y se vuelve. Sí.

El sudor, el cuerpo fuente de sudor, chorrea, este calor del monzón es para volverse loco, las ideas ya no se enlazan, se queman, se repelen, reina el miedo, solamente el miedo.

Ella está a cien metros de él, ha renunciado a seguirlo.

Las ideas, de nuevo.

Charles Rossett piensa que no sabe lo que le sucede, pero que va a dejar las Islas, los caminos desiertos de las Islas, en donde es posible encontrar esto.



No soporto la locura, es más fuerte que yo, no puedo soportarla... la mirada de los locos, no la soporto... todo menos la locura...

Ella mira hacia el mar, ella ha olvidado. ¿Por qué este miedo? Charles Rosset sonríe ahora. La fatiga, piensa.

Se descubre el cielo, bajo, con el gris anaranjado de un crepúsculo de invierno. Cantan: el mismo canto que un momento antes. Con la boca llena de pescado crudo, ella canta. Este canto ha despertado a Anne-Marie Stretter hace un instante y ella todavía debe de oírlo en este momento desde el camino en que está tendida. Y he aquí el primer recuerdo de la noche reciente, flor de largo tallo que camina, que busca y se posa sobre el canto de la mendiga.

Él vuelve sobre sus pasos. Ella le da la espalda, va directamente hacia la laguna y penetra en ella, muy prudentemente, con todo su cuerpo. Sólo la cabeza emerge a flor de agua, casi exactamente como la de un búfalo, y ella comienza a nadar con una alucinante lentitud. Él comprende: está cazando.

El día aplasta. El sol está sobre la isla, pleno sol en todas partes, sobre el cuerpo iluminado de la muchacha dormida y también sobre todos aquellos que duermen aquí o allá, entrojados en unas alcobas de sombras.

Esta noche, en el Círculo, el vicecónsul dice al director:

—Al amigo de Prisunic no se le confiaba un secreto, director, ¿se lo he dicho ya?

—¿El que le denunció a usted?

—Exacto, el que le dijo al inspector de Prisunic que no era él sino yo el que había robado el disco. Después me escribió: «¿Qué querías que hiciese? Mi padre me habría matado, y además, en el fondo, no éramos realmente amigos, no nos confiábamos ningún secreto».

Pensé, y todavía lo pienso algunas veces, a quién podría yo habérselo confiado.

—Caballero, era yo, el disco robado.

—Qué batiburrillo, director.

—Dejémoslo, caballero. Continúe usted. Ese domingo en casa del padre la Frite es lo que yo prefiero —dice el director.

—Yo no tengo preferencias —dice el vicecónsul—. Pero es verdad que lo del albergue del padre la Frite es lo que impresiona más.

—Yo creía que el padre la Frite era yo.

—No. El domingo, en casa del padre la Frite, transcurre el día, llega la hora del té, ya sólo queda una hora, mi madre consulta su reloj de pulsera, yo sólo digo una frase. ¿Cuál?

—Que se sentía usted muy contento de estar en Arras.

—Eso es, director. Es en febrero, la noche cae sobre el Pas-de-Calais, yo no quiero pasteles, no quiero chocolatinas, lo que quiero es que me dejen allí.

—¿Y sus resultados escolares, caballero?

—Excelentes, director. Pero, sin embargo, fuimos expulsados.

—¿Y el doctor húngaro?

—Sentía simpatía por él, me daba billetes de quinientos francos. Yo tenía quince años. ¿Y usted?

—También, caballero.

—El domingo —continúa el vicecónsul— hay muchos padres que se llevan a sus hijos internos durante todo el interminable domingo. Se les reconoce por su abrigo demasiado grande, por la gorra azul marino, por la manera con que miran a su madre, siempre endomingada.

—Qué batiburrillo, caballero. El domingo, usted iba a Neuilly.

—Ciertamente.

—Caballero, estamos borrachos. ¿Dónde estaba su padre?

—Donde quería, director.

—¿Y su madre?

—Mi madre se pone muy bella durante mi estancia en Arras. El amante húngaro nos deja solos un momento, ronda por la carretera, helado, está helado, y yo reanudo mi cantinela: Te lo suplico, déjame en Arras. El amante vuelve, está helado. Mi madre dice: No hacemos lo bastante o hacemos demasiado por los hijos. Él dice que, en efecto, los hijos no saben lo que quieren. Yo entro.

—¿En dónde?

—Donde usted quiera, caballero... eso es lo de menos.

—Es verdad.

—Usted no ha dicho nunca por qué quería quedarse interno.

Él no responde a lo planteado por el director del Círculo. El director se inclina y se atreve; se atreve porque tal vez son los últimos días del vicecónsul en Calcuta.

—¿Y después de Montfort, caballero? Vamos, dígame, algo.

—Nada, el destino, decía mi madre. Yo me hacía un huevo pasado por agua en la cocina y probablemente reflexionaba, ya no me acuerdo. Mi madre sale. Junto al piano, con un vestido azul, mi madre dice: Voy a rehacer mi vida, porque, sola contigo, ¿qué sería de mí? El vendedor de discos muere. Ella se queda en Brest. Luego muere. Me queda una tía que vive en el barrio de Malesherbes. De eso estoy seguro.

—¿Y en Lahore, caballero? Dígame algo.

—¿En Lahore? Yo ya sé lo que hago, director.

—Hay que lograr que la gente comprenda algo.

—La tía de Malesherbes me busca una mujer. ¿He contado ya esto? —El director dice que no—. Sí, me busca una mujer.

—¿Dejó usted que lo hiciera?

—Sí. Me busca una mujer que no será fea, sino más bien bella en traje de noche. Se llamará, yo no sé cómo, pero Nicole... Nicole Courcelles es un nombre que podría ser adecuado. Dará a luz el primer año. Parto normal. ¿Me oye usted, director?

—Le oigo, caballero.

—Ella leerá durante su embarazo, rosa lectora de mejillas rosas, Proust. En su rostro habrá temor; cuando me mire tendrá miedo, la pequeña oca de Neuilly estará blanca.

—¿ La amaba usted?

—Hábleme de las Islas, director.

El director del Círculo cuenta entonces que el *hall* del Prince of Wales parece la cubierta de un gran paquebote, siempre a la sombra gracias a las grandes cortinas que tamizan la luz. El embaldosado está fresco. Hay un embarcadero donde se puede alquilar una chalupa e ir hacia las otras islas. Cuando hace mal tiempo como ahora, en el comienzo del monzón del verano, la isla está llena de aves. Están en los mangos, prisioneras en las islas.

—¿Y ese destino? —pregunta el director del Círculo.

—Creo que tendré noticias de ello uno de estos días —dice el vicecónsul.

—¿Tiene usted una idea del lugar?

—Creo que, a pesar de todo, será Bombay. Ya me veo allí, indefinidamente fotografiado en una hamaca a la orilla del mar de Omán.

—¿Y nada más? ¿No tiene nada más que decirme, caballero?

—No, nada, director.

\*\*\*\*\*